



FACULTAD DE
CIENCIAS SOCIALES

**UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO.
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES.
ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA, GEOGRAFÍA E HISTORIA.**

ORGANIZACIÓN Y TERRITORIALIDAD.

**LA OLLA COMÚN:
UN PROCESO RESTAURATIVO DE LA IDENTIDAD Y LA MEMORIA EN LA
POBLACIÓN JOSÉ MARÍA CARO
2019-2021.**

Profesor guía: Rodrigo Araya Gómez.
Estudiante: Isidora Sofía Prieto Santana.

**Trabajo de Seminario para optar al Grado de Licenciada en Historia, mención
Estudios Culturales.**

Santiago – 2022

ÍNDICE.

Palabras de agradecimiento.....	pág. 3
Formulación del proyecto.....	pág. 5
Objetivo general de la investigación.....	pág. 8
Objetivos específicos de la investigación.....	pág. 8
Pregunta de investigación.....	pág. 8
Justificación de la investigación.....	pág. 9
Marco teórico.....	pág. 10
1.1. Organización.....	pág. 10
1.2. Identidad.....	pág. 11
1.3. Territorio.....	pág. 12
1.4. Memoria.....	pág. 14
1.5. Olla Común.....	pág. 16
Estado del arte.....	pág. 17
Metodología y fuentes.....	pág. 19
1.1. El diseño metodológico de la investigación.....	pág. 19
Capítulo 1. Contexto Histórico-Territorial: Los primeros asentamientos en la periferia sur de Santiago.....	pág. 22
1.1. De la organización a la territorialidad: Historia y construcción de la Población José María Caro 1959-1990.....	pág. 31
1.2. Nos prometemos no olvidar: La Matanza de la Caro, 19 de noviembre de 1962.....	pág. 37
1.3. Anexos fotográficos y documentales.....	pág. 41
1.4. Entre la lucha, organización y resistencia: La Dictadura Militar 1973-1990.....	pág. 47
Capítulo 2. Nos vendieron un sueño: La transición nunca terminó por sepultar el legado de la dictadura 1990-2021.....	pág. 55
1.1. La olla común: Un proceso restaurativo de la identidad y la memoria en la Población José María Caro 2019-2021.....	pág. 60
<i>Consideraciones en torno a la Revuelta Popular: 18 de octubre de 2019.....</i>	<i>pág. 62</i>
<i>Extensión de la crisis social y pandemia: Un 2020 para el recuerdo.....</i>	<i>pág. 67</i>
3. Sobre la Olla Común: Reflexiones y conclusiones en torno a la identidad y la memoria.....	pág. 74
1.3. Cartografía sobre las Ollas Comunes en la Población José María Caro.....	pág. 78
1.4. Anexos fotográficos y documentales.....	pág. 79

Palabras de agradecimiento.

Como toda investigación, ésta no ha estado libre de las muchas contribuciones y el apoyo fundamental de muchas personas. Para todas ellas son las siguientes palabras.

Las mujeres de mi familia; mujeres pobres, pobladoras, seres políticas y llenas de constante resiliencia, convicciones y amor. Me enseñaron a temprana edad sobre lo que significaba habitar este mundo a partir de la desigualdad, la pobreza y la violencia desde sus propias experiencias, primero llegando del campo a la ciudad, de la ciudad a la Chimba y de la Chimba a La Caro. Estas mujeres; mis bisabuelas, mi abuela, mi madre y mi hermana son y han sido a diario mi más profundo motor de vida. Pues gracias a cada una de ellas es lo que soy hoy en día. Gracias a mis amadas mujeres por enseñarme a temprana edad de la valentía plasmadas en cada una de sus historias; la mía, e inspirarme y anhelar desde los más pequeños hasta los más grandes cambios. Ustedes son parte importante y motivación para llevar a cabo este trabajo, las amo.

A mi familia: a mi madre, Marcela, trabajadora de aseo, por su incansable comprensión, paciencia, complicidad y amor hacia este ser; a mis hermanos, Magdalena y Pablo, por siempre instarme a aprender y enfrentar la vida con entereza. A mi tío José y mis abuelos Adela y Froilán, quienes partieron hace un par de años de este plano, pero que en muchas memorias e historias puedo encontrar el sentido de solidaridad, organización y lucha que perdura y aún prevalece aquí en La Caro.

A mis amigos de toda la vida; Krishna, Marcela, Andrés, Maxi, Diego y Matías y a aquellas personas que fui conociendo a través de estos cinco años como estudiante aquí en la universidad. Estoy segura que sin su apoyo, contención y fraternidad difícilmente aquellas largas jornadas y arduas noches de estudio se convirtieran en un proceso mucho más ameno.

A mis profesores, quienes de manera crítica y humanamente a través de todos estos años siempre me instaron a nunca dejar de aprender y leer. A mi profesor guía Rodrigo Araya, por la enorme paciencia y dedicación que tuvo para acompañarme en este proceso. Y a Juan Radic, quien gracias a su invitación a participar de “Testimonial Spaces” en el año 2020, muchos de los testimonios que fueron utilizados para esta investigación fueron producto de aquel hermoso trabajo.

También debo agradecer a quienes fueron parte de los testimonios, memorias e historias para llevar a cabo este trabajo. Gracias a Vale, Rodrigo, Helbert, Manuel, Gloria, Angélica, Silvia, Marcelo y Paola por abrirme las puertas de sus casas, recuerdos y anhelos más profundos como pobladoras y pobladores de la José María Caro.

Por último, gracias a la población José María Caro, por ser un territorio de innumerables luchas, afinidades políticas, amores, convicciones y desde siempre, mi hogar.

*El suburbio, es un cáliz de dolores
donde nunca la Diosa Primavera
tiende su manto diáfano de flores
ni su brisa que es ráfaga parlera.^[1]*

(Fragmento de Suburbio, escrito por
José Domingo Gómez Rojas).

[1] Gómez Rojas, José Domingo. *Rebeldías Líricas*. Tercera edición - Santiago de Chile: Editorial Eleuterio, 2016. Fragmento del poema "Suburbio", pág. 77.

FORMULACIÓN DEL PROYECTO.

El suburbio no siempre fue la llaga ni la herida de las actuales urbes modernas donde ahora marchan las anónimas tristezas, por el contrario, allí también se guarda la historia y la memoria de los oprimidos sumidos en un diálogo sin fin entre el pasado y el presente. Ese devenir del tiempo nos sitúa en la periferia sur de la ciudad de Santiago, principalmente en la población José María Caro, territorio de una extensa tradición de organización política y lucha social. En ese sentido, la siguiente propuesta investigativa busca analizar, comprender, comparar e identificar el fenómeno de la olla común como un proceso organizacional y de territorialidad que vuelve a emerger ante la problemática del hambre o ante la amenaza de ella entre los años 2019-2021, en donde se pueden observar manifestaciones individuales y colectivas cuando los actores sociales se movilizan con sus propias formas de expresión y organización en el cual el proceso restaurativo de la memoria ha contribuido a visibilizar en la historia reciente.

Ante ese escenario, este período a estudiar no fue escogido al simple azar, sino que nace a partir de una coyuntura política, social, económica y cultural de demandas, propuestas y contradicciones que se constituyeron desde las clases oprimidas por medio de lo que en todo el territorio se le conoció como la Revuelta Popular de octubre del año 2019 en la ciudad de Santiago, y que luego se propagó por todo el país, desencadenando un conjunto de movilizaciones y expresiones autoconvocadas.

En ese sentido, para comenzar a comprender a cabalidad la Revuelta Social en la región chilena, resulta imprescindible entender, en primera instancia, su causa. Pero también, como el resultado de una convergencia histórica entre la crisis de valorización mundial del capital interno, el agotamiento del modelo de desarrollo socioeconómico neoliberal instaurado en Chile durante la dictadura cívico-militar de Augusto Pinochet y la maduración de un ciclo de luchas sociales que, de manera amplia o subterránea fueron tensionando el panorama político y social en Chile durante las últimas tres décadas. La consigna viralizada durante las primeras semanas de octubre: “no son 30 pesos, son 30 años”, puso en manifiesto esa relación que colectivamente le ha dado continuidad al proyecto dictatorial que aún después del retorno a la democracia, fue administrado y profundizado por los gobiernos de concertación que le sucedieron mediante la creciente pauperización de las condiciones materiales de vida para millones de personas.

Ese florecimiento de ollas comunes, cacerolazos, barricadas y asambleas territoriales a lo largo de todo Chile desde esos días de octubre, y que luego se replicaron en diversos puntos de Nuestramérica, colocaron en el debate público la urgente necesidad de comprender históricamente estos procesos telúricos de transformación, cuyos ejes mostraban un cuestionamiento al modelo neoliberal y a su lógica de explotación y depredación (Torres, Alonso, 2021, pág. 10). Los cuales dan cuenta de una eclosión con múltiples actores sociales que vieron con urgencia la necesidad de reescribir aquella historia sucesora de diversas desigualdades sociales y sistemáticas.

Sin embargo, esta escena de protestas y organización social que se venía gestando junto con la Revuelta, se vería totalmente alterada a principios de marzo del año 2020, luego que la pandemia provocada por el Covid-19 azotará en todo el mundo y desatará una crisis sanitaria en pleno siglo XXI, lo cual cambió nuevamente todos los paradigmas de una sociedad que meses antes se había volcado a las calles y personas de todas las edades fueron sus principales protagonistas. Frente a esta coyuntura no solo quedaba en evidencia la fragilidad del ser humano y la hegemonía mundial, sino que también la precariedad del modelo económico chileno y del aparato productivo en el cual ha sentado sus bases desde que fue impuesto en dictadura.

La inminente desnudez de un modelo rentista, encabezado por un conglomerado empresarial mezquino y usurero que no escatimó en lavar su imagen adquiriendo unos cuantos respiradores mecánicos para hacer frente a la posible saturación del sistema de salud público y privado, pero que no le tembló la mano al momento de despedir a miles de trabajadores o enviarlos a recibir un miserable monto por medio de la “ley de protección al empleo” se fue transformando de a poco en un dantesco panorama nacional. Ese “oasis” de Latinoamérica al cual se refirió meses antes el ex presidente Sebastián Piñera, no fue más que otro mito que se derrumbó, considerando que producto de la pandemia trabajadores dependientes y de todos los rubros fueron quedando cesantes o vieron afectados sus ingresos monetarios, poniendo así en jaque el armazón del sistema económico neoliberal en Chile.

En cierta medida, la crisis económica y sanitaria no solo puso en manifiesto las incompetencias del gobierno de turno, sino que también sacó a relucir la limitada capacidad con que el Estado y todo su aparato institucional podía responder a las condiciones de total incertidumbre producto del desempleo y el incremento de la pobreza en el cual se vieron directamente afectados los sectores más pobres de la sociedad. Sino que *el carácter subsidiario del modelo, revestido de años de “política de los acuerdos” entre la actual coalición de gobierno y de las distintas expresiones de “oposición”, respondieron a la crisis con lo que saben, es decir, con asistencialismo, con cajas de alimento, “con bonos”, pero, sobre todo, con tibias políticas de protección laboral para no dañar los intereses de los poderosos empresarios* (Pueblo docente, 2020). Ciertamente, al poco tiempo de que se implementarán nuevas medidas restrictivas, de desplazamiento y que en la memoria colectiva haya quedado plasmada la frase “*quédate en casa*” no motivó en los sectores más precarizados de la sociedad un descenso de los contagios que iban en alza, sino el acrecentamiento del hambre y la cesantía en las poblaciones.

De este modo, lo que para muchos pasó a formar una parte sustancial de un pasado subdesarrollado del país, la creciente crisis social y sanitaria comenzó a movilizar y articular nuevas expresiones de organización popular, en donde, nuevamente la olla común se hacía presente en todos los territorios. Dicho esto, la hipótesis de este trabajo se plantea como una investigación historiográfica, apoyándose en la técnica cualitativa y el uso de fuentes orales, sin embargo, previo a realizar este ejercicio de autoconocimiento histórico, político, social y cultural en la población José María Caro entre los años 2019-2021, en primer lugar, se

pretende llevar a cabo una recopilación, revisión y discusión bibliográfica relacionada a los aspectos coyunturales que pudieron tener algún tipo de incidencia en el período a estudiar. Colaborando a establecer de ese modo, la dimensión política que posee y la recomposición del tejido social en la población José María Caro en torno a la olla común como espacio de interacción política para una comunidad u organización de base, en la medida en que les permite reconocerse en sus experiencias y capacidades desplegadas en el tiempo.

Por último, a manera de acercar y facilitar la lectura, se definen ciertos conceptos los cuales son considerados fundamentales para la comprensión y discusión de los temas tratados en el siguiente proyecto de investigación. Esta presentación de conceptos, en ningún caso pretende ser absoluta, ni exclusiva desde la disciplina de la historiografía, sino más bien es el resultado de una amplia búsqueda que entregue al lector en los temas a tratar, una orientación que facilite su lectura. Vale decir que de estas definiciones se establecen cuatro conceptos fundamentales en el desarrollo de este estudio, los cuales se relacionan estrechamente entre sí, dando cuenta del desarrollo de una dinámica en particular sobre este estudio. De estos elementos centrales, se desprenden otros que permiten una comprensión más adecuada de los temas. Los conceptos para definir son: **organización, identidad, territorio, memoria y olla común.**

OBJETIVO GENERAL DE LA INVESTIGACIÓN.

1. Analizar el fenómeno de la olla común como un proceso de organización política, constitutivo de identidad y de territorialidad entre los años 2019-2021 en la población José María Caro.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS.

1. Describir la organización y la territorialidad en la Población José María Caro.
2. Identificar las luchas de identidad y memoria colectiva que se gesta en la juventud que habita la población José María Caro en el presente
3. Identificar la dimensión política que posee la población José María Caro en torno a la olla común como espacio de interacción política.

PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN.

1. ¿De qué manera la olla común se transforma en un proceso restaurativo de la identidad y la memoria en la juventud que habita en la población José María Caro entre los años 2019-2021?

JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN.

Reconstruir la historia de un determinado espacio político, social, geográfico, territorial y cultural es un desafío que no solo se localiza en el marco de un trabajo que tan solo revisa los vestigios del pasado. Más bien comprende los esfuerzos individuales y colectivos en reemprender una travesía en medio de un océano zarpando sin timón. A saber: ***“iniciar un trabajo de recuperación de historias locales. Y por otra, contribuir al autoconocimiento, a la recuperación de identidades populares y a la memoria histórica”*** (Garcés, Etcheverry, & Suckel, 1993, pág. 8), nos reubica en el crecimiento de la vida urbana y social que también van adquiriendo las y los pobladores en la población José María Caro en el tiempo, puesto que, analizar los orígenes en sus dinámicas de vida y sociabilidad en constante movilidad, nos permite comprender las transformaciones políticas, sociales y culturales al momento de analizar los periodos a estudiar.

En ese sentido, los antecedentes políticos, sociales y económicos en el Chile de recientes transformaciones a nivel país nos permiten localizar el desplazamiento histórico de este territorio, y cómo ante este escenario proliferan las ollas comunes en la población José María Caro. Si bien las lecturas bibliográficas nos proporcionan una mirada amplia de las causalidades sociales y políticas en la que proliferan las ollas comunes, dentro de la historia reciente, poco se ha abordado desde los efectos restaurativos que posee la olla común en torno a la configuración de la memoria y la identidad entre los sujetos que participaron activa y clandestinamente de este proceso organizativo y territorial en la población José María Caro.

La siguiente propuesta investigativa no solo se plantea como un estudio historiográfico de las causalidades que pudieron permitir la proliferación de las ollas comunes durante el período a estudiar entre los años 2019-2021 en la población José María Caro, sino que nace también como una inquietud investigativa donde ***“una historia de las luchas de la memoria es una búsqueda, siempre exploratoria e inacabada, para comprender la subjetividad de una sociedad a través del tiempo”*** (Stern, Steve, 2009, pág. 35). Ya que los elementos que pretende recoger esta investigación dan cuenta de que los factores políticos, sociales y económicos que se mantienen aún vigentes en medio de la sociabilidad diezmada por la dictadura y fragmentada por el modelo económico neoliberal que recrudece las desigualdades sociales, también nos puede entregar otras lecturas a partir de aquellos protagonismos que adquiere la juventud por medio de la organización en sus territorios para así pensar su transformación.

MARCO TEÓRICO.

Como manera de acercar y facilitar la lectura, se definen ciertos conceptos los cuales son considerados fundamentales para la comprensión y discusión de los temas tratados en el siguiente avance de proyecto de investigación. Esta presentación de conceptos, en ningún caso pretende ser absoluta, ni exclusiva desde la disciplina de la historiografía, sino más bien el resultado de una amplia búsqueda que entregue al lector en los temas a tratar, una orientación que facilite la lectura. Vale decir que de estas definiciones se establecen tres conceptos fundamentales en el desarrollo de este avance de proyecto investigativo, los cuales se relacionan estrechamente entre sí, dando cuenta de la proliferación de una dinámica en particular. De estos elementos centrales, se desprenden otros que permiten una comprensión más adecuada de los temas. Los conceptos para definir son: **organización, identidad, territorio, memoria y olla común.**

1.1 ORGANIZACIÓN.

La organización es un grupo social compuesto por personas naturales, tareas y administraciones que forman una estructura sistemática de relaciones de interacción, tendientes a producir bienes, servicios o normativas para satisfacer las necesidades de una comunidad dentro de un entorno, y así poder lograr el propósito distintivo que es su misión. Es un sistema de actividades conscientemente coordinadas por dos o más sujetos; la cooperación entre ellos es esencial para la existencia de la organización. Una organización solo existe cuando hay sujetos capaces de comunicarse y que están dispuestos a actuar conjuntamente para lograr un objetivo en común.

Entendemos como *organización social la manera cómo un grupo humano, cultura o sociedad, con el paso del tiempo va experimentando diversos cambios, motivado por agentes internos, así como por la acción o influencia de agentes externos.* En los diversos espacios o territorios que han estado expuestos a un estado de guerra permanente, este dinamismo se ha acelerado, llevando a los grupos a una constante reinención que les asegure la perpetuación tanto biológica (primeramente), como la social. *Este dinamismo no debe entenderse en términos de avance o retroceso, descartando de plano algunas visiones evolucionistas sobre el tema. Por dinamismo se entenderá la capacidad de un grupo por transformar su entorno físico, simbólico y social, en el cual esta transformación puede significar adoptar elementos nuevos, perpetuar antiguos, crear, destruir, asimilar o rechazar otros, según la meta que establezcan de manera consciente o inconsciente, que les asegure la permanencia y sobrevivencia como grupo* (Tic, 2020).

1.2 IDENTIDAD.

La identidad es considerada como un fenómeno subjetivo, de elaboración personal, que se construye simbólicamente en interacción con otros. La identidad personal también va ligada a un sentido de pertenencia a distintos grupos socioculturales con los que consideramos que compartimos características en común. Ello, en correspondencia con un proceso dialéctico de formación de la propia identidad, a partir de la representación imaginaria o construcción simbólica de ella (autodefinición) y la identidad social que se elabora a partir del reconocimiento, en la propia identidad, de valores, de creencias, de rasgos característicos del grupo o los grupos de pertenencia que también resultan definitorios de la propia personalidad. Es una especie de acuerdo interno entre la identidad personal que se centra en la diferencia con respecto a los otros y la identidad social o colectiva que pone el deajo en igualdad con los demás. Sin embargo, para Luis Alberto Romero, *“la constitución de identidad se construye, ciertamente, debido a los procesos históricos extremadamente complejos, de modo que la pregunta ¿cómo se constituye esa identidad?, no puede contestarse en forma sencilla”* (1987, pág. 204). Sino que, para el autor, de primeras esta *“se origina en la propia experiencia de los actores, la experiencia vivida, nacida de la práctica social, transmutada en representación e incorporada a la cultura”* (1987, pág. 204). Ante esto, cada grupo humano requiere de diversos modos de organizar su entorno (tanto físico como social) para hacer frente a las diversas presiones que surgen desde su exterior, así como desde su interior. De esta manera, dentro de una perspectiva histórica, podemos identificar a diversos grupos, en relación con el modo en que se enfrentan al entorno que les rodea, estudiando los procesos que determinaron la situación actual en la que se encuentran. El caso de la población José María Caro no se distancia de esto, su situación actual también es el resultado de un proceso histórico, marcado por la constante relación que establecieron con diversos grupos a lo largo de su historia. La identidad de esta población también ha experimentado cambios en este proceso histórico vivido, así como los diversos sujetos y corporalidades que logran confluír en este espacio, los cuales logran conformar un determinado espacio social y geográfico que ha conmutado hasta la actualidad.

De esta manera, la identidad, al ser moldeada por estos procesos históricos particulares, también presenta algunos elementos característicos, dependientes o como resultado de estos procesos sin que esto afecte su adscripción identitaria principal. Por esto, en ciertos momentos o espacios no se puede encontrar la totalidad de elementos que identifican a la población José María Caro según las definiciones clásicas, o bien de acuerdo con las categorías rígidas impuestas por la academia o la de un ente observador externo.

En muchos de estos casos en que la definición no calza perfectamente con la realidad, se puede caer en el error de percibir estas diferencias como una pérdida versus la transformación de la rearticulación política en una sociabilidad descompuesta en dictadura, producto de la represión que se manifestó considerablemente en las diversas poblaciones de la ciudad de Santiago, como resultado del régimen militar. Bajo esta lógica, las visiones respecto a la proliferación de los espacios organizativos y de participación en la población José María

Caro, se comenzaron a expresar aún bajo un contexto de violencia y represión. Como resultado, se logra mantener de forma latente la participación comunitaria que busca resolver las necesidades alimentarias por medio de las ollas comunes, dada la exaltación política que logra converger con el inicio de las primeras jornadas de protestas en el año 2019 y que luego serán replicadas hasta 2021 en el contexto territorial y organizativo dentro de la población.

Por lo cual la identidad e historia les es transmitida a las nuevas generaciones, creando la percepción de estas dinámicas dentro de un determinado espacio social y geográfico que logra posicionar el sentido identitario y de pertenencia en una labor de mantenimiento de la coherencia y la unidad, que se puedan presentar producto de crisis internas de un grupo o de amenazas externas. Esto implica reinterpretar la memoria colectiva y cuestionar la propia identidad, posteriormente a procesos históricos, individuales y colectivos en un marco social mucho más amplio. Al intentar establecer una definición clara sobre la identidad territorial y en especial para la población José María Caro, surge la posibilidad de caer en equívocos provenientes de visiones que niegan o deslegitiman los cambios o variaciones identitarias y las diferencias que se dan al interior de la población José María Caro, pretendiendo establecer categorías rígidas en las que la transformación y la constante reelaboración identitaria no pueden darse.

A partir de las teorías "fuertes" sobre la conciencia de la identidad (de los sujetos, de las clases y de las nacionalidades) que atravesaron el siglo XIX y buena parte del siglo XX, todavía escenario de los Estados - Nación, un cambio estructural de paradigma teórico se está produciendo a partir de fenómenos sociales muy concretos, como el rol creciente de los medios en la construcción de la visibilidad y de identidades supranacionales, el flujo de poblaciones "diferentes" sujetas a migraciones que producen intercambios de mestizaje cultural, pero también tensiones políticas y raciales, la creación de nuevas formas de organizaciones políticas que ponen en juego las nociones de fronteras, la evolución de los antiguos estados coloniales en territorios de inmigración y de expulsión, la gestión de un mundo de incluidos y excluidos. Asimismo, las identidades se construyen atravesadas por una temporalidad acelerada, ritmada por el tiempo de la actualidad y una percepción de la subjetividad dislocada en distintos discursos de pertenencia.

1.3 TERRITORIO.

En apariencia, la noción de territorialidad es ambigua. Pues, si entendemos por ello un principio de residencia o de repartición geográfica, es evidente que la máquina social primitiva no es territorial. Solo lo será el aparato de Estado que, según la formulación de Engels, *“subdivide el pueblo, sino el territorio” y sustituye una organización gentilicia por una organización geográfica* (1972, pág. 121). No obstante, allí mismo donde el parentesco parece tener prelación sobre la tierra, no es difícil mostrar la importancia de los vínculos locales. Ocurre que la máquina primitiva subdivide el pueblo, pero lo hace sobre una tierra indivisible en la que se inscriben las relaciones conectivas, disyuntivas y conjuntivas de cada segmento con los otros (así, por ejemplo, la coexistencia o la complementariedad del jefe del

segmento y del guardián de la tierra). Cuando la división llega a la propia tierra, en virtud de una organización administrativa, territorial y residencial, no podemos ver en ello una promoción de territorialidad, sino, todo lo contrario, el efecto del primer gran movimiento de desterritorialización sobre las comunidades primitivas. La unidad inminente de la tierra como motor inmóvil da lugar a una unidad trascendente de una naturaleza por completo distinta, unidad de Estado. El cuerpo lleno ya no es el de la tierra, sino del Déspota, el Engendrado, que ahora se encarga tanto de la fertilidad del suelo como de la lluvia del cielo, y de la apropiación general de las fuerzas productivas. El *socius primitivo salvaje* era, pues, la única máquina territorial en sentido estricto. Y el funcionamiento de una máquina tal consiste en esto: declinar alianza y filiación, declinar los linajes sobre el cuerpo de la tierra, antes de que haya un Estado.

Si *“la máquina es declinación” se debe a que es imposible deducir simplemente la alianza de la filiación, las alianzas de las líneas afiliativas. Nos equivocamos si prestaremos a la alianza solo un poder de individualización sobre las personas de un linaje; más bien produce una discernibilidad generalizada*” (Deleuze y Guattari, 1972, págs. 121-122). En muchos análisis, el *“acento se coloca sobre los lazos internos al grupo solidario unilineal o sobre los lazos existentes entre diferentes grupos que poseen una filiación común”* (Leach, 1966, pág. 206-207).

La relevancia reciente del discurso sobre el territorio tiene implicancias en los campos ontológico, epistemológico e ideológico. La discusión se ha concentrado en explicar sistemas sociales como constructores del territorio, lo que permite continuar el debate sobre la relación sociedad-naturaleza y sus implicancias espaciales. La idea de que la humanidad ejerce dominio sobre la naturaleza prevaleció en el pensamiento de los geógrafos racionalistas, quienes proponían una suerte de espacio natural preexistente, en donde las sociedades distribuyen objetos y procesos. Al compartir esta perspectiva objeto-objeto, los evolucionistas plantearon incluso que la naturaleza determinaba el devenir social. En 2017, Arturo Arreola y Antonio Saldívar señalaron que Elisée Reclus (1905) fue el primer autor en cuestionar estos planteamientos, y desde una ética anarquista, *“se centró en reconocer el lazo íntimo que reúne sucesión de los hechos humanos y la acción de las “fuerzas telúricas”* (pág. 225).

La existencia humana y los procesos naturales comparten el espacio y representan la realidad tangible que se conoce. Los planteamientos teóricos, que se opusieron a los positivistas, *proponían que su interrelación tenía un carácter sujeto-objeto, pues las sociedades transformaban el medio físico circundante, y lo adaptaban para satisfacer sus necesidades. Las configuraciones territoriales generadas eran el reflejo de las motivaciones humanas”* (Palacios, 1983, págs. 56-68). Sin embargo, cuando *“la sociedad actúa sobre el espacio no lo hace sobre objetos considerados como realidad física, es decir como naturaleza primigenia, sino sobre la realidad social de formas-contenidos, como funciones sociales ya valorizadas a las cuales se busca ofrecer o imponer un valor nuevo”* (Santos, 2000). Desde esta perspectiva, *“la relación sociedad-naturaleza es un proceso que internaliza la*

naturaleza en el sistema social, lo que produce que ambas se readecuen, readapten y modifiquen constantemente” (Ramírez, 2003).

Esta referencia no solo permite la “desnaturalización” de la naturaleza, lo cual da paso a la noción de ambiente, sino que también establece que esta relación tiene un carácter sujeto-sujeto, en donde el territorio es construido por un conjunto indisoluble, solidario y contradictorio de acciones y formas-contenidos que ocurren en un contexto histórico. *“Los sujetos y sus acciones, a lo largo del tiempo, constituyen el tema central de estudio de la investigación territorial, que considera las prácticas sociales y los sentidos simbólicos en su relación con la naturaleza”* (Llanos, 2010, págs. 207-220). Por ello, requiere de un abordaje interdisciplinario. La noción de territorio implica relaciones verticales entre acciones y formas-contenido por medio de la interacción entre escalas, niveles y tiempos; así mismo, incluye a las relaciones horizontales de carácter funcional, de interdependencia, de selección, de reproducción, de sustitución o cambio, que son específicas para cada lugar. La dinámica territorial está ligada a los cambios en las representaciones, procesos y articulaciones de los sistemas sociales.

En ese sentido, el territorio se puede considerar como la manifestación *“de una determinada configuración social no exenta de conflictos que involucran una diversidad de actores que comparten el espacio”* (Hadad y Gómez, 2007, pág. 8). Esta noción refleja que es un producto construido, resultado de un proceso interactivo a través del cual es interpretado y reinterpretado de forma compleja. Al ser una representación, siempre es susceptible de ser transformado.

Mientras que, la construcción social del territorio no es excluyente de la individualidad ni de la vida familiar, sino que parte del sistema de intereses no estructurados que tienen la percepción y concepción de necesidades y potencialidades para cubrirlas. Se construye cuando dichos propósitos se estructuran a partir de las propuestas valoradas por una colectividad, lo cual deriva en la generación de nociones lógicas que funcionan como formas-contenidos y acciones sociales.

1.4 MEMORIA.

Desde fines de los setenta, y especialmente durante los últimos años *-quince años-*, *se ha extendido entre los historiadores el hábito de distinguir entre historia y memoria.* Entre el saber científico de los hechos pasados, *“la historia entendida como un saber acumulativo con sus improntas de exhaustividad, de rigor, de control de los testimonios, de una parte; y, por otra parte, la memoria de estos hechos pasados cultivados por los contemporáneos y sus descendientes. Desde entonces ha corrido mucha tinta sobre esta cuestión de escuela, pues, si desde muy pronto se ha podido plantear una distinción de conjunto entre la disciplina científica y la construcción social del recuerdo, ha sido menos fácil precisar sus inevitables relaciones”* (Fabhet- Saada, 1991, pág. 3-4 en Cuesta, J, pág. 204). Ante ello, una de las primeras interrogantes que surgen en torno a este marco es precisamente poder responder a esta simple pregunta *¿Qué es la memoria?*

“La dificultad, señalada por académicos, está en que un título así invita a dar una definición única y unívoca del significado de la palabra. Aun cuando lógicamente no haya contradicción, hay una tensión entre preguntarse sobre lo que la memoria es y proponer pensar en procesos de construcción de memorias, de memorias en plural, y de disputas sociales acerca de las memorias, su legitimidad social y su pretensión de “verdad”. En principio, hay dos posibilidades de trabajar con esta categoría: como herramienta teórico-metodológica, a partir de conceptualizaciones desde distintas disciplinas y áreas de trabajo, y otra, como categoría social a la que se refieren (u omiten) los actores sociales, su uso (abuso, ausencia) social y político, y las conceptualizaciones y creencias del sentido común¹”.

Todo el mundo tiene recuerdos. Pero ¿son los recuerdos de cada uno socialmente significativos para una historia de la memoria? *“La memoria es potencialmente un tema sin límites. Y la controversia, la selectividad y las ambivalencias que rodean a la memoria y el olvido del pasado chileno reciente solo añaden más dificultades conceptuales y metodológicas”* (Stern, 2009, pág. 145). Por estas razones, vale la pena considerar algunas herramientas conceptuales que nos permitan comprender el concepto ideológico e historiográfico de desarrollo relativamente reciente y que viene a designar los esfuerzos de nuevos modos de entendimiento que eventos socialmente conflictivos y psicológicamente traumáticos ha llevado a diversos grupos humanos a querer encontrarse con su pasado, fuera este real o imaginado, valorándose y tratándolo con especial respeto. Atribuyéndole aquellas memorias que suelen ser relegadas al olvido o vaciadas de su protagonismo histórico y político por las grandes narrativas de poder entre la ruptura colectiva o transformadora del pasado.

Para ello, Maurice Halbwachs (1968) define como *“la memoria los acontecimientos no vividos directamente, sino transmitidos por otros medios, un registro intermedio entre la memoria viva y las esquematizaciones de la disciplina histórica. Destacando que esta subsiste en un estado de nociones históricas, impersonales y descarnadas. En donde los grupos, en cuyo seno se elaboraron unas concepciones y un espíritu que reinaron algún tiempo sobre toda la sociedad, retroceden pronto y hacen sitio a otros que sostienen a su vez, durante un periodo, el centro de las costumbres y dan forma a la opinión según nuevos modelos”* (pág. 209).

Esto significa que la memoria es la capacidad de recordar y la cohesión social que ha adquirido un determinado grupo a través de su historia. Por lo tanto, debemos buscar la causa de una memoria rica y sólida o bien pobre y fragmentada, no solo en un momento actual, en el presente, sino que también en el pasado y en las posibilidades que se han mantenido para llevar a cabo esta tarea de reconstrucción a lo largo del tiempo y según cómo se pueda mantener una identidad a través del tiempo, o bien, en una identidad fuertemente resquebrajada.

El conocimiento que tenga una comunidad, etnia, pueblo o grupo social sobre su propio pasado (real o ficticio) puede tener injerencia directa al momento de contar con las

¹ Jelin, E. (2020). Las tramas del tiempo: Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales. Pág. 420.

herramientas para posicionarse como un grupo fuerte -tal vez limitado en su acción, pero fuertemente cohesionado- por lo tanto, en una posición superior a la hora de reivindicar algún tipo de derecho o exigir la restitución de estos. Por este motivo, aquí se plantea la importancia del conocimiento que pueda tener un grupo sobre su propia historia y la manera en que ésta asegura la fortaleza y la cohesión social del grupo. Siguiendo esta lógica, se podría suponer que, en caso de quiebres internos o cohesión social debilitada, sean tomados de manera favorable (estratégicamente) por diversos agentes externos (sociales, económicos, políticos o militares, etc.), ya que al estar divididos los distintos grupos que se han formado (de manera “natural” o forzada), pierden la fuerza para imponer sus propias exigencias y quedan susceptibles de ser intervenidos y manipulados de acuerdo a los intereses que guían las intervenciones, minimizando el roce y la oposición a los cambios impuestos.

1.5. OLLA COMÚN.

Desde la publicación de *Hambre + dignidad = Ollas Comunes* en el año 1986, la producción historiográfica sobre el fenómeno de la Olla Común en tiempos de dictadura, así como también, a lo largo de la historia del siglo XX, ha ido aumentando de manera considerable, alcanzando una destacada relevancia y diversidad en sus temáticas. Sin embargo, para la psicóloga y antropóloga Clarisa Hardy;

“Las ollas comunes no fueron un fenómeno propio solo de un periodo. Es más, en distintos momentos de la historia de Chile existieron coyunturas que suscitaron la organización de ollas comunes, como huelgas o crisis económicas. La diferencia con lo ocurrido durante la dictadura, según la autora, es que éstas no eran solo transitorias ni instrumentos de denuncia, sino que fueron “respuestas más estables y permanentes de los sectores populares para sobrevivir” (pág. 22).

Al interior de esta línea podemos identificar algunas obras como la de Bernardita Gallardo, en su estudio sobre *El re-descubrimiento del carácter social del hambre: las ollas comunes* del año 1987, Hillary Hinner con su investigación acerca de *La olla común a la acción colectiva: Las mujeres de “Yela” en Talca (1980-1995)* el año 2011, también investigaciones como la de Enrique Gatica, sobre *Perdiendo el miedo: Las organizaciones de subsistencia y la protesta popular en la región Metropolitana (1983-1986)*, publicado el año 2017 y en el cual toma elementos de las ollas comunes como mecanismo de subsistencia en el momento en el cual irrumpen las Jornadas de Protestas (1983-1986) ante la problemática del hambre, de igual manera, diversas tesis de licenciatura y postítulos han abordado la *Olla Común* siempre como un mecanismo de resistencia muy presente en el imaginario colectivo de la sociedad chilena desde finales del siglo XIX y XX. A pesar de los avances en sus estudios y una amplia producción historiográfica, no ha logrado reconocer que en su seno coexisten otras dinámicas ricas de analizar.

ESTADO DEL ARTE.

Las ollas comunes sirvieron para una toma de conciencia por parte de los sectores populares que, a la larga, se traduciría en una oposición al régimen militar, provocando en los pobladores una postura política hacia su propia realidad. Como señala Clarisa Hardy (1987), *“las organizaciones urbanas de subsistencia serán un escenario de nuevas prácticas sociales vedadas en la vida cotidiana de sectores sometidos, diariamente, a la exigente tarea de conseguir medios para su reproducción y la de sus familias, tanto que este malestar permanente desembocará en la identificación del problema con el mismo sistema que los apartaba y particularizaba”* (pág. 43). En la proyección política de las ollas comunes, como un espacio de los pobladores, Gabriel Salazar (1994), en el prólogo sobre un libro que describe y analiza diez ollas comunes de Santiago, *“caracteriza a las ollas comunes como -células con trayectoria antiliberal y anti dictatorial-, cuestión que abre las puertas a estas instancias populares para su posterior expresión y, con ello, a la praxis misma del poder popular”* (pág. 11).

De esta forma, Verónica Salas (1999) *“subraya que en el momento que los pobladores se dieron cuenta que la solución puntual de su problema inicial no era suficiente, comienzan a plantearse otros objetivos, como por ejemplo derrocar la dictadura”* (pág. 372). Ambas citas, permiten establecer la conexión entre las organizaciones de subsistencia y el posterior espacio de coordinación política, puesto que gracias a la necesidad de obtener alimentos y saciar el hambre, los pobladores se dan cuenta de que el problema abarca más ámbitos que el solo el hecho de conseguir recursos para alimentarse. A partir de ellos, entonces, vemos el surgimiento de la vida política en las ollas comunes y su uso como un pretexto de organización.

Otro rasgo importante de analizar -después de ver la conversión de las organizaciones de subsistencia en espacios políticos- es la incidencia de estas organizaciones en las movilizaciones que se llevaron a cabo en el período 1983-1986. Gonzalo de la Maza y Mario Garcés, plantean *“el rol preponderante que tuvieron los pobladores en las jornadas de protestas nacionales, refiriéndose explícitamente a los que luchaban contra el hambre; de lo que rescatamos la influencia cada vez más grande, de las organizaciones de las pobladoras y sus implicancias en la vida nacional”* (1985). La forma en que se fueron constituyendo y la manera en que, paulatinamente, se insertaron como elemento radical en la sociedad chilena, terminaría por desencadenar procesos mayores, como la creación de la coordinadora metropolitana de pobladores, la Coordinadora de Agrupaciones Poblacionales y el Movimiento de Pobladores Dignidad.

A través de esta bibliografía, se puede observar que, respecto a la expresión de las ollas comunes y su relación con los espacios de rearticulación política, es relativamente escasa y poco profunda. En relación con las organizaciones de subsistencia, Clarisa Hardy (1986) posee diversos trabajos sobre pobreza urbana y organizaciones en los sectores populares; esta autora plantea que, *“entre los propósitos intrínsecos de las ollas comunes, está el de poder*

satisfacer, por medio de la asociación de recursos humanos y materiales, las necesidades alimenticias de sus familias” (pág. 26).

En la misma línea, Bernarda Gallardo (1987) desarrolla un planteamiento muy similar en cuanto a las ollas comunes, pone especial énfasis en *“el carácter de subsistencia que éstas poseen; definiéndose como espacios que forman familias populares con la finalidad de enfrentar la capacidad de satisfacer por sí mismas la necesidad de comer”* (pág. 43). Sin embargo, Carlos Piña (1982) *“al referirse al origen de las ollas comunes en la crisis económica, plantea que no se trata de términos en boga de una estrategia de subsistencia preferente ni prioritaria en el medio poblacional, sino que respondería más bien a motivaciones tendientes a hacer de ella un instrumento de denuncia de la situación de pobreza, cesantía y represión que se vive en el nivel poblacional”* (pág. 12).

METODOLOGÍA Y FUENTES.

1. El diseño metodológico de la investigación.

Este trabajo se plantea como una investigación historiográfica, apoyándose en la técnica cualitativa y en fuentes orales, sin embargo, previo a realizar este ejercicio de autoconocimiento histórico, político, social y cultural en la población José María Caro entre los años 2019-2021, en primer lugar, se pretende llevar a cabo una recopilación, revisión y discusión bibliográfica relacionada a los aspectos coyunturales que pudieron tener algún tipo de incidencia en el periodo a estudiar. Colaborando a establecer de ese modo, la dimensión política que posee la población José María Caro en torno a la olla común como espacio de interacción política para una comunidad u organización de base, en la medida en que les permite reconocerse en sus experiencias y capacidades desplegadas en el tiempo.

Mientras que, en segundo lugar, como elementos de complementariedad para el abordaje con otras fuentes se hará uso de un acercamiento a la población José María Caro, desde “fuera” del espacio territorial a través de la revisión de diversas fuentes como complemento, sean estas: fuentes iconográficas; fotografías, fuentes electrónicas; páginas web, fuentes documentales, documentación de archivos públicos y privados; series de informes, series de actas, publicaciones periodísticas, revistas científicas, tesis doctorales y fuentes de prensa; periódicos, artículos, noticias, revistas divulgativas y de información contra informativa, entre otras, junto a la revisión de textos dentro del área de estudios, ya sea desde el mundo académico, como del institucional y la de textos procedentes de la población José María Caro.

Por otro lado, para entender las necesidades económicas en un momento político y social, será imprescindible estudiar la evolución económica del país entre los periodos de 2019-2021 mediante planteamientos con fuentes de tipo cuantitativo, especialmente estudios realizados en los periodos en cuestión por algunas ONG y organismos estadísticos [RAG1]. Para considerar que es un tema de la economía pero que, posee consecuencias políticas por detrás. En ese sentido, el método cualitativo será de utilidad para poder perfilar y establecer la relación sujeto-sujeto con la realidad a estudiar, pudiendo en el proceso percibir nuevos elementos o diversas miradas sobre una sociabilidad organizativa estudiada con antelación. Permitiendo bajo aquella linealidad, rediseñar un esquema investigativo en el futuro desarrollo de campo, dado que la metodología investigativa cualitativa nos permitirá recoger experiencias de vida, discursos individuales y colectivos, como también el engarce en las conductas observables y aprendidas por las pobladoras y pobladores de la José María Caro. Centrando la mirada de estudio en sus diferencias, particularidades y similitudes, pero también en las diferencias y particularidades que cada periodo a estudiar posee. De modo que a partir de ese ejercicio se puedan establecer ciertas reflexiones y consideraciones respecto al fenómeno de la olla común en la población José María Caro.

En ese sentido, al pretender comprender los hechos de un pasado no tan lejano de nuestro presente implica una tarea compleja, puesto que, ante ese escenario, no solo existen las barreras propias del tiempo que nos aleja de dichos procesos, sino que se pueden hallar otras

fronteras físicas y simbólicas dentro de la disciplina historiográfica. *Sin embargo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial la Historia ha experimentado una revisión en profundidad de sus objetivos y métodos lo que ha provocado, entre otras consecuencias, el cuestionamiento de las “fuentes”, planteando que es lo que se puede considerar fuente, por qué, y cuáles son las herramientas útiles en donde se puede desenvolver un historiador/a* (Dunaway, 1995), a la hora de analizar e interpretar los hechos del pasado. En este nuevo contexto es en el que irrumpen con fuerza las fuentes orales, tanto como herramienta al servicio de la comunidad científica, como una metodología susceptible de ampliar la base de estudio de la historia social, fundamentalmente, aunque no en exclusiva, a resueltas de lo cual **“La historia oral es una necesidad en cualquier programa que intente documentar el siglo XX, es imprescindible”** (Schwarzstein, 2002). En otras palabras, representa también un momento subjetivamente relevante, ya que las personas se encuentran no sólo con un pasado “objetivo” de hechos o situaciones, sino que con un pasado cargado de emociones, sentimientos, símbolos y valores que animaron sus vidas individuales y colectivas. **“Sin embargo, para que este ejercicio se realice de modo sistemático -y produzca resultados- se requiere tener en cuenta algún método, una cierta disciplina, y también una cierta claridad en los conceptos que ayudan a realizar la indagación en el pasado”** (Garcés, Etcheverry, & Suckel, 1993, págs. 26-27).

Así, por ejemplo, el esfuerzo realizado tanto por historiadores/as como por los autores de historias locales permite analizar con mayor detalle los procesos y experiencias claves en el ámbito poblacional, social, político y organizativo, y del cual pueden reconocerse los siguientes elementos: i. Procesos y experiencias de asentamiento en un determinado territorio. Procesos que generan vínculos y sentidos colectivos de pertenencia y que normalmente están asociados al origen y surgimiento de un pueblo o de una población o villa.

En el caso de las grandes ciudades, se trata de experiencias que pueden haber sido derroteros muy diversos: operación sitio, cooperativa, tomas de terreno, subsidio estatal u otros. ii. Constitución de redes de sociabilidad económica, social y cultural. Redes que permiten, en algunos casos, resolver determinados problemas colectivos y que suelen ser particularmente expresivas de prácticas, valores y sentidos compartidos por un grupo. Por ejemplo, las prácticas y sentidos que articulan a los grupos de jóvenes con sus sitios de reunión y códigos propios de comunicación; o a las comunidades religiosas u otras formas de agrupamientos colectivos, sean estos formales o informales. iii. Experiencias comunitarias de autoorganización social, encaminadas a resolver problemas sociales específicos que comprometen la calidad de la vida a nivel territorial.

De esta manera, el presente proyecto recogerá los testimonios, representaciones, memorias e historias de vida de un grupo específico de personas del sector y no pretende, bajo ningún motivo, establecer como verdades absolutas muchas de las visiones y experiencias que de este proceso emanaron. Evidentemente que en todo relato histórico existen selecciones que buscan dar un orden y sentido a los hechos. En este caso, hemos intentado apearnos lo mejor posible a la línea y trayectoria que las y los propios pobladores participantes del

levantamiento de memoria histórica y oral, por medio de la propuesta “How we will live together” (“¿Cómo vamos a vivir juntos?”, “Testimonial Spaces” (“Espacio Testimonial”), y que se llevaron a cabo durante los meses de enero y febrero del año 2020 en la Población José María Caro, a raíz de la 17th Exhibición Internacional de Arquitectura en la Bienal De Venecia, encabezada por el arquitecto Emilio Marín y al arquitecto Rodrigo Sepúlveda como co-curador y convocado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio a través del área de Arquitectura. Brindó de un archivo documental y de fuentes orales que permitirá trazar los temas y acontecimientos más relevantes en la historia de la población, permitiendo una mirada panorámica de lo que ha sido la sociabilidad en este popular barrio santiaguino.

Para la recopilación de testimonios de las y los pobladores de la Población José María Caro, se llevaron adelante dos estrategias de acción: por una parte y con la colaboración del equipo de barrio de la población, se realizaron 71 entrevistas a diferentes actores y miembros de la comunidad a estudiar, sobre temas y episodios concernientes a la historia de la formación, desarrollo y evolución de su vida en La Caro. Para ordenar esta información se trazó, en conjunto al historiador Juan Radic e Isidora Prieto -estudiante de Licenciatura en Historia de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y co-ayudante- una línea de tiempo de las y los entrevistados, donde ellos mismos fueron incorporando aspectos centrales en el devenir del barrio, así como historias personales que marcaron parte de sus experiencias en esta comunidad. Así, se pudieron identificar temas, situaciones, espacios y experiencias que resultaban importante para trabajar, trazando de ese modo, un itinerario temporal y temático a partir de las propias apreciaciones de las y los pobladores. En paralelo y a partir de la información generada de las propias entrevistas, se contactó a otros actores y organizaciones relevantes en la historia de la población, de manera de complementar los testimonios emanados de las primeras entrevistas que fueron llevadas a cabo en el mes de enero del año 2020 con otras voces identificadas como importantes en la historia del sector.

Fue de esta manera entonces, que se ha desarrollado un cuerpo documental -la historia oral es también una valiosa fuente para el estudio del pasado- rico y diverso, que, si bien no puede pretender incorporar todas las visiones, experiencias y organizaciones que se han dado en esta comunidad a lo largo de sus 60 años de historia, si permite establecer una idea general - y en voz de sus propios actores- de lo que ha sido vivir, resistir y pertenecer a una de las poblaciones más grandes de Chile.

CAPÍTULO 1.

CONTEXTO HISTÓRICO – TERRITORIAL: LOS PRIMEROS ASENTAMIENTOS EN LA PERIFERIA SUR DE SANTIAGO.

La historiadora chilena María Angélica Illanes, a lo largo de su trayectoria como investigadora y docente en las ciencias sociales ha dedicado su línea investigativa a los estudios relacionados con los movimientos populares, la transformación del Estado, la historia de mujeres y temáticas en torno a trabajos ligados con la memoria. En ese sentido, en su trabajo *“Cuerpos y formas de lucha campesina y mapuche y sus articulaciones con el movimiento obrero. Chile, 1º mitad del siglo XX”*, nos introduce desde una perspectiva histórica y panorámica a las múltiples convulsiones políticas, sociales y económicas con que el siglo XX fue testigo de un sinnúmero de cambios estructurales y culturales que dieron pie a triunfos y derrotas. Para esto, la autora nos plantea que;

“El siglo XX fue un período donde el capitalismo se logró consolidar en todos sus rostros y figuras (de modo mercantil, industrial, financiero, colonial/imperialista), expandiéndose hasta los más remotos confines. Pero, al mismo tiempo, es un periodo de emergencia y presencia de las luchas del pueblo, en todas sus formas y en todos los campos de su realidad. Luchas sociales que son el pulso crítico y el movimiento de la historia y que, en la coyuntura del siglo XX, pusieron a menudo en jaque al capitalismo y al Estado liberal en diversos países del mundo. Mientras la clase obrera se enfrentaba a las burguesías que operaban capitales en industrias, manufacturas y/o faenas extractivas, los campesinos, campesinas y originarios/as en muchos países y territorios fueron fuerzas/cuerpos movilizados en pos del derrocamiento de órdenes sociales opresivos, cuasi coloniales, que bloqueaban los caminos históricos exigidos. El siglo XX quedó, así, marcado por el levantamiento, casi al unísono, de estas fuerzas de la clase obrera y fuerzas sociales de la tierra, generando un temblor intenso en los órdenes ancestrales estatuidos por los Estados, las burguesías y las aristocracias terratenientes en todo el mundo, al igual como lo fue en particular, el caso de Chile. Las fuerzas sociales de la tierra en Latino/Indoamérica alcanzaron distintas formas y configuraciones como, primero, cuerpos revolucionarios que apuntaban a un cambio radical de la estructura de la propiedad y del modo de producción de la tierra (México, Bolivia, Cuba) y en segundo, como movimientos campesinos y originarios que, en mayor o menor medida, desarrollaron luchas y generaron organizaciones y demandas, iniciando un procesos fragmentario pero progresivo de configuración identitaria o de autorreconocimiento como etnias y como clase. Es decir, podríamos plantear que el movimiento campesino y de los pueblos originarios constituye una fuerza social en ascenso y de suma importancia, desde inicios del siglo XX, a las fuerzas de trabajadores urbanos, generando en conjunto una significativa desestabilización del régimen capitalista, lo que produce nuevos pactos y proyectos políticos en las décadas de 1930 y 1940, los que maduran y fructifican posteriormente en los 60’s y primeros años de los 70’s”. (2022, pág. 178-179).

Dichos cambios de los cuales nos habla Illanes, poseen una estrecha relación con los sujetos populares, es decir, campesinos, movimiento de pobladores y pueblos originarios que instalarán a partir de entonces y hasta el presente como colectividades en resistencia (que dirigirán sus fuerzas) en un constante conflicto con el Estado y los poderes que lo cercan

durante todo el transcurso del siglo XX. Es más, la historia de las luchas populares está grabada en la memoria de las calles céntricas y periféricas, vestigios de un pasado y la de un presente donde confluyen los silencios de las esquivas victorias y en otros casos, la de apabullantes derrotas.

Ante ese escenario, el marco histórico y territorial donde se desarrolla y despliega la siguiente investigación está constituido, como señalamos al inicio de este trabajo, por la población José María Caro. Sin embargo, resulta de suma importancia revisar el contexto histórico, político, social, económico y cultural en el cual está inmerso este trabajo, puesto que vale dilucidar las interrogantes y los cuestionamientos que surgen y dan cuenta de los procesos locales donde esta investigación se pretende situar.

Para esto, en este capítulo nos adentraremos, de manera general en la historia de la población, valiéndonos y siendo respaldada mediante el uso de fuentes bibliográficas, periódicos, boletines, documentos, archivos y fuentes orales recopiladas en una exhaustiva búsqueda de material complementario que haga de esta lectura una experiencia grata y comprensible para su lector. Ante ello, debemos considerar el cuerpo estructural y metodológico con el cual subdividiremos este capítulo en tres partes con tal de dar cuenta de los hechos y/o acontecimientos que, desde nuestra experiencia como pobladoras y pobladores han podido marcar y quedar en la memoria de sus habitantes.

Bajo esa misma línea, vale mencionar que el tema de los *pobladores*, ha ido evolucionando desde las diferentes miradas que no hace mucho le ha prestado a partir de las ciencias sociales, principalmente desde la historiografía. De este modo, uno de los textos más representativos y acorde para analizar las dificultades que se pudieron presentar para estos nuevos actores en la escena social del país, resulta ser por el sociólogo Vicente Espinoza, el cual desde un meticuloso estudio toma elementos de la sociología y la historia para adentrarse en *“la historia de los pobres de la ciudad”*. En ese sentido, el propósito del libro es ***“mostrar que es posible construir una historia de los sectores populares urbanos de Chile durante el siglo XX”*** (1988, pág. 9).

Cuestión en el cual el autor señala que la historiografía más bien tradicional no prestó suma atención a estos nuevos actores y que por un largo tiempo dejó de lado a este segmento de la población, y que, tras ello, su libro pretende ser una propuesta para direccionar una apertura en el campo de estudio en las ciencias sociales. Asimismo, el autor trata de hacer énfasis según su percepción en cómo ***“la historia ha elaborado una discursiva entre triunfadores y vencidos dejando por fuera de esta narrativa a los “pobres urbanos a partir de las acciones que los configuran como actores en conflicto”*** (1988, pág. 9).

No obstante, el historiador Mario Garcés, quien desde su perspectiva historiográfica se ha situado para estudiar los movimientos sociales y de pobladores en Chile, analizando con mayor detenimiento los contextos históricos que comprenden desde la década de los años 50's hasta los 70's logrando así centrar sus estudios en las malas condiciones habitacionales y de pobreza donde se comienzan a articular diversas alternativas desde lo popular para poder

hacerle frente a esta situación ante la ausencia política y social de un Estado que miraba aún con distancia las condiciones en las cuales vivía gran parte de la población.

De hecho, Garcés, señala que *“durante este periodo los sectores populares demostraron que existió en la historia un momento en el cual se construyó sociedad desde abajo, con valores democráticos distintos, y con una cuota tremenda de poder local”* (2002, pág.10), en donde, uno de los propósitos de su obra pretende ofrecer algo así como *“un espejo en el que los pobladores pudieran mirarse, en un pasado cargado de iniciativas y proyectos de transformación y humanización de sus vidas en la ciudad, en un pasado anterior a la dictadura, en que la iniciativa histórica estuvo de parte de los movimientos sociales, populares, y en particular en manos de los pobladores”* (2002, pág. 10).

En ese sentido, *en Chile existe la tradición académica y política de identificar dentro del movimiento de pobladores a las organizaciones o movimientos que se relacionan con la vivienda, pobres urbanos u organizaciones reivindicativas originadas en las llamadas “poblaciones”* (Campero, 1987; Garcés, 2013; Angelcos y Pérez, 2017 en Herrera, 2018, pág. 179-180). *Teniendo un rol especial el conflicto generado en torno a la demanda habitacional, pero no exclusivo* (Angelcos, 2016 en Herrera, 2018, pág. 179-180).

Esta referencia se hace mayoritariamente en alusión a procesos sociales que ocurrieron a partir de la década de los 50´s y hasta el fin de la dictadura, los que se pueden dividir en dos grandes períodos. El primero está caracterizado por la masiva autoconstrucción de viviendas y tomas de terreno, dando origen a las *“poblaciones callampas”*.

Por su parte, el segundo periodo está marcado a través de organizaciones de supervivencia y de protestas masivas realizadas contra el régimen de Pinochet en la década de los 80´ s. En el cual al finalizar este último, *se pierde el consenso respecto a la continuidad de este movimiento, dudando sobre la existencia de un sujeto poblador que conforma un movimiento o simplemente los pobladores desaparecen de los estudios con el fin de la dictadura* (Cortés, 2014; Angelcos y Pérez, 2017 en Herrera, 2018, pág. 179-180). No obstante, *desde la década de los 60´s se puede detectar la discrepancia sobre si los pobladores corresponden a sectores marginales que es necesario integrar a la sociedad, o si constituyen un movimiento de transformación social* (Dubet, Tironi, Espinoza y Valenzuela [1989] 2016 en Herrera, 2018, pág. 179-180).

Sin embargo, para Garcés, el *“movimiento de pobladores”* había encontrado una manera de modificar la forma de *“poblar”* la ciudad desde que los más pobres, habían encontrado una forma de redefinir su posición espacial en la ciudad generando nuevas formas de desarrollo de la ciudad popular. Pero, esta nueva estrategia de poblamiento, a diferencia del crecimiento vegetativo de los conventillos o las viviendas *“callampas”*, implicaba al menos pasos tácticos fundamentales, *por una parte, potenciar las capacidades organizativas propias, y por la otra, mecanismos de presión sobre el Estado. Esta última, suponía necesariamente alianzas fundamentales con quienes podían convertir en “socios” de sus luchas, la Iglesia y los partidos políticos y más ampliamente, los sectores progresistas de la clase media* (2003, pág. 3).

Por ello, para comprender el presente de la Población José María Caro, como primer ejercicio historiográfico, debemos observar su pasado. Un pasado en el cual la creación de este territorio se inserta en un contexto histórico más o menos específico para la historia de Chile y de todo el continente latinoamericano. En este periodo están en disputa varios proyectos *“de planificación global”*, como los denomina el historiador Mario Góngora, *para referirse a los proyectos políticos e ideológicos que buscaban realizar cambios de fondo a las estructuras sociales que imperaban desde hace un largo tiempo en el país* (Góngora, 1998, pág. 280).

Sin embargo, los múltiples problemas políticos y económicos que se arrastraban desde la Primera Guerra Mundial, agravados por el descubrimiento del salitre sintético, el cierre de los mercados europeos, el desplome de la economía capitalista liberal (tras la crisis de la bolsa en Wall Street en el año 1929 en conjunto con el colapso de la industria salitrera en Chile), generó en la población la frustración de ver condicionada sus aspiraciones de educación, salud y vivienda. De hecho, la importancia de las reformas agrarias y de la cuestión campesina en todo América Latina avivó la esperanza puesta en los cambios políticos, sociales y estructurales que se venían gestando no solo en Chile ni en la ciudad de Santiago, sino que en todo el continente.

“Esto obligó a que miles de personas se trasladaran hasta la capital en busca de mejores condiciones de vida y subsistencia. En donde, la cantidad de personas que llegaba a diario a la ciudad contribuía a formar una gran masa de familias que buscaban techo, una vivienda o un lugar que les diera cobijo hasta conseguir algo más definitivo, pero la mayoría terminaba arrendando dada la emergencia migratoria en conventillos o cites” (Urbina, 2002, pág. 7 en Gálvez, 2014, pág. 22).

En ese orden, los avances sociales alcanzados por el Estado de Compromiso instalado por los gobiernos radicales (1938-1952) logró paliar en parte el creciente malestar social, institucionalizando los espacios de conflictos (incorporando a los partidos obreristas y a sus potentes sindicatos al Estado) y estableciendo ciertos progresos en materia social a través de algunas reformas parciales.

No obstante, estas reformas se tornaron rápidamente insuficientes y su impacto resultó muy limitado de acuerdo a las crecientes y urgentes necesidades que aquejaban al mundo popular chileno. *“La desigual redistribución que seguía sumiendo a la gran mayoría de chilenos en la miseria y la urgente situación de cientos de miles de habitantes de la ciudad, entre otras razones, reactivaron el descontento social con el Estado y el orden vigente, manifestado en protestas, marchas y huelgas a lo largo de la década de 1950”* (Salazar, 2006, pág. 56).

Con ese fin fueron creadas instituciones gubernamentales como la Caja de la Habitación Popular en 1936, la Corporación de Reconstrucción y Auxilio (CRA) en 1939, la Fundación de Viviendas de Emergencias en 1949 y la Corporación de la Vivienda (CORVI) en 1953. Sin embargo, en términos numéricos, la producción de soluciones habitacionales fue bastante reducida y no respondía en su totalidad a la demanda del déficit habitacional que en la ciudad

de Santiago siguió aumentando. Además, los programas beneficiaron mayoritariamente a obreros y empleados en virtud de los estándares de las viviendas y de los sistemas de crédito que dejaban por fuera a quienes no poseían un trabajo estable y capacidad de ahorro (Bravo, 1959, pág. 208). A finales de los años 50 del siglo XX, el Estado comenzó una acción de gran envergadura lo cual aumentó la producción de viviendas, incluyendo programas para los sectores de escasos recursos.

El objetivo principal de estos últimos era terminar con las poblaciones precarias que habían crecido en la periferia sur de la ciudad de Santiago, identificadas comúnmente con el nombre de poblaciones o tomas de terreno “callampas”. *En donde, se buscaba dar una solución estable a los que tenían una forma precaria de habitar en la ciudad, llamados “pobladores” o “sin casa”. Esto no era solo un asunto social o sanitario, sino que también constituía en un problema de envergadura política para el poder de la época, dado que muchas agrupaciones de pobladores habían adquirido una fuerza progresiva para hacer presión y, en algunos casos, habían efectuado tomas de terrenos: ocupaciones ilegales que se producían por la acción previamente organizada de un grupo de familias* (Espinoza, 1988; Loyola, 1989 y Garcés, 2002). Fue a partir de ese momento, en el cual los programas institucionales buscaron restituir estas iniciativas al Estado, pero un Estado aún débil en materias sociales y de planificación por medio de la urbanización.

No obstante, y pese a las dificultades en las que debían funcionar los partidos obreristas (con un PS fragmentado y un PC al margen de la legalidad por la Ley de Defensa Permanente de la Democracia), éstos jugaron un papel muy relevante en la formación, organización y defensa de los derechos de los trabajadores y pobladores al igual que lo hizo la Central Única de Trabajadores, CUT, creada en 1953. Ahora bien, junto al trabajo de concientización de los trabajadores, sus derechos y reivindicaciones, comenzaron a emerger -y cada vez más- otros problemas que revelaban la urgencia que tenían sus reivindicaciones. La dramática situación de cientos de miles de personas que habitaban la periferia de la capital, hizo del problema habitacional el gran tema a nivel social y político durante la segunda mitad del siglo XX. En donde, organizaciones populares se venían reproduciendo y organizando -sobre todo en clubes y comités de arrendatarios que protestaban por las constantes alzas de los precios sin que mejorase la calidad de las viviendas- tenían escasa durabilidad en el tiempo. De hecho, el malestar que se reactiva en Chile durante la década de 1950, por las precarias condiciones de habitabilidad, el encarecimiento de la vida y las escasas soluciones ejecutadas por el Estado, conformaron un contexto de alta conflictividad.

La pobreza, la insalubridad y el hacinamiento fueron lugar común de todas las urbes latinoamericanas, estableciendo su problemática como un asunto cada vez más extendido que resultaba fundamental resolver, pero donde el Estado aún se mostraba insensible, desinteresado y con la escasa capacidad para actuar ante las demandas y necesidades de los más pobres. Fue precisamente ante esta incapacidad del Estado de dar respuesta a las urgentes necesidades de los más necesitados que un grupo de pobladores, habitantes de las poblaciones aledañas del Zanjón de la aguada, decidió hacer justicia por sus propias manos a través de la

acción directa, tomándose los sitios de La Chacra, La Feria: el emblemático 30 de octubre de 1957, ese grupo de mujeres, hombres y niños hizo historia al dar vida a través de la toma ilegal de terrenos a la población La Victoria. Incrementando así el ambiente de tensión y conflictividad entre aquellos que eran considerados los “sin casa” y organismos del Estado.

Estudios de la época dan cuenta mediante un Censo llevado a cabo en 1907 del gran déficit habitacional en el cual subsistían una cantidad de 332.231 habitantes para Santiago, en tanto, en 1920, la cifra aumentó a 500.296, es decir, un 50,6%. Pero en 1930, un nuevo Censo indicó que los santiaguinos eran 696.231, lo cual implicó un crecimiento de 39,2% respecto al Censo anterior. En 1940 continuaba la concentración en Santiago con un total de 1.100.725 habitantes, indicando un nuevo incremento de 58,1%. Este notable crecimiento se logra apreciar en la mayoría de las comunas del Gran Santiago, las que recibían una constante migración desde provincias y otras regiones. Al terminar la década de 1950, el déficit habitacional alcanzaba las 375.000 viviendas (Grupo de Estudios José María Caro, 1980, pág. 2). No obstante, según el Censo de 1952, las comunas de San Miguel, La Cisterna y Maipú, los habitantes dedicados principalmente a la agricultura eran 224.329, debido a la presencia de importantes sectores rurales (Gálvez, 2014, pág. 19).

Ante ese escenario, la respuesta del poder político no se hizo esperar y *dio inicio a un programa masivo para los sectores de escasos recursos que tomó el nombre de Operaciones de Erradicación. Este fue iniciado durante los últimos meses del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo en 1958, pero tomó un nuevo impulso durante la administración de Jorge Alessandri y con la aprobación del Decreto con Fuerza de Ley No. 28 (CORVI, 1963).* El otro programa emblemático de esos años fue la Operación Sitio, puesto en marcha por el gobierno demócrata cristiano de Eduardo Frei Montalva en 1965. En donde, el principal objetivo de ambos programas era crear una cierta estabilidad habitacional, radicando a quienes, hasta ese momento, vivían en condiciones paupérrimas de pobreza, de hacinamiento, como allegados o a menudo dentro de algún tipo de ilegalidad. Pero que dentro del contexto que se estaba viviendo en la época, también tenía como finalidad frenar o evitar futuras tomas de terreno y así, apaciguar el ferviente rol organizacional que habían tomado pobladoras y pobladores ante el abandono del Estado hacia sus legítimas demandas.

En ese sentido, a principios del año 1959 comenzaron las erradicaciones de las “poblaciones callampas” desde distintos puntos de la ciudad hacia el fundo Lo Valledor, conformando las poblaciones Lo Valledor Norte y Sur (territorios que hoy comprenden a la comuna de Pedro Aguirre Cerda) y la población José María Caro (hoy en la actualidad perteneciente a la comuna de Lo Espejo) entre las más relevantes. Esta situación generó un aumento en más de 250.000 mil habitantes en este sector de la ciudad (Gálvez, 2014, pág. 20). De hecho, la comuna de La Cisterna fue creada, según Decreto Supremo N°2.732 del 30 de mayo de 1925, separando sus bienes de la Municipalidad de La Granja de la que formaba parte. Algunos años después, mediante el Decreto de Ley N°116, fechado el 30 de enero de 1930, se determinó qué comunas formarían parte del Gran Santiago. Allí se amplió la comuna de La Cisterna quedando integrada por cinco distritos: Trinidad, Lo Ovalle, Cisterna, Almendro y Lo Espejo (Soto, 1994, pág. 65). De esta manera, quedó incluido parte del fundo de Lo

Valledor, localizado al sur poniente de la capital, frente al ex aeropuerto de Cerrillos (Gálvez, 2014, pág. 20).

Años más tarde, en octubre del año 1958, la Dirección de Obras Municipales de La Cisterna recibió, de parte de la Corporación de la Vivienda (CORVI), *“los primeros planos de loteo de la población Lo Valledor. El día 21 de octubre de ese año se aprobaron dichos documentos, lo que fue comunicado por el secretario Municipal el día 27 del mismo mes. Así, con fecha del 27 de agosto de 1965, el director de Obras Municipales, Jaime Figueroa, dio por recepcionadas las poblaciones José María Caro y Lo Valledor Sur, anteriormente denominadas “Lo Valledor”* (Gálvez, 2014, pág. 21-22) para su construcción. De esta manera, *“la mayoría de las familias que llegaron al fundo de Lo Valledor pertenecían a grupos organizados. Se trazaron los sitios y se trasladaron a los sectores que se denominaron Lo Valledor Norte, Lo Valledor Sur y lo que sería la población José María Caro, conocida a posteriori como La Caro”* (Gálvez, 2014, pág. 28). En ese sentido, la distribución de la población se distribuyó en siete sectores; A, B, C, D, E, F y G, en donde las familias fueron reubicadas por medio de un puntaje obtenido. Sin embargo, *“la población fue entregada sin ningún tipo de equipamiento, carecía de alcantarillado, luz eléctrica, pavimentación, medios de locomoción y sistema de recolección de basuras. Tampoco contaba con escuelas, instituciones asistenciales de salud ni vigilancia policial”* (Godoy y Guzmán, 1964, pág. 42). Precarizando aún más las condiciones de vida de un sinnúmero de familias donde persistía la falta de un trabajo estable lo cual afectaba a la mayoría de mujeres y hombres pobladores.

En sentido, según los resultados de las encuestas efectuadas por profesionales, especialmente por asistentes sociales, se trasladaron familias provenientes de distintos puntos de la capital, muy heterogéneas, en términos socioeconómicos que, de acuerdo a lo señalado por Beatriz Arciniegas, fueron diferenciadas en tres niveles: **A. Grupos de “erradicados”**, provenían de poblaciones callampas desde diversos lugares de Santiago, los cuales habían sido trasladados por parte de la CORVI. Fueron ubicados particularmente en los sectores D, E y F. Este grupo se caracterizó por su precaria situación económica. Los erradicados tenían ocupaciones inestables en distintas áreas, tales como el industrial, la construcción o el comercio. En donde, presentaban una marcada rotación laboral, desempleo y subempleo. **B. Grupo “independiente o nivel intermedio”**, lo conformaban familias de variada procedencia que llegaron a la población por gestiones individuales, presionados por la necesidad de viviendas y estimulados por políticos y dirigentes. Se ubicaron en diversos sectores. Este grupo estaba formado por obreros semiespecializados o especializados en construcción e industrias varias y, por ende, tenían mayor estabilidad en el trabajo y contaban con previsión social. **C. Grupo de “empleados estatales”**, este grupo lo conformaban empleados de Endesa y Municipalidad de Santiago, obreros de industrias mayores y personal de fuerzas armadas y carabineros, que se localizaron especialmente en los sectores A, B y parte del C, es decir, en las mejores zonas del conjunto. Este grupo poseía trabajo estable, previsión social y diversas franquicias institucionales (Arciniegas, 1966, pág. 79).

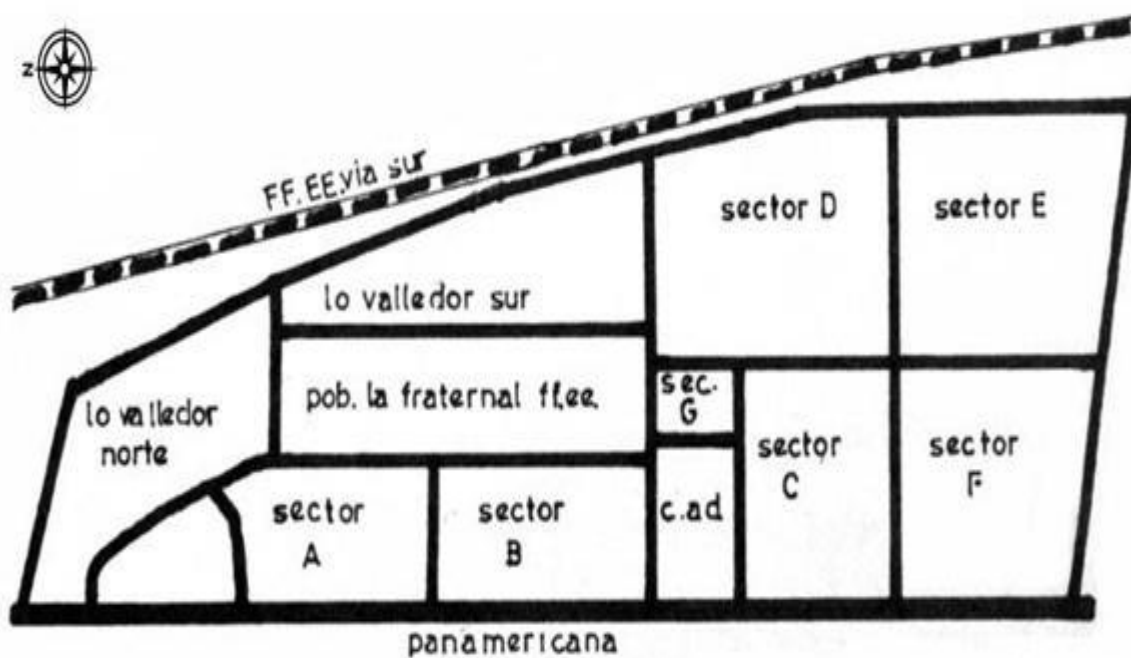
Esta situación para la autora, significó construcciones en concreto y de mejor calidad para sus futuros habitantes, pero, también condicionó la fabricación de otras viviendas dentro la

población de materiales más ligeros (cholguán y terciado) y con menores servicios básicos para su subsistencia dado el puntaje con los cuales eran sometidos a selección sus futuros habitantes. Esta situación, no hizo más que agudizar las tensiones ya existentes, en donde el hambre, la miseria, el trabajo infantil, la desocupación laboral, la falta de control en temáticas de natalidad, la violencia, el alcoholismo y la pobreza en gran escala albergó los primeros inicios y la construcción de población José María Caro en el año 1959.



Fotografía aérea del sector D de la población José María Caro, año: 1961. Autores: Gastón Godoy y Jaime Guzmán (1964). Fuente: Fuente: La Caro: Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza, Orlando Gálvez (2014). Portada del libro.

Anexos documentales.



Sectores de la población José María Caro. Fuente: “El problema habitacional y las poblaciones de erradicados”. Autores: Gastón Godoy y Jaime Guzmán (1964). En: La Caro: Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza, Orlando Gálvez (2014). Pág. 28.

1.1. DE LA ORGANIZACIÓN A LA TERRITORIALIDAD: HISTORIA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA POBLACIÓN JOSÉ MARÍA CARO 1959-1990.

*“Es más difícil honrar la memoria de los sin nombre
que la de los famosos, de los célebres....
A la memoria de los sin nombre
está consagrada la construcción histórica²”.*

Walter Benjamín.

Los *sin nombre* son los oprimidos cuya historia y memoria suelen ser relegadas a algunos baúles estáticos en el tiempo, como así también al olvido deshabitado de su protagonismo histórico, social y político por las grandes narrativas de poder. Por ello, el acto de *honrar* y *construir una historia desde abajo* no se reduce solo al ejercicio de homenajear a un sinnúmero de mujeres y hombres que dieron vida a otras historias, sino que lo es por medio de la comprensión de su pasado, creando nuevas formas para poder entender nuestro presente. Este ejercicio de escribir debe ser cauteloso para nosotras las historiadoras e historiadores en proceso formativo u ejercicio, pues no solo está en juego la historia de quienes nos antecedieron por medio de sus experiencias de vida y memorias, sino que también, la de otras dinámicas y procesos que nos pueden ayudar a transformar nuestros territorios y realidades.

Cuando tratamos de *“concebir el espacio o el territorio. Es muy importante formular una nítida concepción del mismo si se quiere comprender los fenómenos urbanos y la sociedad en general; sin embargo, la naturaleza del espacio sigue siendo algo misterioso que la investigación social no ha conseguido develar. Si consideramos el espacio como algo absoluto, entonces se convierte en “algo en sí” con una existencia independiente de la materia. Entonces, el espacio es poseedor de una estructura que podemos usar para clasificar o individualizar los fenómenos que en él pueden ocurrir o proliferar. La tesis del espacio relativo mantiene que éste debe ser entendido como una relación entre objetos y sujetos que existe solo porque los objetos y sus sujetos existen y se relacionan entre sí”* (Harvey, 1977, pág. 5). En ese sentido, si hablamos de relaciones que se han condicionado entre sí a lo largo de su historia, perfectamente podemos mencionar el caso de la población José María Caro en el cual desde sus inicios, conformación y organización ha dado cuenta de un sinnúmero de procesos que vale la pena poner atención dentro de este apartado.

A saber, fuentes escritas, prensa y documentación producida en los últimos años y de la época han dado cuenta que los primeros asentamientos y construcción de la población José María Caro comenzaron en el año 1959, este espacio desde sus primeros inicios significó el sueño habitacional para un sinnúmero familias que veían con esperanza el *“sueño de la casa propia”* como un anhelo tangible pero que, también implicó tomar la organización de su nuevo hogar con sus propias manos. Ese viaje lo emprendieron precisamente mujeres,

² Reyes, M. (2006). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamín (Sobre el concepto de historia)*. Editorial Trotta. Pág. 315.

hombres y niños de todas las edades, es por ello, que en las siguientes páginas pretenderemos abordar su llegada.

Vale decir que *“la José María Caro, debe su nombre al primer Cardenal chileno, comprometido defensor de los pobres. Su papel de intermediario ante el gobierno y defensor de los pobladores de la toma de La Victoria, lo llevó a ser fuertemente respetado y querido por el pueblo chileno. Sin embargo, su repentina muerte, en diciembre del año 1958, hizo que el fundo Lo Valledor, lugar escogido para llevar adelante el plan DFL 2 del gobierno de Alessandri, llevará su nombre”* (Binimelis, 2008). Ahora bien, tras una exhaustiva búsqueda de fuentes que puedan contribuir a la elaboración de este estudio, se pretende complementar este subcapítulo con fuentes orales de pobladoras y pobladores que pudieron entregarnos sus testimonios y memorias para dar cuenta de sus experiencias como los primeros habitantes que llegaron a vivir en La Caro.

“Esta expresión de “historia oral”, como el sustantivo de “historia”, evoca una narración del pasado y el adjetivo “oral” se refiere al medio expresivo que la caracteriza. Los historiadores orales han trabajado mucho sobre los aspectos narrativos y lingüísticos, identificando los géneros discursivos utilizados por los entrevistados: los elementos del folklore, las anécdotas, la influencia de las formas escritas y literarias y de la comunicación masiva, las analogías y las diferencias entre oralidad y escritura, etcétera” (Tonkín, 1992 en Portelli, 2014, pág. 2).

Lo que más tarde, para Pistacchi, *dentro de la historia reciente, esta expresión comenzó a tomar nota producto del hecho con que la historia oral es el resultado de un diálogo (una entrevista)* (2010, en Portelli, pág. 2), la cual toma forma ya sea por las estrategias verbales del entrevistado, por la intervención y la presencia del historiador(a) o por el empleo que de ello se hace sucesivamente. En ese sentido;

“La “historia oral”, entonces, es un término ambivalente, en cuanto designa por un lado aquello que el historiador(a) “escucha”, y por otro, lo que éste mismo “dice” o “escribe”, y sobre todo eso que el narrador y el historiador(a) construyen juntos a lo largo de la entrevista” (Portelli, 2014, pág. 2).

De esa manera, los principales puntos que se pueden recoger de los autores, tienen como eje principal comprender a la historia oral (como una herramienta historiográfica) pero que, también es un género en sí mismo, dialógico y compuesto por diversas discursivas narrativas en donde confluyen historia, memoria e incluso, identidad. Sin embargo, la historia oral también posee sus ventajas y desventajas dado el uso que se le puede emplear para construir una realidad política y social dotada de experiencias y tensiones, pero narradas a partir de sus principales protagonistas.

Para este ejercicio, Gloria Delgado (62 años), pobladora de La Caro del sector D, nos comentó que llegó a La Caro con apenas 8 meses de vida junto a su familia y hermanos. En ese viaje, la entrevistada nos invita a navegar en sus recuerdos más recónditos como una niña habitando este territorio a tan temprana edad;

“Mi niñez fue dura, como la de todos aquí. Aquí todas las calles eran de tierra para empezar, y mi casa era bien pobre (...) Pero todos los vecinos cuando llegamos acá, eran bien unidos”.

Tras las palabras de Gloria, vale retroceder un poco en el tiempo para conocer como varios de sus futuros habitantes llevaban tiempo organizándose en comités de vivienda creados en distintos rincones de la capital antes de arribar definitivamente a la nueva población. Por lo cual, muchos de quienes llegaron a la José María Caro entre los años finales de 1959 y comienzos de 1960, provenían con ideas políticas claras y una organización de base desde mucho antes. En ese sentido, el sueño de la casa propia no solo fue el anhelo de millones de chilenos, sino que también una necesidad básica e imperiosa de una importante mayoría. Durante esta época, por diversos lugares comenzaron a surgir comités de vivienda y agrupaciones de “sin casa” los cuales buscaban -a través de la organización entre vecinos- poder concretar dicho sueño. Y los habitantes que dieron vida a la José María Caro no fueron la excepción.

Precisamente con el arribo de un gran número de familias a la población en los primeros meses del año 1960, la José María Caro fue tomando forma, sin embargo, aún era muy temprano para obviar las múltiples deficiencias y carencias que fueron existiendo a medida con la que sus pobladores se encontraron con un espacio urbano que hasta ese momento no era del todo habitable. Ante ese escenario, el rol que jugó el Estado, fue el de evitar que otros campamentos o pobladores se tomaran ilegalmente nuevos sitios, en donde, si bien se dio prioridad a la entrega de nuevas viviendas básicas en los barrios aledaños, también postergó una vez más las mejoras que de manera urgente necesitaban los sectores de La Caro que comenzaron a poblarse. Era la vida, su rudeza y la pobreza lo que desde las y los pobladores de La Caro fue un motor a diario para mejorar sus propias condiciones de vida y la de sus familias.

En ese sentido, Manuel Triviño Pineda (81 años), poblador llegado a José María Caro en el año 1960, nos habla de cómo fueron sus primeros años en La Caro;

“Acá a La Caro la gran mayoría de los pobladores comenzó a llegar en los años 60 's, después del terremoto (...) Pero estas casas eran resistentes porque eran de paneles de madera y cholguán, pero estas casas las terminamos de hacer nosotros mismos (...) Aquí me instalé con mi señora, estaba recién casado y con mi primer hijo en ese tiempo (...) Los demás nacieron cuando ya estábamos aquí instalados en La Caro”.

Fue precisamente de esa autoconstrucción de la cual nos habla don Manuel, lo que para muchos de las y los pobladores que habían llegado a la José María Caro a principios de la década del 60 's significó comenzar a buscar mejorar las condiciones de sus vidas por medio de la reedificación de sus casas, pavimentación de veredas y calles, cultivo de huertos comunitarios y árboles, así como también el trazado de luz eléctrica y agua potable, dado que no existían y para poder acceder a estos servicios básicos muchos debían trasladarse a las poblaciones aledañas como Clara Estrella o Santa Olga para llenar algunos baldes o bidones con agua.



Autoconstrucción de veredas en la población José María Caro. Año: 1968. Archivo fotográfico: Orlando Gálvez. Fuente: **La Caro: Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza**, Orlando Gálvez (2014). Capítulo 4: **Entre todos construyendo La Caro**. Pág. 119.

Ante ese escenario, Angélica Berrios (69 años), pobladora llegada a La Caro en el año 1959 y con apenas 9 años de edad, nos comenta desde su perspectiva como fueron para ella sus primeros años en la José María Caro;

“Cuando llegamos a La Caro era verano, venía con mis hermanos y mis papás, pero mi papá venía medio enfermo; él era asmático (...) Para nosotros la casa nueva, no era tan nueva porque la encontramos fea (...) Eran dos piezas no más con una llave, un cerco en el patio y una casucha para hacer nuestras necesidades, era eso no más (...) Para tomar locomoción había que ir a tomarla allá a la Dávila, eran 45 minutos caminando y para nosotros nos servía de paseo porque íbamos a dejar a mi abuelita que vivía allá, de regreso nos veníamos todos tomados de la mano pa’ no perdernos (...) Pero acá era feo porque todo era de tierra, con suerte teníamos luz y agua”.

Esa falta de locomoción colectiva entre el centro y la periferia de la cual nos expone la señora Angélica en su testimonio, saca a relucir la precariedad con la que vivían las y los pobladores en La Caro. Puesto que como la CORVI (Corporación de la Vivienda) se encargaba exclusivamente de la administración y distribución en los terrenos, la ausencia y el desinterés provenientes de estos organismos fue bastante notoria. Lo cual generó cierta decepción y una molestia generalizada entre los primeros habitantes de la José María Caro, sobre todo en las mujeres, que veían a diario las precarias condiciones en las cuales muchas de ellas habían llegado con sus hijos aún pequeños o en otros casos, embarazadas.

Para ello, Lefebvre, señala que *“la vida cotidiana deviene de un terreno privilegiado, lugar de combates y transformaciones revolucionarias. La metamorfosis de la vida cotidiana traería pronto, enseguida, una vida social totalmente nueva, transfigurada, entregada”* (Lefebvre, 1978, pág. 10). Sin embargo, las y los pobladores de la José María Caro

entendieron que nada sería así de fácil tras enfrentarse a esta dura realidad que de ahora en adelante sería su hogar. En ese sentido, Harvey, enfatiza que;

“La redistribución de los espacios implica una evolución cultural dentro de los sistemas urbanos debido, en parte, a la reorganización de los estímulos físicos y sociales que existen dentro de él a través del poblamiento, organización, planificación y administración cambian. No obstante, la relación de propiedad crea espacios absolutos dentro de los cuales puede funcionar un monopolio de control. El movimiento de la población, bienes, servicios e información se desarrolla en un espacio relativo, dado que todo ello significa dinero, tiempo y energía para superar el problema de las distancias” (1987, pág. 6).

Esa capacidad de redistribución de la cual nos habla Harvey y la vida cotidiana como un terreno privilegiado para Lefebvre, tienen por coincidencia a la misma entidad regulatoria; el Estado. En ese sentido, el historiador Manuel Garate, plantea que;

“Tras la Gran Depresión de los años 30 's en Estados Unidos y Europa, se comenzó a desarrollar una disciplina económica ligada fuertemente al Estado, involucrando a las instituciones públicas en una materia que, hasta aquel momento, se consideraba como propia del mundo privado. La economía dejó de depender únicamente de las ideas del libre comercio, posicionándose una nueva concepción económica que privilegiaba la planificación y la puesta en marcha de dispositivos contracíclicos y regulatorios del comercio mundial. La figura de Keynes y la escuela económica que surge de su pensamiento, dominaron la esfera pública y académica desde la década de 1930 hasta mediados de 1960. Este periodo marcó la aparición de la economía como un actor central en las redes de poder político, así como de la gestión de políticas públicas” (2012, pág. 448).

Este Estado de Bienestar que posterior a la debacle de 1930 y 1970, operó como un ente intermediario bajo un nuevo escenario social y por medio de la tendencia mundial de expandir su influencia sobre las condiciones de vida de la población chilena, a través de la creación de nuevas instituciones sociales y el aumento del gasto público³. Si bien logró avanzar en materias sanitarias, educativas, vivienda y de protección a favor de las clases populares y trabajadoras de Chile, también estuvo bastante limitada en su acción, sobre todo, por el déficit y las deudas externas con el cual las arcas fiscales operaban en ese entonces, restringiendo una vez más los profundos cambios que se extendían a lo más alto del poder gubernamental y político. Sin embargo, las presiones sociales que estaban germinando desde las bases populares no se harían esperar, todo lo contrario, para Garcés, esta nueva distribución de los espacios consistía en que:

“En el caso de los pobladores chilenos, todos estos elementos estaban, en cierto modo insinuados en los años sesenta, producto de que una parte de sus estructuras organizativas daban cuenta de una doble dinámica, la acción comunitaria y la de su vinculación con el sistema político a través de los partidos; por otra parte, es evidente que la cuestión del control territorial era central para los pobladores, ya que, como veremos, el movimiento buscaba una nueva posición en la ciudad; ya

³ Memoria Chilena (consultado el 14 de noviembre de 2002). *El Estado de Bienestar Social (1924-1973)*.

fuera por medio de repoblar como así también la de refundar la ciudad. Debido a que la cuestión del sentido político del movimiento si bien podía ser menos clara, contaba a su favor con el proceso político global que representaba el tránsito de la “revolución en libertad” a la “vía chilena al socialismo”, es decir la superación de la dinámica de integración regulada que proponía la Democracia Cristiana para dar paso a nuevas relaciones de poder con “vistas al socialismo” (2003, pág. 1-2).

Así, tras lo formulado por Garcés, resulta imprescindible contemplar el panorama político, social y económico de estos años, pues de ella se logran desprender uno de los mayores hitos históricos para el movimiento de pobladores chilenos en donde por medio de la acción y la organización social de estos actores en la escena pública, fueron capaces de transformar las relaciones de poder entre el Estado y los más pobres de la ciudad. En donde, desde tiempos coloniales, la urbe que se caracterizó por condenar a los sectores populares a vivir en condiciones precarias de vivienda, ya fuera expulsándolos a sus márgenes u otros sitios sin valor comercial, fueran estos; riberas de ríos, canales de regadío, basurales o sitios eriazos. Ahora tomarían un sitio de liderazgo en las demandas sociales, emprendiendo una transformación en el núcleo de la constitución de los sujetos históricos-populares.

1.2. NOS PROMETEMOS NO OLVIDAR: LA MATANZA DE LA CARO, 19 DE NOVIEMBRE DE 1962.

*“...Me viene a decir la carta
Que en mi patria no hay justicia.
Los hambrientos piden pan
Plomo les da la milicia, sí.
Habrase visto insolencia
Barbarie y alevosía
De presentar el trabuco
Y matar a sangre fría
A quien defensa no tiene
Con las manos vacías, sí⁴...”.*

Esas fueron las palabras que desde Francia evoco Violeta Parra, al otro lado del mundo, sobre el crimen ocurrido en la población José María Caro. En efecto, la muerte de seis pobladores por miembros del ejército con motivo de la huelga general convocada por la CUT, se ha convertido en un hecho que ha marcado la memoria colectiva y la identidad para quien hable y habite la José María Caro. Por eso resulta tan importante hablar de este acontecimiento. Porque transcurrido 60 años es un hecho que aún continúa vivo. Y es que, junto con recordar a los caídos en aquella jornada de protesta, la matanza sigue siendo un tema presente que ha dado sentido y significado a lo que ha sido la relación histórica entre el Estado y la comunidad; entre ellos -los de La Caro- y el resto de la ciudad. En donde, el sentido y referencia, a su vez, han demarcado la histórica relación del Estado de Chile con los sectores populares. No obstante, resulta fundamental esclarecer que el siguiente apartado no pretende dar cuenta de un relato absoluto, sino que es resultado de una búsqueda bibliográfica y de fuentes escritas (prensa y diarios) de la época que puedan contribuir a su lectura y entendimiento.

A saber, *desde hacía varios días se comentaba en la población José María Caro sobre el Paro Nacional al que estaba convocando la Central Única de Trabajadores (CUT) para el día 19 de noviembre de 1962 por 24 horas. La situación era insostenible y compleja en el país, ya que se habían generado numerosas alzas en los últimos meses. El Gobierno de Jorge Alessandri proponía un reajuste del 15% a los salarios y la CUT exigía un 50%* (diario: El Clarín, 20 de noviembre 1962, pág. 3 en Gálvez, 2014, pág. 91), mientras la desesperación y la angustia producto de la pobreza se apoderaban de los hogares en los cuales se sobrevivía al día a día. Ante aquel clima de tensión, durante el fin de semana se llevaron a cabo en diversos puntos de la población varias reuniones que darían cuenta de la situación actual en La Caro y con ello, si como pobladoras y pobladores decidían adherirse al paro que estaba siendo convocado por la CUT y de qué manera participarían de las movilizaciones. Puesto que *las movilizaciones no resultaban indiferentes para nadie, fundamentalmente porque en algunos sectores de la población la cesantía superaba el 40%* (Santibáñez, 1962, pág. 8 en Gálvez, 2014, pág. 91). Por añadidura, el Comando de Pobladores tuvo que suspender las asambleas que se

⁴ Museo Violeta Parra (consultado el 06 de noviembre de 2022). *Los hambrientos piden pan*, “La Carta”, extracto. Composición: Parra, V. (1963).

estaban llevando a cabo en la población José María Caro, y así evitar que sus acciones fueran confundidas con algún direccionamiento partidista, dejando a sus dirigentes en libertad de acción. Para el día martes 19 de noviembre a muy tempranas horas de la mañana diversos grupos de pobladoras y pobladores organizados, comenzaron a ejecutar las acciones acordadas. En ese sentido, la primera medida era impedir el paso del tren en uno de los cruces vehiculares que había sobre la vía férrea, dado que el gremio de ferrocarriles del Estado había resuelto no adherir al paro; el segundo propósito era obstruir el tránsito de la locomoción colectiva, especialmente de los camiones que iban y venían de la población La Dávila ubicada en la comuna de Pedro Aguirre Cerda. Este paso se encontraba en Buenaventura con Santa Anita, colindante a una planta transformadora de energía eléctrica de la cual era propietaria EFE (empresa de ferrocarriles del Estado). Ante esta situación, se decidió que, a partir de ese momento, ese lugar sería el punto de encuentro entre dirigentes y pobladores. Tras las primeras muestras de manifestaciones de las y los pobladores de La Caro en la línea ferroviaria, poco a poco se comenzaron a congregarse más personas (diarios y fuentes de la época cifran a 500 pobladores presentes en la manifestación), cuando las fuerzas policiales no demorarían en querer establecer el orden, tratando de disuadir y disolver a los pobladores por medio del uso de la fuerza y bombas lacrimógenas.

Sin embargo, y pese a que lograron desbaratar momentáneamente la organización de los pobladores, horas después consiguieron volver a reorganizarse bloqueando el cruce ferroviario cercano a la planta de energía eléctrica de EFE. De manera paralela, otras pobladoras y pobladores se adhirieron a las manifestaciones sumándose en otros puntos de la línea férrea, pero en esta oportunidad entre las calles Av. Fernández Albano (hoy Av. Salvador Allende), con tal de generar algún tipo de resistencia y presión levantando barricadas con los durmientes que habían dejado los operarios a cargo del mantenimiento de las vías férreas para que las fuerzas policiales presentes en el lugar se disiparan ante la presencia de más y más pobladores que se agrupaban con el pasar de las horas. Al verse superados en cantidad de pobladores, las fuerzas policiales de orden no dieron abasto y pese a las múltiples acciones para disolver a los manifestantes agotando el uso de bombas lacrimógenas y golpeando a las pobladoras y los pobladores, alrededor de las 11 de la mañana de ese día lunes llegó un contingente proveniente de la Escuela de Infantería de San Bernardo y un batallón de 60 soldados de la FACH proveniente del grupo 10 de la Base Aérea de El Bosque.

Según el parte oficial entregado por el Ministerio del Interior al final de la jornada del día lunes, las y los pobladores congregados en la línea de tren llegaban a los 5.000 (Santibáñez, 1962, pág. 8 en Gálvez, 2014, pág. 92), cifras desmentidas, ya que la realidad era otra, y las y los pobladores no superaban en aquella jornada las 700 personas. No obstante, dicha cifra entregada por las autoridades de la época, luego serviría para así poder justificar lo que horas más tarde ocurriría en La Caro. Fue así como a horas cercanas del mediodía apareció un tren con otro contingente de militares a bordo procedente del Regimiento de Infantería de San Bernardo, en donde se bajaron y accedieron a la población por la línea férrea. Mientras

algunos pobladores se quedaron conversando con los soldados para buscar apaciguar la tensión del momento y evitar un enfrentamiento con los militares, otro grupo de pobladores buscó la manera de enfrentarse a ellos sin medir las represalias que los soldados podrían tomar contra ellos. Fue así como el peso y la fuerza de unas piedras, no tuvieron el mismo poder ni el impacto que tuvieron las balas que retumbaron al eco y al silencio de la muerte rondando por la población. Eran las 12:30 horas del día 19 de noviembre de 1962 y las calles de la población se teñían de la sangre de Nemesio Barraza (28 años), Jorge Miranda (28 años), Hipólito Brevis (22 años), Ricardo Cubillos (18 años), Juan Barraza (32 años) y Elsa Ramírez (16 años), última víctima de La Matanza y quien ni siquiera se encontraba en el lugar de los hechos, pues una bala loca atravesó las paredes de su hogar mientras se encontraba planchando su ropa de trabajo.

Según el diario *“El Clarín”*: ***“La Matanza dejó seis víctimas fatales y, además, 35 niños huérfanos”*** (21 de noviembre de 1962, pág. 8).

No obstante, para el diario *“El Siglo”*: ***hubo varios heridos; “Génova Sepúlveda Barra (38 años), herida a bala en su muslo izquierdo, grave; Eduardo Quezada (40 años), herido a bala en su pierna derecha, grave; Manuel Vera (14 años), herido a bala región inguinal, en su muslo izquierdo, grave; Rafael Alvarado (23 años), herido a bala en muslo derecho, grave; Julio Arando (10 años), herido a bala en su brazo izquierdo, grave; y Sergio Matus (32 años), herido a bala en su pierna derecha, menos grave”*** (20 de noviembre de 1962, pág. 8).

Tras la masacre desencadenada y el posterior retiro de las fuerzas armadas y policiales del lugar de los hechos, los pobladores se movilizaron para llevar a los heridos a la posta del Hospital Barros Luco, a una media hora de distancia. Sin embargo, como la ambulancia no estaba operativa para el traslado de los heridos, el Presidente del Comando de Pobladores, Alfonso Cuevas, explicaría más tarde a la prensa, que las acciones que se debieron tomar para poder trasladar a los heridos al recinto de asistencia de salud fue la de solicitar un camión prestado con el cual se realizarían siete viajes al hospital, puesto que dada la urgencia y la mala conectividad vial a la población, esto imposibilitaba una atención más rápida para la cantidad de heridos y heridas que dejaron las manifestaciones y el poder de fuego del cual hicieron las fuerzas armadas.

Estos hechos, pueden poner sobre el debate el fenómeno de la propensión a la violencia en Chile con que las fuerzas de orden público (fuerzas armadas y policiales) han buscado reprimir cualquier tipo de protesta o manifestación que atente contra el poder a lo largo del tiempo y en todo este territorio. Para Tironi, se desprende la idea que; ***“la violencia no es ni ha sido nunca en Chile un fenómeno social fuera de control; al contrario, ella aparece asociada a opciones ideológicas y a las debilidades en la capacidad de integración al sistema político”*** (1990, págs. 25-26 en Salazar, 2006). Esa incapacidad de integración al sistema político del cual nos habla Tironi en el libro de Salazar, es sino el fiel reflejo de una realidad que afectaba a diario a las y los pobladores de la población José María Caro, pues eran testigos del sumido

abandono con que el gobierno de Alessandri y la clase dirigente de este país aún tenía a un sector importante de la población. En donde, esta situación se podía ver reflejada en las paupérrimas condiciones en las cuales vivían las y los pobladores, pues la falta de fuentes de trabajos estables, la insalubridad (generada producto de la escasez en el sistema de recolección de basura) y el encarecimiento en el costo de la vida (ocasionado por las alzas en el precio de los alimentos e insumos básicos) fuera la pólvora que detonara con aún mayor fuerza y determinación la adhesión de las y los pobladores al paro.

En ese sentido, resulta un tanto sobrecogedor hurgar en la historia, más aún considerando las mil historias que confluyen en un determinado territorio a lo largo del tiempo, pues no solo son el resultado de una narrativa a merced de la historia oficial y de poder, sino que, también lo es la historia más humana de mujeres, hombres, jóvenes, niñas y niños. Hoy nuestras abuelas, abuelos, madres y padres. Quienes, con una inmensa fuerza, resistencia y lucha han sabido construir su propia historia aquí en La Caro.

Ahora bien, luego de pasado el trauma en sí, el de *La Matanza*, se tuvo que volver nuevamente a la realidad. Pues había que sepultar a los muertos, dándoles una despedida, no solo acompañando a las pobladoras y pobladores que fueron abatidos en esa jornada, sino que, también a quienes iban a enterrar a sus padres, hijos y primos. Junto con esta acción, diversas autoridades y sectores de la sociedad chilena respondieron a los hechos ocurridos en La Caro tras la matanza, sin embargo, también se hizo presente el típico oportunismo de la clase política. La jornada de los funerales se llevó a cabo dos días después de ejecutada *La Matanza*, a ella llegaron miles de pobladoras y pobladores quienes buscaron acompañar a las familias en su dolor de haber perdido a sus seres queridos. De esa manera, según Carlos Soto;

“El día 22 de noviembre el cortejo partió desde la cancha de fútbol de la población, faltando quince minutos para las dos de la tarde y llegó a las 18:30 horas a la plazoleta del Cementerio General. Fueron cien cuadras de recorrido. Más de una hora demoró en pasar la columna por Avenida La Paz, y tenía una extensión de más de 15 cuadras. El cansancio y el intenso calor causaron serias bajas, pero no consiguieron detener la marcha de los pobladores” (1994, pág. 100).

Así, concluye uno de los capítulos más traumantes de los cuales tengan recuerdos las y los pobladores de La Caro, donde el silencio sigiloso de la muerte azotó todos los rincones de la población, pero que hoy en nuestro presente ha resistido al olvido a través de la memoria histórica y colectiva de quienes nos reconocemos en los dolores del pasado.

Anexos fotográficos y documentales.



Rayados convocando al Paro Nacional convocado por la CUT en la población José María Caro. Fotografía: José Luis Villalba (1962). Fuente: La Caro: Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza, Orlando Gálvez (2014). Pág. 91.



Imagen: Pobladores apostados en la línea ferroviaria, mientras contingente policial los intenta dispersar. Manifestaciones bajo el contexto del Paro Nacional convocado por la CUT.
Fecha: 19 de noviembre de 1962. Población José María Caro. Fuente: Radio Nuevo Mundo.

<https://radionuevomundo.cl/2021/11/20/a-59-anos-de-la-matanza-de-la-caro-que-origino-la-carta-de-violeta-parra/>

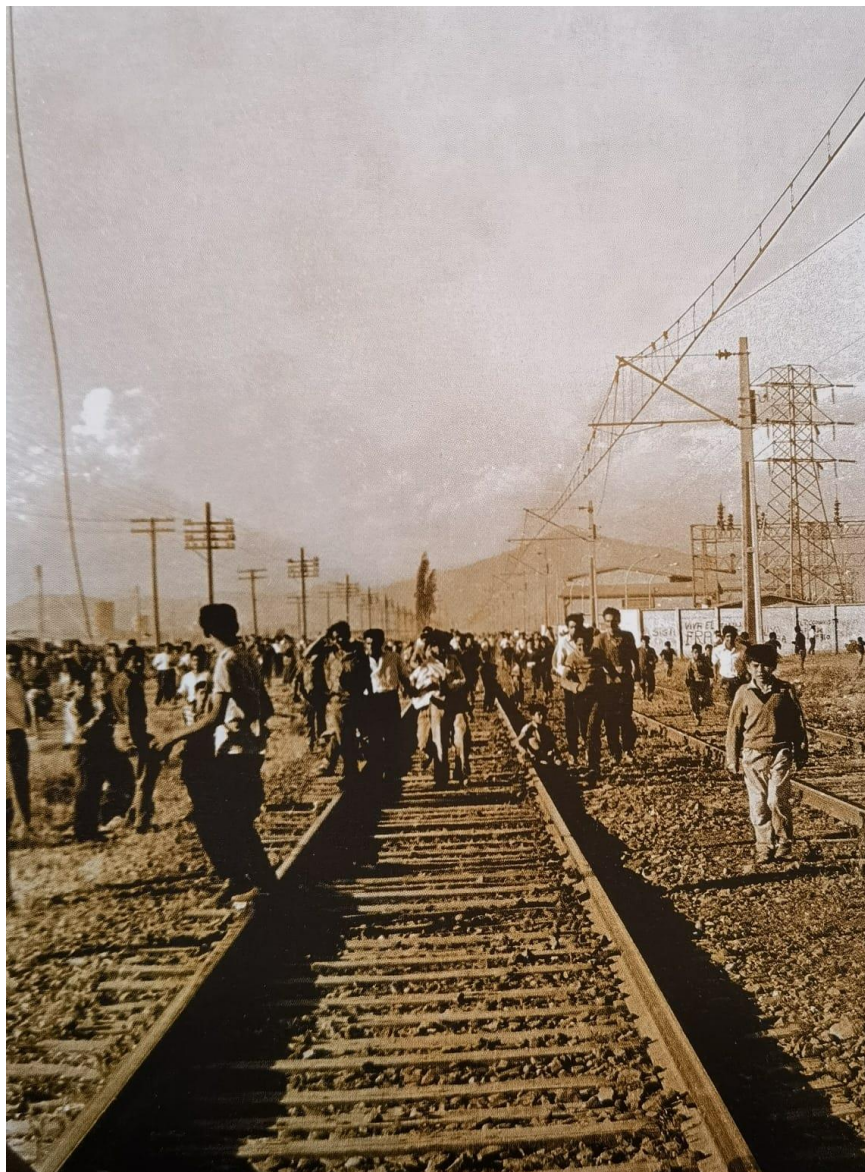


Imagen: Pobladores apostados en la línea del tren tras la Matanza, intersecciones de calle Buenaventura y planta eléctrica de EFE. Fecha: 19 de noviembre de 1962. Fotografía de: José Luis Villalba. Fuente: La Caro: Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza, Orlando Gálvez (2014). Pág. 97.



Sepultadas las víctimas de “incidentes” ocurridos en la Población José María Caro. Fecha: 22 de noviembre de 1962. Fuente: Diario “El Mercurio”. Sección de periódicos. Biblioteca Nacional de Chile.



Afiche de Commemoración de los 60 años de “La Matanza de La Caro” (19 de noviembre de 2022). Gentileza: Colectivo La Caro.

En el marco de una conferencia de prensa, 10 días después de la Matanza, el presidente del Comando General de Defensa de Pobladores Población José María Caro, Alfonso Cuevas, señalaba que se necesitaban; *“escuelas, equipos para bomberos, una mayor dotación de carabineros, policlínicas, alcantarillado y mercados especiales”* para los 115.000 habitantes. Además, indicaba que por falta de escuelas primarias -hoy escuelas básicas- únicamente podían estudiar un pequeño porcentaje de la población infantil. *“De los 26 mil 200 niños que necesitan ir a clases, lo hacen 9 mil, los otros 17 mil quedan al margen de la enseñanza, salvo de las que les da la calle”* (El Mercurio, 29 de noviembre, 1962, pág. 20).

De esa manera, en dicha ocasión, el dirigente del Comando de Pobladores denunciaba que durante el pasado (1961) “se registraron en la población 311 mil casos de tifoidea, la mayoría de las guaguas y niños que murieron con la epidemia había fallecido a consecuencia de las aguas servidas y de la basura que inunda la población”, añadiendo también que en dicho año

se presentaron “400 casos de poliomielitis, de los que 280 fueron fatales” (El Mercurio, 29 de noviembre de 1962, pág. 20). Ante dicho escenario;

“La Matanza dejó en evidencia las precarias condiciones de los habitantes de La Caro, transformándose en un tema prioritario a resolver por parte de las autoridades de la época. Pero también mantuvo la preocupación por parte de los parlamentarios para presionar en que se realizasen efectivamente las mejoras. No obstante, lo que no estaba previsto fue el importante apoyo de los estudiantes universitarios, los que impulsaron diversos trabajos voluntarios que permitieron significativos avances para la comunidad” (Gálvez, 2014, pág. 121).

Estos significativos avances para la comunidad de pobladoras y pobladores de La Caro que nos menciona Gálvez, tienen como principales protagonistas a diversos estudiantes universitarios que por medio de sus federaciones se hicieron presente en el territorio. Los primeros en tomar contacto por medio de la Acción Católica Universitaria fue la FEUC (Federación de Estudiantes de la Universidad Católica), esta acción impulsó *la llegada de estudiantes, hombres y mujeres, de distintas carreras, como medicina, arquitectura, ingeniería, servicio social, teatro, entre otras* (Gálvez, 2014, pág. 122), quienes en conjunto con las pobladoras y los pobladores formaron diversos grupos de trabajo para desarrollar considerables mejoras en la población. Seguidamente, a dichas acciones territoriales y de organización se sumarían estudiantes de la FECH (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile). En donde, bajo la activa colaboración con el Comando de Pobladores de la Caro se dieron diversas iniciativas que buscaban ofrecer soluciones a las demandas que día a día manifestaban los propios pobladores/as.

Entre las actividades organizadas por los estudiantes universitarios y pobladores que tuvieron un gran alcance en la población, cabe destacar la construcción del policlínico en el sector C, comprendiendo las intersecciones de Av. Fernández Albano, entre los pasajes de 1 y 2 Poniente, apoyados por el Instituto de Salud y Educación Comunitaria. Como también la creación de una biblioteca en el sector E de la Caro, el cual lamentablemente desapareció a causa del robo de casi la totalidad de los libros que habían sido donados por los mismos estudiantes y en la que un siniestro intencional acabó con el proyecto que habían levantado pobladores y estudiantes.

Sin embargo, los positivos resultados que eran mayores a aquellos en los cuales por diversas causalidades no llegaban a buen puerto, significó que otras iniciativas fueran llevadas a cabo en la población. Entre ellas, *la creación de la primera escuela de verano en donde se abordaron temáticas vinculadas con el desarrollo de la comunidad, filosofía política, historia del movimiento obrero, formación de líderes poblacionales, realidades juveniles, programas de responsabilidad parental, entre otras* (Gálvez, 2014, pág. 122). Donde se dictaron clases y el compromiso por mejorar las condiciones de vida para las y los pobladores de la Caro fue de vital importancia.

Pero como era de esperarse los cambios no se efectuaron de la noche a la mañana, puesto que, al no existir un consenso colaborativo entre el Comando, la Iglesia Católica como con la CORVI, tampoco se contaba con los instrumentos básicos para poder solucionarlos. *Fue así como universitarios pertenecientes a la FECH y a la FEUC apoyaron de cerca la formación del Instituto de Cultura Popular, una idea que surgió de los dirigentes de la población, con el fin de diseñar diversos proyectos para que fueran transformando su realidad* (Gálvez, 2014, pág. 123). Fundamentalmente, la creación de este espacio tuvo como finalidad establecer una línea de trabajo en el cual cada segmento de la población tuviera la capacidad para poder organizarse a través de áreas ligadas a la enseñanza de literatura obrera, creación de bibliotecas, asesoría jurídica y desarrollo de actividades culturales, tales como; teatro, coros, folclore, dibujo, afiches, pintura o fotografía. Asimismo, como los talleres de capacitación y construcción el cual tenía como principal objetivo facultar a las y los pobladores en las áreas de edificación para que pudieran mejorar las condiciones de sus viviendas.

En ese sentido, el Instituto fue un reflejo de una entidad que demostró la importancia de la organización, la cohesión y los esfuerzos de los pobladores por mejorar sus condiciones de vida, tomando en consideración el trabajo mancomunado con los estudiantes universitarios, como también con las diversas organizaciones locales, el Estado, universidades, la Iglesia Católica y privados. Lamentablemente este espacio de educación popular y desarrollo comunitario se mantuvo operativo hasta el 11 de septiembre de 1973. En resumidas cuentas, si situamos a la población José María Caro años previos a la dictadura cívico-militar, podemos observar los considerables cambios de los cuales mujeres, hombres, niños y diversas individualidades formaron parte. En primer lugar, tenemos la acción colectiva de los Comités de Vivienda en el cual las y los pobladores mucho antes de asentarse en la Caro de manera definitiva, encauzaron sus luchas para lograr soluciones habitacionales permanentemente.

Por otro lado, debemos considerar las múltiples precariedades que se hicieron notorias al momento en que a finales de la década de los 50's y principios de los años 60' s fueron llegando a La Caro. En aquel entonces, no solo debieron sortear el abandono propiamente tal del Estado, sino que también los diversos desafíos que les puso por delante este territorio, pues implicaba comenzar una nueva vida desde cero. Mientras que, en tercer lugar, podemos observar un importante nivel organizativo a nivel local en el cual se buscaron ampliar las condiciones materiales para fortalecer la relación de las y los pobladores con su espacio territorial.

Si bien muchas de estas iniciativas formaron parte de un trabajo fusionado con otras entidades externas a la población, la creación de espacios culturales, la agrupación general de juntas vecinales del sector sur poniente de Santiago, el Comando de Pobladores u otras entidades sociales representaron la amplitud de los espacios de sociabilidad política. En donde, se activó la participación de dirigentes sociales de la Caro a través de centros de madres, clubes

deportivos u otros esfuerzos comunitarios que articularon diversas acciones de resistencia en La Caro, las cuales posteriormente al golpe de 1973 fueron disueltas, reprimidas u ojo de persecución. La historia de la población José María Caro está entrelazada a una sociedad altamente politizada en el cual se proyectaron sueños y anhelos de mujeres, hombres y niños frente a la posibilidad de crear un mundo mejor en donde por primera vez en muchos años en la historia de Chile las clases populares tomaron un rol importante como agentes de cambio. Este pasado nos deja en clara evidencia cómo fueron evolucionando las relaciones sociales entre ricos y pobres durante todo el siglo XX, pues si bien en la primera etapa colonial prevaleció el *miedo al indio*, posteriormente lo fue el *miedo a los pobres*.

1.3. ENTRE LA LUCHA, ORGANIZACIÓN Y RESISTENCIA: LA DICTADURA MILITAR 1973-1990.

*“Se abren los ojos.
Los oídos se abren.
La ciudad despierta.
La ciudad se levanta.
Se abren llaves.
El agua corre.
Se abren navajas y tijeras.
Corren pestillos y cortinas.
Se abren puertas y cartas
Se abren diarios.
La herida se abre⁵”.*

Nuestra historia, la de ayer y hoy, nos interpela a partir de una herida. Esta herida tan contingente a lo que terminó violentamente con un mundo de luchas y sueños por querer construir una sociedad más humana y más justa tiene como principal objetivo analizar en el siguiente apartado, los efectos que tuvo el derrocamiento del gobierno socialista de Salvador Allende y del proyecto político de la Unidad Popular (UP) (tras el golpe de Estado llevado a cabo por parte de las fuerzas armadas el 11 de septiembre de 1973 y la instauración de una dictadura cívico-militar que se extendió durante diecisiete años en el país), por medio de las memorias y significancias que dicho período pudo tener y ha trascendido a través del tiempo en las y los pobladores de la Caro.

Muchas interpretaciones políticas e históricas ante el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende y de la Unidad Popular (1970-1973) han emanado a partir de las ciencias sociales para explicar lo que de manera violenta concluyó con trece años de historia democrática como lo ha denominado el doctor en ciencia política e historiador Juan Gómez Leyton en *“La frontera de la democracia: el derecho de la propiedad en Chile (1925-1973)”* publicada el año 2004. No obstante, resulta imprescindible observar desde una vista panorámica e histórica lo que, en Chile, América Latina y el Mundo acontecía, considerando las secuelas que tuvo en la región chilena posteriormente.

Luego del triunfo de la revolución en Cuba en el año 1959, el clima del continente latinoamericano fue tierra fértil para que los idearios revolucionarios se expandieran por todo el territorio. De manera que, los nuevos actores que toman un importante protagonismo en este nuevo panorama en la política chilena de aquel entonces, comienzan a cuestionar apasionadamente la dirección que tomaría la revolución en el territorio, sopesando de igual manera a quienes se oponían a esta vía. La efervescencia de la revolución caló tan hondo en la sociedad chilena que incluso atrajo la atención de la Democracia Cristiana (partido que gobernó el país durante gran parte de la época) y sus juventudes, puesto que en el año 1964 el candidato presidencial Eduardo Frei Montalva obtuvo el triunfo al sillón de La Moneda

⁵ Millán, G. (1979). *“Poema 1”, extracto de texto; “La Ciudad”*. Pág. 9. Biblioteca Nacional de Quebec.

bajo el eslogan *“revolución en libertad”*, no obstante, las ambiciones de Frei Montalva solo quedarían consumadas a través de un reformismo avanzado pero por medio de la vía institucional, situación que sería asiduamente reprochada por sus contrincantes de izquierda. Por consiguiente, las fuerzas de izquierda coincidían en que la revolución *“debía ser socialista, antiimperialista, humanista, e igualitaria”* (Pinto, 2005, pág. 13), no *“desde arriba”* como pretendía dirigir la organización política y social de los sectores populares el gobierno de Frei. Bajo ese contexto, y reanudando lo planteado por Pinto *“en el Chile de los sesenta, lo “políticamente correcto” era ser partidario de la revolución”* (2005, pág. 10). De este modo, lo que podemos observar y analizar en este periodo es una sociedad chilena altamente polarizada en términos políticos de la élite gobernante, no así en los grupos subalternos y de base, quienes manifestaban una nítida claridad política y de conciencia de clase expresada por medio de su discursiva y praxis.

Mientras tanto, Giovanni Sartori en su trabajo de investigación sobre *“Polarización, fragmentación y competencias en las democracias occidentales”*, nos permite esclarecer los factores de polarización que ante dicha coyuntura pesaron tanto en la ciudadanía mundial como en la local. Para esto Sartori, nos esclarece que;

“La polarización a nivel de la ciudadanía a partir de la identificación de un eje ideológico de izquierda-derecha resulta fundamental para comprender la relación directa en cómo ambos grupos conciben la política respecto a justicia social, y cómo a partir de ello se pueden llevar a cabo políticas o reformas que fraccionan el statu quo o no. No obstante, la relevancia de la religiosidad en la política y la simpatía respecto a grupos como sindicatos, clero, policía, empresas, movimientos sociales y grupos revolucionarios es un importante componente de tensiones” (1991, pág. 73).

Esta situación para Gómez Leyton significó que ante la *“la plena condición democrática del régimen político que abrió la estructura de oportunidades políticas para la democratización del Estado como de la propia sociedad civil”* (2004, pág. 9) favoreció que las universidades, precisamente aquellas ligadas a la formación de las élites dirigentes, diversificaran su sociabilidad política a través de la apertura de sus espacios a aquellas demandas y cuestiones sociales que emanaban desde las calles y desde los barrios. De esa manera, los nuevos actores políticos y sociales que se posicionaron en la escena pública, tuvieron un significativo alcance en donde pobladores, estudiantes y campesinos se hacían parte de una misma lucha.

Como podemos ver, el quiebre del sistema democrático de 1973 del cual nos hablan diversos autores, representa, desde la perspectiva de la trayectoria política chilena, un momento determinante en el cual convergen una coyuntura en donde está en disputa un proyecto político de gran alcance, mientras de forma paralela, se contraponen a la puesta en marcha de una *“alianza inédita respecto a las otras dictaduras cono-sur, articulando el poder de fuego (llamémoslo soberano y conservador) con el poder económico gubernamental y transnacional encarnado por los economistas chilenos de la Escuela de Chicago, discípulos de Milton Friedman y Arnold Hardberger; en donde, es precisamente bajo esta asociación lo que permitió implantar*

un modelo económico-político que tomó literalmente por asalto las formas de lo social existente hasta esos días” (Ibarra y Figueroa, 2020, pág. 78).

Sin embargo, bajo este escenario, resulta imprescindible analizar las tesis que diversos autores han ido elaborando para abordar este tema, situando su principal énfasis en que el Golpe de Estado fue el resultado de una acumulación de elementos, producto de la ruptura total en los consensos básicos en el campo político, económico y social de la época. Dejando como consecuencia, una pérdida de legitimidad en las instituciones y poderes del Estado, como en los instrumentos democráticos para remediar los conflictos en medio de una sociedad altamente polarizada y concientizada en términos políticos. Como se ha señalado, la crisis de 1973 ha sido considerada como un proceso coyuntural, condicionado por *“la intensidad expresada en el desarrollo de condiciones de guerra y del consiguiente clima ideológico pasional e “irracional”, y que desde 1964 se venían produciendo algunos desequilibrios debido a la disminución de las tendencias coalicionales y por ello la capacidad de negociación”* (Valenzuela, 1978, en Torres, 2009, pág. 139).

Esta interpretación que nos entrega el autor, señala que, este quiebre en la democracia se debe comprender como un fracaso estructural al interior de un proyecto político en el cual no se logran conciliar las diferencias de clase expresadas a través de diversos factores políticos y económicos, pero en el cual también se antepuso el aumento de la demanda social, la inflación y el desarrollo de reformas (políticas en su mayoría) las cuales tensionaron considerablemente la relación entre el poder ejecutivo y el legislativo.

En ese sentido, la Unidad Popular se inserta dentro de un proceso en el cual el Estado trató de transformar las condiciones de precariedad y pobreza en el cual estaban sumidos muchos habitantes de nuestro país, ya fuera por medio del reformismo promovido por el gobierno de Eduardo Frei Montalva, como así también por los cambios imperantes y revolucionarios que pretendía dirigir la Unidad Popular. Esta situación que detonó a que el Estado, con su gigantesca masa burocrática, tratará de iniciar cambios estructurales profundos (a través de reformas, como en el caso del gobierno de Eduardo Frei; lo fuera por medio de la profundización de esas reformas y la estatización de algunos sectores productivos, como en el caso del gobierno de Salvador Allende), se llevarán a cabo a través de la conquista del poder político y el usufructo de las riquezas nacionales. Sin embargo, el mayor obstáculo que se presentó al momento de querer llevar a buen puerto todas estas transformaciones estructurales fue la Constitución Liberal de 1925. Puesto que la vigencia de dicha carta magna representó una piedra en el zapato para el gobierno de Allende y para las profundas reformas con que éste diera inicio a su mandato.

Ante este escenario, los mil días que marcaron el proyecto político de la Unidad Popular, por decirlo así, constitutiva del movimiento popular con su autonomía relativa del Estado, para el historiador Mario Garcés, esto;

“Representó un momento en el que se incrementaron todas las luchas populares, las más históricas y las más nuevas, multiplicándose los sujetos y los actores del cambio. Ya en los sesenta

la DC (Democracia Cristiana) había proclamado que “todo Chile tiene que cambiar” y la estrategia de cambio “desde arriba”, pero también mostrando sus límites hacia fines del gobierno de Frei, en donde, éste se veía sobrepasado por las demandas y las movilizaciones populares. De esa manera, nunca el pueblo de modo tan masivo como en la UP comenzó a hacerse protagonista de su propio destino, pero también nunca como en la UP la actividad del pueblo fue percibida como una amenaza tan radical por los grupos sociales tradicionales, en el cual los viejos miedos se multiplicaron y fueron eficientemente exacerbados por la prensa de derecha” (2006, pág. 4).

Este clima de desinformación, boicot, desabastecimiento y control de la sociedad a través del miedo generó importantes tensiones producto de la radicalización que en un momento determinado tomó el movimiento popular durante la UP, puesto que ahora el pueblo vio en el gobierno a un aliado de sus luchas, pero que más temprano que tarde el gobierno de Allende se vería acorralado por los poderes tradicionales, tanto externos como internos. De ese modo, el movimiento popular consideraría dos vías de acción, la primera, ceder a los ritmos y tiempos del gobierno (sujeto a los cambios institucionales, pactos y trabas políticas) o en un segundo escenario, fiarse de sus experiencias organizativas con tal de extender su autonomía para posicionarse como un poder importante dentro de una sociedad polarizada. No obstante, dicha coyuntura, de igual manera, generó el ambiente ideal para que la derecha asociada con los gremios (grupos empresariales, transportistas, colegios profesionales, comerciantes, etc.) tomará partido para coordinar una atmósfera de ingobernabilidad que desembocará en un golpe de Estado.

Asimismo, este aparataje estatal que se vino desarrollando a partir desde 1938, entreabrió un sinnúmero de anhelos y posibilidades en los habitantes más pobres de Chile, asegurando entre otros aspectos, un bienestar fundado en un Estado Desarrollista, el cual se acopló a uno Populista. Esta situación se tradujo prontamente en un clima de esperanza desde el bajo pueblo hacia el nuevo gobierno que se avecinaba, es decir, al gobierno de Salvador Allende. Por otro lado, durante este período se logra apreciar un importante desarrollo de politización en los sujetos subalternos y de base, quienes manifestaban una nítida claridad política y de conciencia de clase que se puede notar por medio de las siguientes palabras;

“La burguesía fue quien mantuvo en la ignorancia a todos los trabajadores, eso está claro (...) Mientras que piensan que los trabajadores no tienen ideas políticas y se dicen apolíticos, pero saben que todo es política y hay que unirse (...) Y los trabajadores para organizarse se tuvieron que unir, empleando justamente la organización con sus bases en los partidos políticos y los partidos que están en estos momentos con la Unidad Popular son los que siempre han estado con los trabajadores (...) No esos partidos de la oposición donde han usado a los trabajadores como tenemos el caso de la Democracia Cristiana, en donde, solo crearon ese paternalismo para usar a los trabajadores y a los más pobres⁶”.

Ese emocionante escenario del cual se hacían parte trabajadores, trabajadores, pobladores y campesinos convergió en que una considerable parte de la ciudadanía se volcará al trabajo

⁶ Patricio Guzmán. (1979). La Batalla de Chile: El Poder Popular. Extracto y testimonio de trabajador industrial. Minuto: 18:45. Obtenido de: https://www.youtube.com/watch?v=IUKR_IKRoQc

político de base, emanando de ello un considerable trabajo en las poblaciones de todo el Gran Santiago y el mundo rural por medio de los Comités de la Unidad Popular.

De esa manera, durante el transcurso de la Unidad Popular se puede percibir una estimulación y orientación a la movilización del pueblo de Chile hacia la conquista del poder, situación que se tradujo en un proceso gradual de participación organizativa por parte de las y los pobladores en instancias políticas, transformándose muchas de estas instancias, en espacios de liderazgos formativos y militancias fomentadas incluso desde el mismo gobierno.

Silvia Donoso Parada (82 años), pobladora y dirigente social de larga trayectoria, llegó a la población José María Caro el 09 de abril de 1960. La señora Silvia, en esta oportunidad nos habla de los años más críticos de la dictadura de los cuales guarda y nos comparte sus memorias;

“Para la dictadura no teníamos miedo, salíamos a la calle, salíamos con nuestros hijos, pero salíamos igual a la calle (...) Y no crea que ahora tampoco hemos tenido miedo porque así y todo igual hemos salido a la calle (...) Cuando salimos a protestar por primera vez fue a la Plaza Bulnes, pa’ allá nos íbamos, allá quemamos una urna haciendo cuenta que era Pinochet y que lo estábamos quemando (...) Yo no soy comunista, no soy de izquierda pero lucho por mis pares (...) En dictadura fue duro porque un hermano mío se fue detenido y cuando salíamos a protestar, salíamos aquí en Av. Central y luego nos sumábamos a las marchas (...) Pero si venía la policía a reprimir nos hacíamos los lesos, como si anduviéramos caminando o paseando para otro lado, estábamos de acuerdo hasta con eso y es lo que se debería hacer ahora (...) Ese 11 de septiembre yo fui a dejar a mis niños a escuela y me devolví po, cuando voy entrando a la casa escucho las últimas palabras del señor Allende, quien ahí dice; “vecinos no salgan a la calle, trabajadores quédense en su punto de encuentro, no salgan”, esas son las últimas palabras que dijo (...) Yo siempre tengo en la memoria esas palabras, porque él pidió que no saliéramos a la calle y que no hiciéramos nada, que nadie hiciera na’ (...) Y ese día mi hermano trabajaba en Provenza en la calle Mercurio, vino para acá y me dijo; “oye chica, no vayas a trabajar, quédate aquí”. Estuvo tres días en la casa, se presentó a trabajar e inmediatamente fue detenido y llevado a Pisagua, pero no solo a Pisagua, porque recorrió Cuatro Álamos, recorrió por todos lados, mientras nosotras salíamos a buscarlo (...) Mi hermano falleció”.

Tras las palabras de Silvia y el trabajo que podemos recoger de Renzo Henríquez y Sebastián Leiva en su obra *“Trayectorias Militantes: José María Caro y Lo Valledor Sur”*, publicada por Londres 38, Espacios de memorias como parte de una investigación socio biográfica de cuatro militantes del MIR (hoy aún detenidos desaparecidos), pretendemos recuperar las siguientes palabras;

“Desde el golpe hasta el primer trimestre de 1974, la represión fue cruenta y masiva, y sumó solo entre septiembre y diciembre de 1973, 1848 víctimas. La dictadura buscó frenar cualquier intento de resistencia por parte de los recién derrocados o quienes compartían su proyecto, además de dejar clara su disposición a reordenar y disciplinar a la sociedad⁷. En esa dirección, líderes de

⁷ Según los informes de la Comisión Rettig (1991) y de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación (1995), el total de víctimas de la dictadura fue de 3178, de los que recogió 2279 casos el primero y 899 el segundo.

organizaciones sociales, activistas gremiales o territoriales, y dirigentes de los partidos de la Unidad Popular y demás agrupaciones de izquierda fueron asesinados por unas Fuerzas Armadas que habían incorporado la Doctrina de Seguridad Nacional, en donde nació la figura del “enemigo interno” que había que combatir⁸. A ellos, que fueron la mayoría, se sumó gente común y corriente que sufrió el abuso desproporcionado de la fuerza, murió alcanzada por una bala mientras hacía fila o denunciada por algún vecino o patrón con quien tenía rencillas. Sin embargo, un tercer grupo, formado por un significativo número de “antisociales” o delincuentes padeció su propia “razzia sociopolicial”⁹ y cayó durante los grandes allanamientos que se hicieron en las poblaciones, las redadas específicas y muchas situaciones puntuales” (2020, págs. 93-94).

No obstante, a partir de 1974 la represión de los primeros años de la dictadura se hizo cada vez más selectiva, y los diversos organismos que la llevaron a cabo comenzaron a operar con más efectividad, principalmente a través de la DINA (Dirección Nacional de Inteligencia), la cual funcionó desde finales de 1973 bajo el mando de Manuel Contreras.

Ahora bien, vale tener en consideración que, cuando nos embarcamos en aquel viaje que nos invita a sortear el proceso de la memoria en algunas pobladoras y pobladores hay que tener muy presente las significancias que este período evoca para quienes sobrevivieron a él o lo vivieron muy a flor de piel, pues si algo queda en manifiesto son las emociones que siempre se contraponen en la medida en el cual se desanuda este hilo conductor a nuestro pasado. Es por ello que para algunos pobladores y pobladoras este periodo representa muchos sueños inconclusos y amarguras aún latentes. Para el historiador norteamericano Steve Stern en *“Recordando el Chile de Pinochet: En vísperas de Londres 1998, libro Uno de la Trilogía: La caja de la memoria del Chile de Pinochet”*;

“La crisis de 1973 en conjunto a la violencia del nuevo orden que generó un reciente conflicto en cuestiones de memoria en la vida chilena. El tema de la memoria demostró ser esencial en el proceso de recomposición de la cultura y la política chilena, primero bajo el régimen militar que gobernó hasta 1990 y, subsecuentemente, bajo una democracia ensombrecida por los legados de la dictadura y por la presencia aún poderosa de los militares” (2009, pág. 22).

Por esta razón, es que la finalidad de este apartado es dar cuenta de las experiencias y significancias que tuvo la dictadura cívico-militar para algunas pobladoras y pobladores de la población José María Caro. Para este ejercicio, Marcelo Rivas (51 años) y Paola González (48 años), pobladores nacidos y criados en la Caro y con 30 años de matrimonio, nos comentan desde sus perspectivas, cómo fue vivir su juventud en dictadura y el ímpetu con el cual nuevamente se comenzó a recomponer el tejido social en la población José María Caro. Ambos entrevistados nos entregan los siguientes testimonios.

⁸ Este proceso de adoctrinamiento se acentuó con la participación de militares chilenos en la Escuela de las Américas, ubicada en Panamá, donde se formaron en las teorías de contrainsurgencia promovida por Estados Unidos.

⁹ En relación con el tema, véase el artículo de Sebastián Leiva: “La represión que no importó” En donde, la idea de “razzia sociopolicial” aparece mencionada en el informe Retting, que no aparece mencionada en ella. Como fenómeno local, Mario Garcés y la Red de Organizaciones de La Legua lo abordaron en uno de los trabajos que realizaron en conjunto. Esta información aparece mencionada en el trabajo de Sebastián Leiva y Renzo Henríquez, págs. 93-94.

Marcelo; *“La dictadura significó tiempos muy difíciles para la población y para todos nosotros, mi mamá muchas veces veía el refrigerador y no teníamos qué comer, pero en la iglesia la ayuda que llegaba gracias a los curas y las monjas era distribuida”*.

Como es sabido, tras un largo proceso de reconfiguración del capital, el cual luego conoceríamos como neoliberalismo, ***“los aspectos más básicos de la vida fueron trastocados de manera radical. En ese sentido, la política laboral, la seguridad social, la educación, la salud, la descentralización regional, la agricultura, el aparato judicial, entre otros”*** (Garate, 2012; Foxley, 1998; Montero, 1997; Meller, 1996). Los principales costos ante la implementación del nuevo modelo de acumulación empeoraron especialmente para los trabajadores y los sectores más precarizados de la sociedad. Sin embargo, la sociabilidad chilena no se mantendría indiferente luego de diez años de toque de queda, allanamientos, detenciones, desapariciones forzadas, tortura y censura informativa. Fue así como un 11 de mayo de 1983 las Jornadas Nacionales de Protesta conquistaron nuevamente los espacios públicos y denunciaron los crímenes perpetrados por la dictadura.

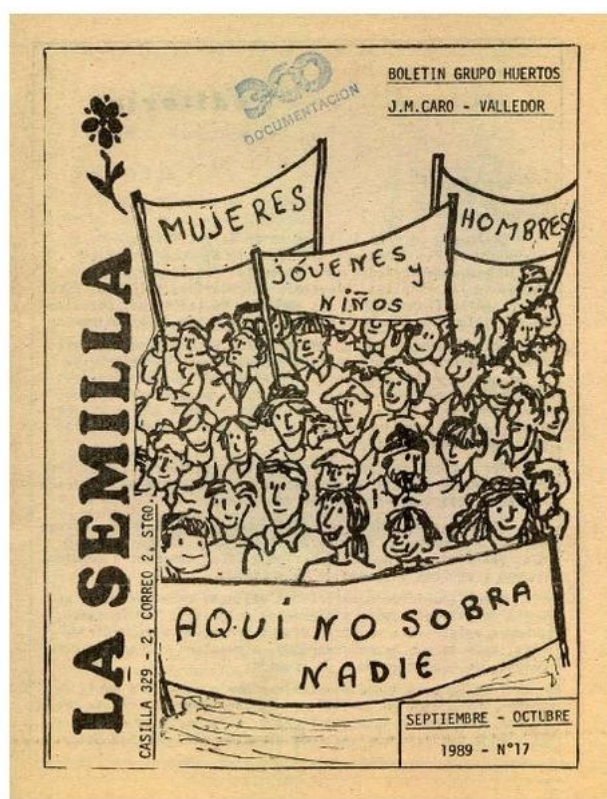
En ese sentido, para Paola;

“La única noción que yo tuve de la realidad en Chile fue en tercero y cuarto medio con la profesora de filosofía, que entraba a la sala y nos hablaba de un Chile que yo no conocía y que incluso a ella le podía costar hasta la pega (...) Mi papá, decía que; “a los que mataban eran malos, a los que mataban se lo merecían o los mataban por porfiados. Y ese era el discurso de mi papá, y nosotros encerrados cuando habían protestas fuertes, nos cortaban la luz, no teníamos ninguna posibilidad de salir a la calle ni nada (...) Entonces, cuando conocí a Marcelo y él me invitó a las primeras protestas, yo le dije; “¿de qué protestas me estás hablando?, ¿protestas de qué?”, y yo llego a la parroquia, a esta nueva realidad, y ¡vamos, un No! porque No, y empezar a ver la propaganda del No, esto pasa en mi país (...) Cuando yo llego a mi casa, le consulto a mi padre; ¿papá, qué pasa con esto?, a lo que él me dice; “hija mía, cuando un jardinero limpia, a veces pasa a llevar rosas”. Y yo con mis 18 años, le digo; “dale gracias a Dios que no fue tu rosa”.

“Después de transcurridos diez años desde el régimen militar, gracias a la convocatoria realizada por la Central de Trabajadores del Cobre (CTC), a la que luego se adhirieron diversas organizaciones políticas y sociales, se desarrolló un ciclo de rebelión popular que, con distintos ritmos y etapas, se mantuvo hasta prácticamente finalizar la dictadura” (Bravo, 2017; Delamaza y Garcés, 1985). Sin embargo, este proceso, al cual algunos llamaron *“el despertar de las mayorías silenciosas”*, no nace de la noche a la mañana ni de un día para otro. Sino que surge producto de diversos mecanismos de resistencia social de las cuales se gestaron de manera subterránea y totalmente cautelosa frente al disciplinamiento con que las fuerzas armadas, de inteligencia y fuerzas civiles embistieron a la población.

De hecho, este tipo de acciones se llevaron a cabo gracias al importante rol que jugó la Iglesia Católica en conjunto a la Vicaría de la Solidaridad y el Arzobispado de Santiago en las poblaciones que más fueron víctima de la represión y del terrorismo de Estado. Ya que gracias a los esfuerzos individuales y colectivos que buscaron dar refugio a los diversos tipos de lazos orgánicos, organizar, asistir a reuniones clandestinas o dar a conocer lo que ocurría

en diversos territorios, significó el rearme de las actividades de base en medio de una larga y en muchas oportunidades, anónima lucha expresada en iniciativas que partieron desde Comedores Populares, Comprando Juntos, Ollas Comunes, Talleres Juveniles, Grupos de Salud, Huertos Comunitarios, Colonias Urbanas, entre muchas otras. A una importante trayectoria de protestas sociales y diversas acciones que pedían tajantemente la salida del dictador.



Boletín “La Semilla”, Grupo de Huertos JMC-Lo Valledor. N°17. ECO DOCUMENTACIÓN.
Fecha: 1989. Biblioteca Nacional de Chile.

CAPÍTULO 2:

NOS VENDIERON UN SUEÑO: LA TRANSICIÓN NUNCA TERMINÓ POR SEPULTAR EL LEGADO DE LA DICTADURA.

1990 - 2021.

En el quehacer histórico ¿de qué manera podemos escribir sin impregnarnos de los infiernos? Mientras que, en paralelo, *“tenemos a los actores viviendo un mundo donde la aplicación de cierta racionalidad estratégica (la del terror) los condujo a la actuación delirante, mientras en aquellos que intervinieron y masacraron los cuerpos indefensos de otros, se comportan como si existiera una moralidad en la práctica del sadismo impuesto a las víctimas, en un uso de la crueldad justificada y desmedida por el “bien común”: uso patriótico, humanista y cristiano”* (Moulian, 1997, pág. 7). Resulta paradójico y desconcertante, claro. No obstante, tras el plebiscito nacional llevado a cabo el 05 de octubre de 1988 (transcurridos diecisiete años de dictadura cívico-militar) se abrieron nuevamente, las puertas para un proceso eleccionario y democrático que dejaba a voluntad de la sociedad chilena la continuidad o no del régimen militar encabezado por Augusto Pinochet por otros ocho años más. Hasta ese momento, en Chile aún pesaban los traumas y los horrores con que las fuerzas armadas, policiales, civiles y de inteligencia nacional buscaron por todos los medios exterminar con cualquier tipo de ideal subversivo a través de la persecución, encarcelamiento, prisión política, secuestro, tortura, asesinato, desaparición forzada y en última instancia el exterminio de cualquier persona a la cual se les considerara como *“enemigo/a interno de la nación”*.

Esta situación dejó en clara evidencia, por primera vez en muchos años una sociedad chilena aún fragmentada a partir desde sus bases políticas, como también en las bases sociales y de organización con el cual los sectores populares resistieron de múltiples formas a los crímenes más inhumanos y a la pobreza que solo se acrecentó durante el período dictatorial y postdictatorial.

En ese sentido, para el segundo capítulo de este trabajo de investigación, nos adentraremos, en el proceso sociopolítico que se ha venido a denominar “transición”, del mismo modo, en el cual tomaremos un análisis panorámico del actual modelo de “democracia” que impera hasta hoy en Chile. No obstante, cabe señalar que el análisis de estos procesos lo realizaremos, preferentemente, desde una lectura emanada desde el mundo académico y las ciencias sociales con el fin de dar cuenta de la transformación estructural, social, política, económica y territorial en la población José María Caro hasta los tiempos actuales. Empero, de antemano, es preciso señalar que, nuestro principal objeto de estudio no se centra, precisamente, en el análisis detallado de ambos procesos, ya que, podemos decir que, desde la academia y las ciencias sociales se han elaborado amplios estudios que pueden dar cuenta de este proceso y donde se aborda con mayor detenimiento.

Ante ese escenario, la lucha por la democracia vino a avivar una considerable actividad social y política en la población José María Caro, del mismo modo, en el cual lo fue en todo el país. En ese sentido, la vía electoral que movilizó a gran parte de la población, después de una considerable reactivación de las bases sociales, le dijo No a Pinochet. De pronto, los niños nacidos a mediados de 1970, o, para el mismo 1973, ya no eran niños para el fin del régimen, sino jóvenes que vieron pasar diecisiete años de sus vidas en dictadura. Una vez alcanzado el propósito, la sociabilidad chilena fue testigo de los múltiples cambios en la vida que conocían, donde el retorno a la democracia, si bien acabó momentáneamente con la violencia, la represión y la persecución más descarnada que el régimen militar dejó sentir en la Caro, la vida ya no era la misma en todas aquellas poblaciones combativas del gran Santiago y a lo largo de todo Chile.

De hecho, la estabilidad política y el crecimiento macroeconómico reflejaron un aumento a través de la demanda de empleos, como también, una cierta estabilidad fiscal y con ello, la democratización de los espacios y las organizaciones sociales hasta ahí contenidas y sin libertad de acción ni reunión por la dictadura. Mientras que, en el caso de la José María Caro, la población pasó de pertenecer a la administración de la comuna de La Cisterna a ser el centro de una recién conformada comuna de Lo Espejo. Consecuentemente, la situación económica mientras transcurría la década de los 90's fluctuó por medio de una radical disminución en los índices de pobreza y el paulatino endeudamiento de los núcleos familiares, en donde, el nuevo panorama social y cultural a nivel país veía de cerca los efectos y las consecuencias de una nueva fuerza económica modernizadora. Lo cual desembocó en un considerable retraimiento de la sociabilidad postdictatorial, migrando de las calles y espacios públicos a los malls, de la acción comunitaria a lo privado y de lo colectivo a lo individual.

Como era de esperarse, la democracia no garantizó la rearticulación con las organizaciones de base, por el contrario, para el historiador Igor Goicovic, esta situación, vino a manifestar que; *“las expectativas forjadas en la población por quienes hoy día ejercen el Gobierno y ayer fueron oposición, unido al profundo daño político y social infringido por la Dictadura, especialmente a los sectores populares, en donde, se exigían y continúan exigiendo soluciones más profundas y radicales a los diferentes y múltiples problemas heredados del pasado”* (2010, pág. 2). Significó un inminente alejamiento de las personas de la potente actividad comunitaria y la pacificación de la realidad social, reafirmando los mayores temores ante el curso que tomaron otras nuevas urgencias y necesidades de ese Chile, sumido aún en una prematura apertura de los mercados y el consumismo que de ahora en adelante le ofrecía a la población en general.

En este escenario, para Noam Chomsky y Heinz Dieterich en su obra *“La sociedad global: educación, mercado y democracia”*, publicada en el año 1996 en conjunto con Lom, nos entregan una perspectiva a nivel macro de las condiciones estructurales que trajo el recrudescimiento del modelo tanto en Chile como en la región latinoamericana una vez

impuesto en dictadura y respaldado bajo el retorno a la democracia. Para esto, ambos autores nos señalan que;

“Las políticas de globalización han constituido un enorme desafío al que hasta ahora intelectuales no han sabido responder con claridad. En donde, América Latina vive un momento crucial, porque los gobiernos de la mayor parte del continente, siguiendo los lineamientos del FMI (Fondo Monetario Internacional), están profundizando las políticas económicas neoliberales de manera tal que ello entraña empobrecimiento de las mayorías y un proceso de reconversión de los Estados nacionales, y ante estas redefiniciones de importancia histórica el primer reto intelectual tendría que ser el de determinar las dimensiones del cambio que se está produciendo: no solo en las estructuras sociales y económicas sino en la naturaleza misma de los regímenes” (pág. 3).

Según la lectura y posterior análisis que podemos inferir en ambos autores, es posible identificar la recomposición que vivió el engranaje del Estado a partir de las políticas neoliberales implementadas por los Chicago Boys durante la dictadura, en donde, se reemplazó el Estado de Bienestar por un Estado de Subsidiariedad (clientelar) el cual modificó por completo la relación existente entre los servicios sociales, el sistema judicial, burocrático y laboral entre las bases sociales y de trabajadores frente a la pasividad de este Estado.

Por otro lado, *“el pragmatismo sobre el carácter ortodoxo neoliberal a través de la conducción económica de la fuerza política que en algún momento fue la Ex-Concertación, desde 1990 hasta la actualidad, permanece como un debate abierto, pues constituye uno de los principales temas en la disputa política en el Chile Postdictatorial”* (Garate, 2012, pág. 400). El régimen democrático (sentado en sus bases) y que inició un proceso de transición a una *“plena democracia”*, se llevó a cabo sobre todos los cimientos institucionales definidos por el régimen militar.

De modo que, los acuerdos políticos suscitados por la oposición democrática a fines de la década de 1980 fueron resolutorio para el escenario político de la década de 1990 consolidado producto de las insuficiencias sociales e institucionales de cara al temor ante una nueva sublevación por parte de las fuerzas armadas. Frente a este escenario, *“los acuerdos referidos y que garantizaron la continuidad del modelo económico neoliberal por cuanto se impuso como amplio consenso (desde los socialistas renovados hasta la derecha más conservadora) que éste había sido exitoso y que no era la disposición de ningún sector político racional restaurar el ineficiente Estado de Bienestar de los años setenta”* (Goicovic, 2010, págs. 13-14), ni consensuar para modificarlo.

Ante este nuevo escenario, para Marina Franco, doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, propone desde un marco metodológico e interpretativo la *“teoría de los dos demonios”*, el cual se sustenta *“como un enunciado político y memorial referido al pasado de violencia política de los años setenta y posteriores del siglo XX de mayor fuerza”* (2014, pág. 1), para referirse a la disyuntiva de dictadura-transición, contexto en el cual la autora lo relaciona estrechamente con el caso argentino, pero que también funciona para observar y ejemplificar la discursiva pública que emana desde Chile, en donde la sociedad de en medio es *“acechada por dos fuerzas a través de la prensa, en la voz de actores políticos sensibles al pasado*

del terrorismo de Estado, en grupos cercanos a la militancia por los derechos humanos, del mismo modo, en el que el propio discurso gubernamental y, en general, en el espectro político e intelectual de lo que se suele denominar muy genéricamente “progresismo” (2014. pág. 1).

En ese sentido, la dimensión del “horror” como consecuencia de la “teoría de los dos demonios” que plantea la autora, se naturaliza y equipara a través de la discursiva entre; terrorismo de Estado en contraposición a la violencia de la subversión (mediante el fin de cohesionar una misma discursiva a través del orden y el control). Por ello, la justicia y las leyes, la enfermedad y la salud, resultan fundamentales como garantías de reconciliación. No obstante, el cuerpo, ya estático, se ve forzado a aprender, madurar, pasar etapa y sanarse aceptando por medio de la fuerza y el trauma: el shock.

Consecuentemente, *“las formas de control contemporáneo de la población chilena, sin remitirse al desarrollo de diversas tecnologías neoliberales puestas en marcha por la dictadura cívico-militar encabezadas por Pinochet, fueron actualizadas e impulsadas por los gobiernos democráticos que sucedieron a la dictadura durante los últimos 30 años, resultando imposible no notar sus efectos posteriores”* (Ibarra y Figueroa, 2020, pág. 77). Ya que la efectividad con la que implementación de estos dispositivos buscó la manera de contener a los movimientos sociales o frente a la “amenaza” de cualquier tipo de sedición que atentara contra el nuevo orden dictatorial-neoliberal presente en Chile jugó a su favor.

En efecto, las organizaciones de base por un largo tiempo subsistieron ante un período de profunda crisis que solo la última década ha conseguido contener. De hecho, tras el retorno a la democracia, como profundizamos anteriormente, la sociabilidad popular se preocupó individualmente de sus realidades y necesidades. Puesto que, junto con ello se vio menoscabado el apoyo económico de parte de las entidades externas que jugaron un papel fundamental en los tiempos más crudos de la dictadura y en la década de los 60’s en la población José María Caro, es más, fue producto del alejamiento de la parroquia por medio de su compromiso y quehacer social (centrado en su labor pastoral) lo que aumentó el desinterés de las pobladoras y los pobladores y terminó por mermar y limitar los espacios organizativos que existían dentro de la población.

Como era de esperarse, al final del año 2000, la población en situación de pobreza en el país bordeaba las 3 millones 81 mil personas, correspondientes al 20.6% de la población total. En términos de hogares, esta cifra representa alrededor de 643 mil hogares pobres (16.6% del total). El 83.6% de la población pobre residía en zonas urbanas (poco menos de 2.58 millones de personas) y el 16.4% restante en zonas rurales (505 mil personas). Sin embargo, las incidencias relativas de pobreza eran más altas en el sector rural (23.8%) que en el urbano (20.1%). Por su parte, la población en pobreza extrema o indigencia a nivel nacional se acercaba a las 850 mil personas (5.7% del total), en tanto que los hogares indigentes ascendían a cerca de 178 mil (4.6% del total). El 79.2% de esta población se ubicaba en zonas urbanas y un 20.8% en zonas rurales. Al igual que en el caso de la pobreza, la proporción de población indigente era más alta en el sector rural que en el urbano (8.3% y 5.3%, respectivamente). Como se sabe, el país ha mantenido en los últimos años una cierta

tendencia a la urbanización, que se traduce en que hacia fines de la década del noventa casi un 86% de su población vive en áreas urbanas¹⁰.

Y que, en términos más simples a partir de esta situación, es posible distinguir lo siguiente; a) la Novena Región, posee el más alto índice de pobreza (32,7%), b) las regiones Octava, Séptima, Cuarta, Décima, y Tercera, en ese orden, poseen un coeficiente de pobreza en un rango aproximado de 23% a 27%, c) las regiones Primera, Sexta y Quinta, se centran en una proporción de pobreza la cual se ubica entre un rango del 19% y el 21% y d) la región Metropolitana, vio incrementada sus rangos de pobreza y desocupación en un (27,1%) conforme avanzaba el nuevo siglo.

Esta situación desencadenó que a principios del nuevo siglo se terminará por resquebrajar el tejido de sociabilidad que había marcado con tanto vigor la vida de la población José María Caro durante la dictadura, acotando los espacios a la vía democrática y paulatinamente al poder electoral. Puesto que lo que de ahora en adelante prevalecía era delegar las responsabilidades políticas al poder centralizador (municipio) y subsistir a diario con el fantasma de la pobreza en cada hogar.

Frente a este vacío de poder de articulación, muchas heredades de la dictadura se dejaron sentir en La Caro, de modo que, la irrupción del narcotráfico el cual *“en el último tiempo se ha convertido en un fructífero e inmenso negocio como una industria transnacional que mueve anualmente miles de millones de dólares y que se expande por el mundo ofreciendo su “mercancía”, las drogas, a los millones de clientes, consumidores, que tiene esparcidos por todo el planeta y que cada día aumentan en número”* (San Martín y Sorensen, 1999, pág. 8). Resultó ser la más viva consecuencia a causa de las posibilidades que entreabrió la entrada de *“la globalización y la integración de la economía mundial a Chile con el mundo, y que, problemas como el tráfico de drogas alcanzó dimensiones insospechadas”* (1999, pág. 8).

Por otro lado, *“la caída de los muros ideológicos que dividían al mundo, la apertura de los mercados, el aumento de las relaciones de interdependencia mundial y el aumento del comercio, las inversiones, las comunicaciones y transporte entre todos los países del mundo han roto las viejas fronteras”* (pág. 9), originando una cultura global y al servicio de las fluctuaciones del mercado en general, al igual que el mercado de la droga. Mientras que, de manera paralela, el mercado de venta y compra de armamento ilegal junto con la corrupción que comenzó a invadir distintos poderes del Estado y la vida política en general, la situación de pobreza y el recrudescimiento en las condiciones de vida en las esferas públicas y privadas (al interior de la población) llevaron a que los pobladores se encerraran progresivamente en sus hogares y decidieran observar con distancia lo que de manera externa sucedía fuera de su vida privada y familiar, situación que se ha mantenido hasta nuestros tiempos actuales.

Tras el detrimento de la vida popular, organizativa y territorial en la población José María Caro, su radiografía actual nos muestra una realidad catastrófica, es cierto. No obstante,

¹⁰ Feres, Juan Carlos. (2001). *La pobreza en Chile en el año 2000*. Cap. II: *La magnitud de la pobreza en el 2000*. Pág. 9. Convenio Ministerio de Planificación y Cooperación-Chile/CEPAL “Evaluación de la magnitud de la pobreza” División de Estadística y Proyecciones Económicas.

resulta bastante particular la capacidad de acción y cohesión que poseen las crisis y las abruptas brechas que pesan a raíz de la desigualdad. Siendo capaz de congregarse y movilizar la recomposición en las relaciones y aquellos vínculos interpersonales entre las y los pobladores con su espacio, favoreciendo el fortalecimiento de sus identidades con un mismo territorio y un otro. Frente a esta situación, diversas han sido las instancias que de manera autónoma y autogestionadas han buscado resistir a un largo letargo organizativo que ha experimentado La Caro, dicha respuesta si bien nace, en muchas oportunidades desde el *deber ser* con la comunidad, en otras circunstancias responde a las inquietudes personales de quienes han habitado o todavía habitan en el presente la población.

Es más, no son pocas las organizaciones, colectividades e individualidades que en los últimos años han reproducido mecanismos de resistencia por medio de la organización social y política al interior de La Caro, sino que, también reúne a un diverso grupo etario y diversas acciones. Desde personas de la tercera edad, por medio del grupo de huertos comunitarios, centros culturales, programas radiales, asambleas territoriales a individualidades afines que ven con desdén y distancia aquellos espacios en donde se hacen presente los poderes centralizadores, como el municipio u otras entidades. Y que sin buscar sacar provecho de las diversas contingencias que han sido territorio de disputas, sacan adelante espacios sociales y colectivos sin recursos del Estado y recibiendo aportes por medio de la autogestión.

En ese sentido, si bien la dictadura y el retorno a la democracia representan aún dos momentos claves para comprender nuestra historia del pasado y la de nuestro presente. Los efectos y las consecuencias de ambos procesos parecieron acrecentar aún más las diferencias ya existentes dentro del territorio. Sin embargo, la solidaridad, la organización y la territorialidad que asumen las pobladoras y los pobladores de la José María Caro resultan inherentes al paso del tiempo y a las condiciones en las cuales se buscan abatir las expresiones que son capaces de volver a conectarnos como una sociedad más humana y mucho menos individualista.

1.1. LA OLLA COMÚN: UN PROCESO RESTAURATIVO DE LA IDENTIDAD Y LA MEMORIA EN LA POBLACIÓN JOSÉ MARÍA CARO 2019-2021.

Tras un extenuante recorrido por la historia de la población José María Caro, sus memorias, conflictos, dificultades, luchas, dolores, anhelos, alegrías, derrotas y triunfos, resulta fundamental ahondar en los objetivos fundamentales que dieron interés para llevar a cabo la siguiente investigación. Por un lado, procuraremos examinar las causas, los efectos y las consecuencias que tiene por explicación “*La Revuelta Popular*” de octubre del año 2019 en la región chilena y la extensión de la crisis social que desembocó la pandemia mundial provocada por el *COVID-19* en el año 2020, teniendo en consideración los alcances que dichos procesos tuvieron sus implicancias al interior de la organización y la territorialidad en la población José María Caro. Mientras que, de manera simultánea, pretendemos identificar las luchas de identidad y memoria colectiva que se pudieron gestar en la juventud que habita la población José María Caro en el presente a modo de identificar la dimensión política que posee la población José María Caro en torno a la olla común como espacio de interacción política.

De esa manera, en el segundo subapartado de este capítulo pretendemos analizar el fenómeno de la olla común como un proceso de organización política constitutiva de identidad y territorialidad entre los años 2019 y 2021 en la población José María Caro. Es por ello que, para llevar a cabo este ejercicio histórico y dar con nuestros principales objetivos de estudio en esta investigación, nos valdremos principalmente de un análisis a partir de una exhaustiva búsqueda bibliográfica de material que nos permita clarificar ciertos aspectos fundamentales que planteamos al inicio de este trabajo de investigación y que nos parecen importantes de abordar.

No obstante, antes de adentrarnos en plenitud con los objetivos que mencionamos anteriormente, consideramos pertinente revisar las propuestas que se nos presentan a partir de las ciencias sociales en torno a estos ejes. Pues estimamos significativos los aportes que por medio de estas ciencias nos entregara mejores herramientas para lograr con nuestro propósito. Valiéndonos, en último lugar, de testimonios orales por medio de entrevistas a pobladoras y pobladores de La Caro las cuales se llevaron a cabo entre los meses de septiembre y octubre del año 2022.

a) **Consideraciones en torno a la Revuelta Popular: 18 de octubre de 2019.**

El 18 de octubre de 2019 marcará profusamente un antes y un después ante un prolongado letargo generacional de conformidad y silencio en el cual intrépidos jóvenes y estudiantes secundarios fueron capaces de arrollar con ese cerco de falsa prosperidad económica, poniendo en amenaza al gobierno de Sebastián Piñera y a toda una clase política que veía aún con conmoción e incredulidad lo que estaba por vaticinar. Esa jornada de octubre del año 2019, para Bravo y Pérez;

“La atención nacional e internacional se concentró en las intensas protestas que se desarrollaban en Chile. El país hasta hace poco era un ejemplo de éxito macroeconómico, donde el entonces presidente Sebastián Piñera podía jactarse de presidir “un oasis dentro de una América Latina convulsionada” proyectando su liderazgo en la región, ponía en jaque la continuidad del presidente en el gobierno e incluso amenazaba con ser “la tumba del neoliberalismo”. Hasta hace muy poco los ministros de turno podían humillar a la población sin temor, proponiéndoles comprar flores por estar más baratas que los productos de necesidad básica, sugiriéndoles madrugar para pagar la tarifa económica en el transporte público o hacer un bingo para beneficiar techumbres de escuelas que estaban a mal traer” (2022, pág. 437).

Este tipo de declaraciones a los ojos de la opinión pública no demoraron en generar una serie de coletazos y descontento con la clase política en general, puesto que dejaba en clara evidencia la completa enajenación, desconexión y frivolidad con que diversos ministros de Estado aparecieron públicamente en diferentes medios televisivos emitiendo varias declaraciones que solo generaban mayor molestia y enardecía a la población.

Bajo ese escenario, las primeras jornadas de protestas comenzaron a llevarse a cabo el 07 de octubre de ese año, instancia que partió con el llamado de diversos liceos santiaguinos para efectuar evasiones masivas en el transporte público producto de un alza en el costo del valor del pasaje. Los primeros centros educacionales en sumarse a este llamado fueron los estudiantes del Instituto Nacional, quienes bajo la consigna; **“evadir, no pagar, otra forma de luchar”** en el metro Universidad de Chile, efectuaron una evasión masiva instando a los usuarios del tren subterráneo a no pagar su pasaje.

De esa manera, las evasiones secundarias poco a poco comenzaron a extenderse por las diversas líneas de la red del metro santiaguino adquiriendo una fuerte masividad conforme transcurrían los días de ese ferviente octubre. Sin embargo, **el día 16 de octubre, el presidente del metro de Santiago, Clemente Pérez, en televisión, ante los hechos recién ocurridos, les envió con desdén un mensaje a los estudiantes secundarios que lo tendría bajo la constante burla los meses siguientes: “Cabros, esto no prendió”** (Bravo y Pérez, 2022, pág. 438). El desenlace posterior a dicha declaración no tardó en manifestarse y las evasiones masivas comenzaron a realizarse en diversas estaciones del metro de Santiago y en toda la red del transporte público de la ciudad, congregando ya no tan solo a los estudiantes secundarios, sino que a estudiantes universitarios, trabajadores y múltiples organizaciones sociales que solidarizaron con la acción estudiantil y a la fuerte represión policial con que el gobierno de Piñera buscó acallar las movilizaciones.

En ese sentido, las movilizaciones se extendieron en jornadas y días siendo aplaudida y seguida de cerca de otras manifestaciones como lo fueron los cacerolazos, acciones incendiarias de diversas índoles, bailes, performance, marchas, rayados a los símbolos de poder económico y político, asimismo, como la quema de autobuses y estaciones de metro que dejaban en evidencia un descontento generalizado que se venía arrastrando hace ya décadas. De hecho, pareciera que fue ayer que la ciudad de Santiago se paralizó por completo, mientras que a lo largo de las grandes Alamedas humearon las barricadas, como así, ese mar de trabajadores que buscaban retornar a sus hogares, luego de que la red del transporte público decidiera paralizar sus funciones. Tras estos hechos, considerable ha sido la producción de material bibliográfico, estudios académicos, trabajos audiovisuales y testimoniales que dan cuenta de *“la revuelta”* de octubre, sin embargo, nos resulta imprescindible acercarnos a aquellos trabajos académicos e investigaciones que surgen desde las ciencias sociales para que este ejercicio nos pueda permitir analizar y comprender las dinámicas internas y externas que desembocaron en la revuelta popular del 2019.

Puesto que, si por una parte, podemos observar los estudios que ponen su principal análisis en las estructuras político, sociales e institucionales con que las élites gobernantes (como consecuencia propias del régimen político instaurado en dictadura y agudizado en el período de la transición producto del modelo neoliberal) perdieron legitimidad en su a) ejercicio de poder, b) casos de corrupción y c) la inflexibilidad con que las fuerzas políticas de la ex-concertación y la derecha se disputaron y gobernaron el país desde el retorno a la democracia.

Es más, si algo nos queda en claro fue *“que durante las últimas décadas se han producido transformaciones socioculturales importantes que han significado cambios en los comportamientos de los sujetos, así como una nueva forma de relacionarse con las instituciones y sus liderazgos”* (Bahamondes, 2022, pág. 2). Sin embargo, la pérdida de confianza y el inminente debilitamiento en torno a las democracias modernas (siempre al servicio del poder hegemónico y económico) poco a poco fue deteriorándose en Chile. En ese sentido, uno de los principales aspectos que destaca Bahamondes, es que dicho descontento también se tradujo a todos los poderes institucionales (fuerzas policiales, fuerzas armadas, congreso, iglesias) y sistemáticos (salud, educación, previsional). En donde, tres décadas después aquellas expectativas individuales, anhelos y sueños de mayor bienestar que jamás se hicieron realidad, se transformaron en demandas y acciones reivindicativas. Para Carlos Peña, esta situación se puede interpretar a través de;

“La estructuras político institucionales que no fueron capaces de satisfacer o resolver las diversas demandas y problemáticas nacientes a partir del exitoso proceso de modernización capitalista. Desde estas concepciones, la anomia, las desigualdades, insatisfacciones y los desequilibrios del sistema abrieron las compuertas del malestar social que explotó vía “estallido social”” (2020).

Durante mucho tiempo se discutió si las fuerzas sociales estaban adormecidas o era cuestión de una apremiante causalidad-efecto para que nuevamente tomarán un importante rol protagónico en la escena política, social y pública del país, pues a los ojos de economistas y tecnócratas el modelo sí había prosperado en la región chilena y en todo el continente latinoamericano. Por esa razón, fue que no se consideró la magnitud con que las acciones repentinas de protesta y las manifestaciones de violencia (las cuales se extendieron durante los meses más agudos de la revuelta) fueron rápidamente condenadas como pasionales, irracionales, delictuales o al margen de la legalidad y el orden ciudadano.

De esa manera, *la revuelta popular* de octubre se puede comprender como un proceso político, histórico y social en donde actores sociales compuestos por; jóvenes, estudiantes secundarios y universitarios, corporalidades feminizadas (a través del movimiento feminista), individualidades subversivas, movimientos de autodeterminación indígena, movimientos por el medio ambiente, pensionados contra los sistema de provisiones privadas, asambleas territoriales, etc., hicieron suyas las calles y los espacios públicos que tras un largo tiempo habían perdido el sentido de pertenencia y de lo colectivo. Valga la redundancia, *“este fenómeno se entendió como una estética emergente de lo popular y anónima que se instaló en el espacio público, transformándolo en ‘un museo de arte de la memoria y de la indignación’¹¹”*. Por medio de una disputa entre lo público y lo privado, entre el pasado y el presente. Precisamente fue esa razón, lo que para el *“octubre chileno”* (el cual se expresó de múltiples acciones y expresiones) fue el más vivo resultado de la espontaneidad con que diversas individualidades y colectividades articularon una movilización con un significativo alcance a nivel nacional y propagándose simultáneamente en cada territorio.

Pero, que, según algunas reflexiones e interpretaciones producidas en estudios derivados de las ciencias sociales, sostienen que, si bien la revuelta social;

“Se configuró a raíz de un ambiente, una coyuntura o escenario en común de luchas por parte de actores heterogéneos y en algún caso, pero con menos importancia, en la articulación de las distintas fuerzas-organizaciones sociales representativas de estos. A diferencia del bloque interpretativo de lo anterior, en este se puede observar la expresión durante la revuelta como una diversidad de sujetos sociales protagónicos no anómicos, sino deliberantes, conscientes y con una identidad particular según las demandas sectoriales antineoliberales o territoriales, pero con fuerza y voluntad casi inherente para constituirse en un solo gran bloque de acción: el pueblo” (Bravo y Pérez, 2022, pág. 439).

Perfectamente podríamos refutar lo planteado por ambos autores, ya que, aunque el pueblo que se organizó no fue uno que buscará precisamente consensuar con el paternalismo partidista ni militante. El pueblo que se organizó fue aquel que exploró otras formas organización y que expresándose en términos territoriales fue uno que se autodenominó apartidista, autoconvocado, autogestionado y sin jerarquías, manteniéndose en los márgenes

¹¹ El Mostrador. (consultado el 24 de noviembre de 2022). Cuando las murallas gritan: La estética popular de la revuelta. Nota de: Emilia Aparicio. Obtenido de: <https://www.elmostrador.cl/cultura/2022/10/19/cartografias-emergentes-el-proyecto-que-retrata-la-estetica-popular-de-la-revuelta/>

cualquier tipo de marco de gobernabilidad que estuviera bajo los vicios y el alero de la política tradicional.

En ese sentido, y a modo de complementar con otras fuentes este capítulo es que, durante los meses de septiembre y octubre del año 2022, se llevaron a cabo entrevistas a pobladoras y pobladores de la población José María Caro. Rodrigo Lavanderos (34 años), nacido y criado en la población nos comparten desde sus tempranas vivencias de lo que ha sido crecer en la Caro, como así también, las experiencias organizativas y de territorialidad que se pudieron manifestar en La Caro a partir de la *Reuelta de octubre de 2019*.

Decide compartirnos las siguientes impresiones en torno a la revuelta;

“Pa mí la revuelta fue genial, siento que fue una bomba que estalló, y que en algún momento uno pensaba en eso, se lo imaginaba ahí, yéndote temprano a estudiar o a trabajar, y pensar; “hueón, ¿cómo esta hueá va a ser vida?, ¿cómo esto va a seguir así? y ¿por qué chucha esta gente no deja la caga? y eso paso po (...) La gente abusada, chata de toda la huea, salió a la calle no más po, a decir que estaba chata y que se fueran todos a la mierda, que había que quemar todo. Entonces, para mí esto fue como un segundo respiro, yo creo que estábamos pisoteados todos en ese momento, incluyendo a la gente que vive al margen de la sociedad y que trata de atacarla en algún momento, también en un momento de letargo, estaban todos pisoteados, aplastados, asfixiados por las deudas, que todo estaba caro, bueno todo sigue caro, pero en ese momento fue genial (...) Y ver que los secundarios iniciaron la huea también, porque ese es el adolescente, ese es el espíritu de cuando uno recuerda la adolescencia, no sé po, eri valiente, no medí las consecuencias y está bien po, estai aprendiendo, creciendo (...) Los cabros chicos se tiraron con toda la huea no más y detonaron la bomba, que a raíz de eso se generaron muchas cosas igual; organización, cachai. También vimos harta traición de por medio, fue un proceso igual que fue boicoteado, pienso yo, ahogado, pero para mí fue súper importante porque fue una fecha y un momento importante de la historia, de los santiaguinos, en las regiones y acá en La Caro (...) Fue la unificación del caos en todos lados”.

De esa manera, la protesta y las diversas manifestaciones (que se insertan dentro de un contexto de alta conflictividad social y política) no solo fue contundente respuesta a luchas sectoriales y territoriales, sino que también cumple una función de lucha antineoliberal frente al modelo de modernización capitalista. Interpelando, además, a los verdugos y al mismo tiempo, a los traidores.

En ese sentido, para Valentina Lisboa (26 años), educadora diferencial, nacida en Lo Espejo, pero criada en el sector del Antiguo Pueblo de Lo Espejo, nos comenta que llegó a vivir en la población José María Caro hace un par de años la revuelta significó:

“Para mí fue bacán porque siento que había mucha gente viviendo dentro de una burbuja, ensimismada y sin mirar al vecino, a la vecina. Entonces que ocurriera esto fue bacán porque al final te dai cuenta que había caleta de gente que tenía problemas económicos, de salud, mental, y no sé fue bacán porque me gusta el caos (...) Y una huea que siempre me llamó la atención fue que en Plaza Italia rompieran todas las veredas, y la gente se espantara por eso, y uno que viene de población, a veces hay partes que son súper feas, entonces, por ejemplo, para mí ir a Plaza Italia o a Plaza Dignidad como después la llamaron, y ver roto todo, para mí era muy normal po, porque otra gente

era “ay, no lo rompan que se ve feo”, pero yo que nací en una población que le faltaban áreas verdes, donde siempre habían escombros, microbasurales, espacios que demás la muni pudo haber hecho la media plaza, con canchas o juegos bacanes para los cabros chicos, pero no po, preferían no invertir en la huea y dejarlos así como para microbasurales o de tanto de robarse la plata, como pasó muchos años con Carlos Inostroza o Miguel Bruna (...) Entonces, la revuelta social fue bacán para que harta gente se diera cuenta que la gente estaba necesitada, tanto de plata como de salud, educación, bueno hasta el día de hoy po, porque no cambió mucho esa huea, pero la gente se dio cuenta que estaban mal (...) De ahí salió el colectivo “Olla Negra”.

Como hemos señalado a lo largo de este trabajo, en los últimos veinte años se han desarrollado significativas luchas sectoriales y territoriales a lo largo de toda la región chilena, en sus márgenes o fuera de la legalidad. Desde la irrupción de estudiantes secundarios y universitarios; a la de miles de mujeres y movimientos LGBTIQ+; luchas medioambientales y anti extractivistas; del mundo de los trabajadores, así como la de los pueblos y comunidades apelando a su reconocimiento y autodeterminación.

En todas ellas, “es posible identificar elementos y reivindicaciones antineoliberales, que tienen como trasfondo principal la lucha contra la precarización de la vida y el predominio de las lógicas del mercado en aspectos fundamentales de la vida, como fue el caso de las movilizaciones nacionales desarrolladas, de forma persistente y con miles de personas volcadas en las calles, en contra del sistema de pensiones impuestos en dictadura y perfeccionado por los gobiernos civiles de los últimos 30 años” (Pérez, 2022, pág. 441).

En ese sentido, el ciclo histórico al cual hacemos mención y del cual la revuelta forma parte es, sin duda alguna un extenuante proceso de muchos años, tanto desde un punto de vista organizativo como respuesta a la urgencia que toman diversos protagonismos sociales. Los cuales responden a experiencias territoriales, de organización, identidad y también, de memoria, el cual se ve reflejado en la población José María Caro. Precisamente, fue gracias a la organización que se gestó durante la revuelta el 2019, en términos territoriales, lo que para el 2020 tras la pandemia, significó nuevamente identificar y redescubrir una amplia dimensión política que parecía inexistente tras 30 años de letargo. Sin embargo, nuevamente la juventud de la población José María Caro quienes dieron muestras de solidaridad, conciencia y convicción política y social.

b) **Extensión de la crisis social y pandemia: Un 2020 para el recuerdo.**

“El mundo entero ha debido enfrentar en el año 2020 una de las peores situaciones en materia de salud y mortalidad en más de un siglo. Desde la pandemia de gripe de 1918, conocida como “gripe española”, la humanidad no había enfrentado una pandemia con estos niveles de mortalidad. Si bien en las últimas décadas hemos sido testigos de eventos parecidos, como la gripe aviaria, la gripe A (H1N1) o los brotes de cólera” (Solís y otros, 2020; Lima y otros, 2020), ninguno ha tenido las consecuencias y los impactos del COVID-19. La única excepción es la epidemia de VIH, surgida a mediados de los años ochenta, afección para la cual aún no se encuentra vacuna. En el caso actual, prácticamente el mundo entero se ha detenido y la vida como tal cambió abruptamente, al menos por unos meses, ante la incapacidad de hacer frente a una pandemia de esta magnitud. De pronto, el reunirse y fraternizar implicaba un riesgo, y términos como *“tomar distancia”*, elementos como mascarillas, guantes, y medidas como *cuarentenas, confinamientos y cese de la movilidad han sido hasta ahora los principales instrumentos para enfrentar la pandemia* (Canales, 2020, pág. 15). Ante ese escenario, para la doctora en ciencia política y docente de la Facultad de Gobierno de la Universidad de Chile, Claudia Heiss;

“La llegada del COVID-19 a Chile con un primer caso detectado el 03 de marzo de 2020 pareció ser una extensión de la crisis social y política vivida a partir de la Revuelta Social del 18 de octubre de 2019. Al igual que ante las masivas protestas, el gobierno declaró un Estado de Excepción Constitucional; de Emergencia en el primer caso, de Catástrofe en el segundo, sacando a militares a la calle y decretando el toque de queda nocturno. Con ambos fenómenos las personas vieron alteradas sus rutinas, interrumpidos sus trabajos y amenazada la provisión de alimentos y servicios básicos. Pero si la Revuelta lanzó a millones a las calles con el lema “Chile despertó”, la demanda por “dignidad” y el rechazo a los abusos del sistema político-económico, el COVID-19 les regresó de golpe a sus hogares para prevenir el contagio” (2020, pág. 1).

Sin embargo, en América Latina, tal vez más que en cualquier otra región del mundo, esta pandemia dejó en clara evidencia dos situaciones contextuales que hacen aún más incierta la efectividad de las políticas adoptadas para su control y mitigación. Por una parte, *“la fragilidad de los sistemas de salud pública, como consecuencia de las políticas neoliberales implementadas desde los años noventa, que han llevado al desmantelamiento de gran parte de la infraestructura sanitaria pública y estatal, lo que ha provocado considerables dificultades para, desde el Estado, implementar políticas eficaces en el combate a esta pandemia”* (CEPAL/OPS, 2020; Ríos- Sierra, 2020). Mientras que, por otra parte, la desigualdad social imperante en la región también ha contribuido a la expansión de la pandemia. La pobreza, la precariedad en las condiciones de vida y la desigualdad social han constituido contextos de alta vulnerabilidad de la población frente al virus y sus consecuencias en materias de salud y mortalidad.

En ese sentido, si bien *“sabemos que el virus no reconoce clases, etnias, géneros ni nacionalidades, también sabemos que las desigualdades de clase, de género, etnias y de nacionalidad constituyen campo de cultivo que propician modos de vulnerabilidad social y demográfica de los estratos y las categorías sociales que se encuentran en las condiciones de*

desigualdad frente a otros” (Laster Pirtle, 2020).

Chile, por su parte, representa un caso muy particular en cuanto a la evolución de las condiciones de desarrollo social y económico en las últimas tres décadas. *“Después de haber vivido una situación de profunda crisis social y política durante la dictadura cívico-militar, el país inició en los años noventa un profundo proceso de transición a un sistema democrático, el cual, si bien, se basaba en la consolidación del modelo neoliberal que fuera impuesto durante la dictadura, junto con la virtual mercantilización del bienestar, el Estado adquirió un papel totalmente subsidiario”* (Bizberg, 2014).

Bajo este contexto, *la privatización de los sistemas de salud, previsión social, educación, vivienda y transporte*, entre otras modernizaciones sociales (políticas de shock) en Chile, *no hizo más que consolidar la desigualdad en las condiciones sociales y económicas de la población frente al acceso a estos derechos y servicios básicos* (Martínez Franzoni, 2007). De esa manera, podemos ser testigos del recrudecimiento *en la reproducción en la estructura de la desigualdad social persistente, que a su vez es muy inflexible frente a los procesos de crecimiento económico, e incluso al eventual éxito de las políticas de abatimiento de la pobreza* (Ruiz y Boccardo, 2014), pero que, ante un contexto sanitario de crisis, la desigualdad mata solo a los pobres.

El escenario para el 26 de marzo de 2020 ya era lo suficientemente catastrófico, sin embargo, el gobierno de Sebastián Piñera para esa fecha decretaba cuarentena total solo para siete comunas de la capital, entre las cuales se encontraban; Lo Barnechea, Vitacura, Las Condes, Providencia, Ñuñoa, Santiago e Independencia. En donde, se establecieron aduanas sanitarias en los principales puntos de la ciudad al igual que medidas más estrictas de orden y control de la ciudadanía. Para ese entonces, el ministro de salud Jaime Mañalich, en cadena nacional dio a conocer la noticia por medio de las siguientes palabras;

“Ha llegado el momento de instruir aislamiento colectivo en sus domicilios a toda la población donde se concentra la alta incidencia y el mayor número de casos nuevos y, de acuerdo con la necesidad de no postergar esta acción, es el Presidente de la República quien ha instruido las siguientes medidas para la Región Metropolitana: aduana sanitaria en los principales puntos de acceso y egreso de la ciudad de Santiago”, (Radio Universidad de Chile, 25 de marzo de 2020), sostuvo señalando que la medida preventiva implica solo al gran Santiago y no a toda la Región Metropolitana.

Mientras que, en segundo lugar, anunció que se establecería una cuarentena total, esto quiere decir que las personas deberán mantenerse en sus domicilios. Afectando directamente a las comunas anteriormente mencionadas. Sin embargo, el ex secretario de Estado, sostuvo que;

“La elección de las comunas obedece a que ellas concentran el mayor número de casos y desde estas comunas, las personas que se movilicen hacia otras pueden ampliar la infección. Esto implica que un total de 1.314.000 personas de la ciudad de Santiago deberán permanecer en sus domicilios desde el día jueves 26 de marzo a partir de las 22:00 hora y por un plazo renovable de 7 días” (Radio Universidad de Chile, 25 de marzo de 2020).

Dicha situación significó, salvo ciertas excepciones ligadas a los servicios de salud metropolitano, público y servicios básicos, al igual que los de emergencia y otras que se establecieron a través de las medidas preventivas preliminares entrarán en vigencia a partir de las próximas horas de sus declaraciones. No obstante, la presión del mundo científico en conjunto a la de otras autoridades hacia las medidas que estaba implementando el gobierno fueron tajantes para exigir que estas medidas se llevarán a cabo para el resto de la ciudad, a nivel nacional y el resto de la población. Puesto que, otra vez, la necesidad de decisiones más drásticas para contener la crisis sanitaria dejaba en evidencia que una parte importante de la población aún debía seguir movilizándose hacia sus fuentes de trabajo, exponiéndose al riesgo de un posible contagio o peor aún en tiempos de crisis, ser despedidos sin ningún tipo de compensación, sino por necesidades de la empresa.

Para mediados del mes de mayo de 2020, por primera vez, luego de que la pandemia se hiciera sentir con aún mayor fuerza en todo Chile, el gobierno de Sebastián Piñera junto con el ministerio de salud, decretaba cuarentena obligatoria total para la provincia de Santiago, la capital del país, entre otras comunas aledañas. En palabras simples, se trataba del mayor confinamiento establecido en el país desde el inicio de la pandemia, *“luego que se informara de la aparición de 2.660 casos nuevos confirmados de coronavirus, lo que significó un aumento del 60% de los contagios en un solo día. Además, con el aumento de los casos, la cifra de fallecidos se elevó a 12 (solo en el mes de mayo), lo que incrementó en víctimas fatales a 346. Afectando a unos ocho millones de personas, lo que corresponde al 42% de la población total de Chile* (BBC New Mundo, 13 de mayo de 2020).

Consecuentemente, tras el aumento de los casos críticos y de contagios, las medidas de movilidad restrictiva y de libre tránsito, cuarentenas, la pérdida de fuentes de trabajo y el inminente colapso en el sistema de salud público del país. Muchas personas en su desesperación y por evitar ver reducido sus ingresos monetarios, hicieron caso omiso de las medidas, ya que el deterioro del mercado laboral tras la pandemia la situación se volvió cada vez más preocupante si consideramos la reducción de la jornada laboral a los cuales se les aplicó la *Ley de Protección al Empleo (principalmente, trabajadores asalariados formales)*. Un indicador complementario que demuestra ser una de las muchas consecuencias que vino a ser la pérdida total de horas de trabajo producto de la pandemia, de modo que, la pérdida de empleos tuvo efectos heterogéneos entre distintos tipos de trabajadores.

Sin embargo, *“la crisis no solo se caracterizó por la pronunciada caída en la producción y la pérdida de empleos de los trabajadores más vulnerables, sino también por la pérdida masiva de ingresos laborales de los ocupados. Según datos del INE, un 28% de los ocupados declaró la reducción de sus ingresos laborales durante el 2020 (casi dos millones de trabajadores). Si bien no se observaron diferencias entre sexo, sí se constataron diferencias importantes según nivel educacional y de estrato social* (CIPER, 12 de noviembre de 2021). Fue por ello, que una de las principales *“huellas del impacto que la pandemia del coronavirus estaba causando en Chile el 18 de mayo de 2020 se hicieron visibles cuando un grupo de vecinos en la comuna de El Bosque salió a las calles a protestar”* (BBC New Mundo, 19 de mayo de 2020).

Entre las primeras declaraciones que provenían de los vecinos, era *“estamos pasando hambre”*, ya que luego de semanas de confinamiento, la falta de ayuda por parte del gobierno para suplir la emergencia en los sectores más vulnerables de la sociedad y la prolongada suspensión de algunas actividades económicas como la construcción y el comercio parecía ser solo la punta del iceberg al conflicto que se venía gestando desde mucho tiempo antes. Sadi Melo, alcalde de la comuna El Bosque, en declaraciones a un canal de televisión dijo;

“Llevamos cuatro semanas en cuarentena y, sin duda, los pocos recursos que nuestros vecinos tienen se han agotado”. Entonces, el Estado tiene que intentar entregar los recursos que sean necesarios (...) Estamos con una situación de hambre y de falta de trabajo bastante compleja. Más del 10% de comunas como la nuestra están en una situación de pobreza extrema. Son alrededor de 5.000 familias, 20.000 personas que están enfrentando ya esta situación” (El Mercurio en BBC New Mundo, 19 de mayo de 2020).

Frente a esta situación, Sebastián Piñera anunció la aplicación de cinco medidas para apoyar a las personas más vulnerables y a la *“clase media necesitada”*, entre las cuales se consideró la entrega de 2,5 millones de cestas de alimentos y productos básicos para los sectores más vulnerables del país, sin embargo, las medidas no fueron suficiente para responder al problema de raíz. Fue por ello, que *“tras el fracaso del gobierno para controlar la pandemia tuvo explicaciones directas ante el desconocimiento, por parte de las autoridades, acerca de las condiciones en las que vive gran parte de la población de nuestro país. El hacinamiento (que el ex ministro de salud reconoció desconocer) nos permite entender que las comunas que más disminuyeron su movilidad fueron Vitacura (-50,9%), Lo Barnechea (-49,6%) y Las Condes (-48,4%); mientras que las tres que menos fueron variando en este indicador son San Ramón (-23%), La Pintana (-23,4%) y Lo Espejo (-25,1%)”* (Ciper Chile, 19 de junio de 2020).

Esta situación sin duda se expresó a través de las dificultades que imperaron para hacer cuarentenas efectivas en los sectores populares. Mientras que, en paralelo, no se garantizaban las condiciones mínimas a la población, elevando la propagación del virus y contagios. *“Es más, al revelar las cifras de desigualdad en Chile tras la pandemia, la quinta comuna con más fallecidos producto del COVID-19 fue Lo Espejo, con 56 fallecidos por cada 100 mil habitantes, antecedida por San Ramón, La Granja, San Joaquín y Cerro Navia”* (Ciper Chile, 19 de junio de 2020).

De esa manera, las iniciativas del gobierno, como lo fueron el bono COVID, las cajas de alimentos no perecibles (que se distribuyeron por medio de diversas municipalidades y comunas) y el ingreso familiar de emergencia, sin duda fueron deficientes y poco concisas en el tiempo. Por esa razón, la resistencia territorial que se expresó ante esta emergencia y la cuestión del hambre tomó otras vías por medio de la organización de ollas comunes en diversos sectores del gran Santiago, pero también en la población José María Caro. Estos espacios que se fueron gestando a través de organizaciones autogestionadas (algunas que ya devenían de espacios políticos y sociales de la revuelta) y que contó con el apoyo de individualidades afines, como también de la Iglesia Católica, además de donativos de feriantes, comerciantes, pobladoras y pobladores. Se transformaron en instancias populares fundamentales para resistir a la crisis, pero también, en mecanismos de sociabilidad,

interacción y rearticulación política tras la pandemia.

Helbert Donoso Carreño (27 años), profesor, nacido y criado en la población José María Caro, nos comenta al inicio de la entrevista que durante toda su vida ha vivido en La Caro, comuna de Lo Espejo, al igual que toda su familia. Helbert, ha participado de diversas instancias sociales y políticas, entre ellas la *“Asamblea Popular Lo Espejo”*, instancia política, social y territorial que nace en el 2019 a causa de la Revuelta Popular, la cual funcionó en diversos espacios de la comuna de Lo Espejo, pero que se articuló en primera instancia en la población José María Caro. Luego, el año 2020-2021 participó de la Olla Común *“Comedor Popular Pierre Dubois”* y *pobladores de Lo Espejo*, la cual se llevó a cabo en la Iglesia San Pedro Pescador y que, contó con la participación de otras pobladoras y pobladores.

Helbert, recuerda los inicios del espacio olla común *“Comedor Popular Pierre Dubois”* *“bueno la pandemia justo vino después de la revuelta, estábamos en tiempos de organización todavía y fue como ver la necesidad en tu cara, siento yo. Esos primeros meses fueron horribles porque en verdad había gente que necesitaba comer, yo nunca había visto en la vida gente con hambre, así como lo vi para la pandemia, pidiendo de comer o vecinos que jamás pensarías que van a pedir un plato de comida o pidiendo por necesidad. Entonces, ahí la verdad fue como; “había que hacer algo”*.

A partir de ese momento, se comenzaron a activar diversas redes de apoyo, a lo cual Helbert, nos comenta que *“me acuerdo que una niña de La Clara Estrella, estaba haciendo recolección de alimentos y todo, y me comentó de la señora Patricia López, de la Iglesia San Pedro Pescador, porque necesitaban jóvenes que ojalá fueran a montar una olla común porque como ellas eran de la tercera edad y no podían trabajar. Entonces, ahí fue que, pucha, yo tenía ganas de hacer algo y justo tomé contacto con esta señora (...) Bueno, tomé contacto con la señora Pati, hablamos con otros chicos y empezamos a hacer la olla común. Esto en verdad surgió de un día para otro la cuestión, y fue como de la necesidad de cachar que tus vecinos necesitaban esta ayuda, y si habían manos, y como justo se dio que nos conocíamos todos desde antes y que estábamos estudiando, pero no teníamos clases presenciales, todo se dio muy rápido para que hiciéramos la olla común”*.

De esa manera, Helbert, recuerda los primeros días de la olla y del espacio, *“me acuerdo que en primer lugar, partimos con fogones, una olla y pidiendo donaciones no más po, así a lo pobre, después nos llegaron más cosas, incluso en camiones, como papas, después donaron un container (...) Bueno, primero partimos yendo un día a la semana a hacer la olla común y después se dieron cuenta que quedaba la comida que estaban dando para más días y ahí se unieron más gente que quería hacer, entonces, ahí empezaron a ir otros días. Me acuerdo que nosotros íbamos los días miércoles y habían otras personas que iban otros días (...) Entonces, ahí empezó a organizarse todo, porque cada uno tenía un piño diferente para cada día, entonces al final se terminó dando comida todos los días (...) Me acuerdo que los primeros meses fueron los más duros, ver a familias enteras yendo a buscar comida a la olla, nos dimos cuenta también que la hora de almuerzo no era lo único que se necesitaba, sino que también se necesitaba una once y ahí se sumaron otras organizaciones, entre ellos los locos del colo, y llegó mucha donación.*

Helbert, fue categórico con que *“ahí el soporte más importante que nos dieron, fue la iglesia y la señora Pati junto con el Arzobispado, ahí mucha gente donó y lo que más me gustó de ese lugar es que tratamos de protegerlo lo más posible de que no se volviera una campaña política, porque justo estábamos en la época de elegir alcaldes y se venían las elecciones (...) Entonces, lo que más costó fue protegerlo de eso; del oportunismo, en donde la gente usara la necesidad y el hambre en una foto política”*.

Durante su participación en la olla común, bautizada como *“Comedor Popular Pierre Dubois”*, Helbert, recuerda el apoyo inicial de otras pobladoras y pobladores para levantar este espacio. El cual si bien, en primera instancia, contó con donativos que se efectuaron en el momento, después se transformó en toda una red colaborativa en la población José María Caro. Acción que gracias a la ayuda de la Iglesia (quien facilitó su espacio físico para que funcionara la olla común), el Arzobispado de Santiago, feriantes y comerciantes del barrio en conjunto al apoyo de pobladoras y pobladores también fueron protagonistas fundamentales ante la necesidad y la problemática del hambre.

Por otro lado, Valentina Lisboa (26 años) y Rodrigo Lavanderos (34 años), miembros del colectivo *“Olla Negra”*, la cual nace bajo el contexto de la Revuelta Popular el año 2019, primero con el fin de prestar ayuda a personas en situación de calle o vulnerabilidad en la población José María Caro. Luego en el año 2020 bajo el contexto de la pandemia, se extiende para ayudar a personas de la tercera edad, familias, personas e incluso, animales en situación de calle. Vale recalcar que el colectivo *“Olla Negra”*, surge como un espacio autogestionado y sin el apoyo de otras entidades externas o propios de la comuna, sino que gracias a donativos y colectas (en ferias y en la vega central) que el mismo espacio generó para mantener en funcionamiento el espacio.

Valentina, recuerda los inicios de la *“olla negra”* y de qué manera se comenzó a articular en la población José María Caro; *“Igual éramos hartos en un principio, cachai, éramos como 10 personas, pa’ nosotros igual es harto, 10 personas; 10 pobladores que viven en la pobla, que saben lo que es cagarse de hambre, que no son de ningún partido, que saben lo que no es tener plata para el gas y en eso igual pensábamos caleta, si bien había gente que, este el manos corta, ayudó con mercadería pero, ¿y el gas?, igual el gas es súper caro, tener una cocina igual, entonces al momento de levantar la olla, pensamos en todo eso po, porque si ya la gente tenía mercadería para cocinar, pero no tenía gas, agua, electricidad o electrodomésticos, ¿cómo iban a poder cocinar? (...) Y ahí pensamos en la olla”*.

Mientras que, Rodrigo, nos comenta como fueron los inicios de la olla y sus motivaciones para levantar este espacio; *“Igual la olla salió, primero porque pensamos en ayudar a la gente con mercadería, eso fue lo primero que hicimos (...) Fue cómo hagamos cajas, identifiquemos a la gente cercana, cachai, a nuestros mismos vecinos, no teníamos que hacer un gran esfuerzo porque a veces todas las personas ponían peros antes que pro, no sé po, y los mismos cabros decían; pero ¿cómo le vamos a dar cajas a toda la gente pobre?, y hueón, no era necesario darle a toda la gente pobre, sino que nuestra ayuda igual tiene un límite, obvio (...) No somos una mega empresa, cachai. Todo esto se hablaba. Pero, todos llegamos a la conclusión de que teníamos que identificar a nuestros propios pobres, si vivimos en una población pobre ¿cómo no vamos a cachar a nuestros pobres y que*

podamos ayudar?

A partir, de esta acción Valentina y Rodrigo, son enfáticos para expresar que la función de la “olla negra”, no solo implicó un esfuerzo para conseguir donativos y alimentos para llevar a cabo la olla, sino que primero significó un trabajo de logística para poder dirigir la ayuda de mejor manera a quienes más la necesitaran. De esa manera, Rodrigo, nos comentó que tras esos esfuerzos; *“Empezamos a cachar a nuestros vecinos que estaban más necesitados, caleta de personas en casas que no tenían para comer, porque a veces no es necesario estar en la calle, tirao, cachai, para ser pobre.*

Tras los meses más complejos de la pandemia, Valentina y Rodrigo reconocen que existió un importante agotamiento a nivel personal y del colectivo en general, comentando que incluso sus núcleos más cercanos insistieron que pararan por su bienestar. Además, ambos comentan que desde el funcionamiento de la olla durante el tiempo de la revuelta estaban viviendo un constante hostigamiento de fuerzas policiales. Sin embargo, reconocen que tras las necesidades de personas en situación de calle como también el de adultos mayores no pudieron hacer caso omiso a esa problemática.

Ambos, concuerdan que *“las falencias, las cosas que faltan en una casa, siempre es buena una ayuda, ¿me entendí? (...) Y en ese tiempo, gente pensionada, que yo creo que es a la que más ayudamos, era la gente más olvidada, y ahí nos dimos cuenta e identificamos ese problema, el cual era brígido, porque nunca pensamos que nos íbamos a topar tanto con esa situación, de gente adulta mayor que estaba botada, literal (...) No sé po, entrabamos a la casas a dejar las cajas y veíamos las casas, todas desordenadas porque son abuelitos que no pueden trabajar, entonces, era cuático igual esa pobreza que no se ve en ninguna parte, que no la muestran y que uno no sabe tampoco y viviendo así muy cerca de esa misma gente”.*

3. SOBRE LA OLLA COMÚN: REFLEXIONES Y CONCLUSIONES EN TORNO A LA IDENTIDAD Y LA MEMORIA.

Después de haber emprendido este viaje por las experiencias, vivencias y situaciones que han marcado la historia de la José María Caro a lo largo de sus años como un territorio de luchas, resulta de vital importancia sumergirnos en nuestro mundo poblacional, fundado por quienes a lo largo de este trabajo nos entregaron sus testimonios de vida, nos abrieron las puertas de sus hogares y dieron rienda suelta a sus más recónditos recuerdos. Por eso, deseamos profundizar en las reflexiones y conclusiones que ha arrojado este estudio. No obstante, estas conclusiones, en ningún modo, buscan instalarse como verdades irrefutables ni tampoco en un análisis absoluto, pues este estudio solo busca contribuir al ejercicio historiográfico posicionándonos en este territorio como pobladoras y pobladores del cual nos sentimos parte. Por otro lado, estas conclusiones han sido formuladas a partir de un contexto determinado, en donde han confluído diversos procesos en torno a la memoria y a una identidad que, a la hora de arrojar algún resultado, se encuentran presentes.

Por consiguiente, si recapitulamos, al iniciar este trabajo de investigación nos planteamos la siguiente pregunta *¿de qué manera la olla común se transforma en un proceso restaurativo de la identidad y la memoria en la juventud que habita en la población José María Caro entre los años 2019-2021?* Y tras algunas consideraciones y una ardua búsqueda de material bibliográfico ligado al mundo de los estudios de la historiografía y las ciencias sociales se han podido desprender las siguientes reflexiones. Visto de esta forma, una de las principales problemáticas con las cuales nos encontramos al hablar (en este caso, escribir), desde la academia y la historiografía, sobre los sujetos populares, nace cuando quien escribe forma parte de dicho territorio y se siente parte de los sujetos populares, de los pobres de la ciudad. En otras palabras, qué pasa cuando la investigadora se asume, más que nada, como pobladora, y pretende escribir la historia sobre un conjunto de mujeres, hombres, niños y diversas corporalidades que también se asumen como pobladoras y pobladores, y donde como pobladoras (es), formamos parte de un territorio e identidad en común, con una memoria histórica y colectiva elaborada a partir desde un “*nosotros*”.

En ese sentido, los nudos que se entrelazan entre el territorio, la identidad, la organización y también la memoria responden a una emblemática actividad humana detrás, desde abajo y que irrumpe frente a marcos significativos entre fraternidad y rivalidades, así como también de derrotas y victorias. Sin embargo, para comprender desde donde deviene esta actividad política y social, debemos refrescar nuestra relectura.

Cuando partimos con el primer capítulo de nuestra investigación, pudimos identificar y comprender la historia de la población José María Caro como un espacio organizativo y territorial que se enmarca en un contexto muy particular en la historia de Chile y en toda Latinoamérica. Desde donde se pusieron en marcha diversos proyectos de planificación global, urbana y de soluciones habitacionales que fueran permanentes en el tiempo con tal de garantizar la dignidad mínima a los sectores más precarizados de la sociedad. En ese sentido,

no fueron pocos los esfuerzos en el cual mujeres, hombres y niños emprendieron un largo camino de resistencia y luchas ante una problemática que venía siendo acarreada desde el siglo XIX y que, posteriormente, se acrecentó producto de la cuestión social (1880-1920), dado el incremento de una considerable migración campo-ciudad. Llevando a los márgenes de la ciudad, conventillos y cotes a un significativo grupo de nuevos habitantes, compuesta por obreros del norte salitrero y del sur carbonífero, campesinos desplazados de las áreas rurales y jornaleros relegados de las zonas productivas en el cual la propiedad de la tierra estuvo abyecta a los procesos de modernización capitalista que vivía el país y el mundo.

Empero, los avances sociales conquistados por un Estado de Compromiso apostado en los cimientos de los gobiernos radicales (1938-1952), si bien logró mitigar en parte el progresivo malestar social de esta nueva masa de habitantes. Rápidamente resultaron deficientes y no pudieron fructificar en el tiempo frente a las urgencias y necesidades que afectaban al mundo popular chileno. La distribución desigual que mantenía en condiciones de suma pobreza, precariedad y falta de soluciones concretas a miles de habitantes de la ciudad. Extendieron las muestras de su insatisfacción y el descontento social con el poder gobernante lo cual se expresó en protestas, marchas y huelgas a lo largo de todo el siglo XX, sentando la base de sus demandas en derechos sociales básicos para su subsistencia. En ese sentido, la respuesta del Estado siempre fue limitada a causa de las fuerzas conservadoras que impedían llevar a cabo estrategias y reformas que pudieran concretar los cambios que eran exigidos por las fuerzas populares. Por ello, el siglo XX concentrará muchas de las luchas que hasta nuestro presente continúan vigentes y que inevitablemente posee sus causas en aquel pasado. Más llanamente, la pobreza, el desprecio, el abandono, la indiferencia y el maltrato directo o indirecto del mundo de los que siempre hacen historia y han gobernado fue lo que constantemente movilizó a las clases oprimidas y extendió sus luchas en Chile, en América Latina y en todo el mundo

Así, como podemos observar, para finales de 1959 varios fueron los procesos externos que influyeron considerablemente en la activación de la conciencia y las expectativas de millones de mujeres, hombres y niños en toda América Latina con el fin de anhelar una vida digna. En ese sentido, los proyectos revolucionarios, insurreccionales, cambios en las políticas económicas y transformaciones democráticas, asimismo como lo fueron las luchas antiimperialistas en toda la región de América Latina se constituyeron como importantes hechos históricos que influyeron macroeconómicamente en todo el cono sur, y por supuesto, en Chile a niveles microeconómicos. Tras ello, *“las distintas realidades y desafíos que tomaron los países llamados “emergentes” de esta región junto con la extrema dependencia que éstos mantuvieron con Estados Unidos desde la doctrina Monroe (1823)”* (González, 2013), establecieron los cambios estructurales y modernizaciones en los cuales el capitalismo se moldeó como sistema-mundo. De manera que, la década que marchó entre la revolución cubana y el triunfo de Salvador Allende en Chile, sellarían asiduamente el debate intelectual-ideológico y el destino de las clases populares.

La precariedad de la nueva urbanización junto con aquellas demandas sociales que aún no eran satisfechas, desembocó en la población José María Caro nuevas formas de organización territorial y popular. Atendiendo sus propias necesidades a través del apoyo colectivo y las constantes expresiones de cooperatividad entre pobladoras(es), en ese sentido, el concepto de vivir y hacer comunidad, era otro, pues las redes de apoyo frente a los primeros asentamientos de las pobladoras(es) inevitablemente residía en la activa soberanía de una esfera social. Sin embargo, la dictadura cívico-militar de Pinochet (1973-1990), trastocó por completo el panorama de efervescencia social y política que se dio durante la primera mitad del siglo XX. Tras diecisiete años de una fuerte represión sistemática la sociabilidad chilena y el rol del Estado cambiaron abruptamente, quebrando y sepultando por completo la relación del Estado en cuestiones de salud, educación, vivienda, entre otros bienes y derechos fundamentales dejándolos en manos de privados y capitales particulares.

De cara a esa arremetida entre el poder político, militar y civil con el fin de instaurar un nuevo modelo económico a través de la fuerza y el trauma, el mundo popular nuevamente tomó un protagonismo relevante para resistir frente a los crímenes y a la violación sistema de derechos humanos. Lo cual desembocó en el rearme organizativo del tejido social y político descompuesto por el autoritarismo y la represión, y que se expresó fuertemente en la población José María Caro. Luego de años de silencio y tras un largo camino de movilizaciones, acciones y atentados contra el poder beligerante, comenzó un extenuante proceso de reorganización territorial, político y social que pedía terminar de una vez por todas con el régimen militar. De esa forma, a principios de los años 80's comienza una enérgica embestida contra la dictadura para retornar a una sociedad democrática, sin embargo, dicho proceso no estaría exento de traiciones marcado por la sucesión de un dinamismo social, político y económico impuesto durante el régimen y administrado en plenitud por los gobiernos de la ex-concertación.

Tras la publicación del texto *“Nota preliminar sobre el concepto de democracia”*, Giorgio Agamben nos recuerda que hoy en día dicho concepto se mueve en una tensión polar que define dos formas del hacer político: como forma de constitución del cuerpo político y como técnica de gobierno. Ahora bien, es precisamente el punto de articulación y/o desarticulación entre ambos modelos lo que define para el autor la democracia en Occidente. En palabras del autor,

“El sistema político occidental es fruto de la fusión de dos elementos heterogéneos, que mutuamente se legitiman y se dan consistencia: una racionalidad político-jurídica y una racionalidad económico-gubernamental, una “forma de constitución” y una “forma de gobierno” (Agamben, 2011, pág. 13).

Precisamente, con el retorno a una sociedad democrática en la década de 1990 el modelo neoliberal poco y nada se modificó, sino que se transformó en la continuidad de las vejaciones materializadas durante diecisiete años de terror. En ese sentido, la sociabilidad popular y la organización territorial se institucionalizó, apartando de las esferas políticas a los mismos protagonistas que fueron parte fundamental de estos cambios, mientras que, el concepto de

vivir y hacer comunidad se delegó a los procesos eleccionarios, a un otro, y, por ende, el tejido social, nuevamente desarticulado ante una forma de gobierno excluyente con los pobres.

Sin embargo, treinta años después del retorno a la democracia, Chile estaba atravesando por procesos de cambios sociales, políticos, económicos y culturales precedido por todas aquellas estructuras que estuvieron en tensión en el pasado. De manera que, la irrupción que tuvo la *“revuelta popular”* de octubre de 2019 y la extensión de la crisis social que se materializó tras la pandemia en el año 2020, fue la más pura expresión de disconformidad frente a la precarización de la vida y sus altos costos para subsistir. El recrudescimiento del modelo neoliberal en materias de seguridad social, laboral y económico solo fue la punta del iceberg ante lo que se venía gestando y arrastrando por décadas. El malestar social, las expresiones de organización y territorialidad de a poco se comenzaron a manifestar con mayor fuerza gracias al resignificado que tuvieron mecanismos organizativos del pasado.

Así, las asambleas territoriales y las ollas comunes constituyeron en un proceso de organización política, constitutivo de identidad y de territorialidad muy importante en la población José María Caro. Pues, para los jóvenes que participaron de estos espacios, primero en el año 2019 y luego en el 2020, en el caso de Helbert, significó; *“el vivir en la población, es como vivir en un espacio que no tiene tantas reglas claras o establecidas, pero el territorio tú lo podí ocupar como se estime conveniente, acá todo es libre”*. Haciendo alusión al uso en el cual las ollas comunes irrumpieron los espacios públicos, plazas y parques, en donde congregaron nuevamente a la comunidad, a pobladoras y pobladores. Mientras que, para Valentina y Rodrigo, la olla común, significó; *“una acción política sin ser políticos, un ambiente tenso de constante persecución, pero donde a los mismos vecinos, vecinas y pobladores a quienes ayudábamos, nos protegían de los pacos”*. Puesto que el sentido de organización, territorialidad, identidad y memoria que nace en los jóvenes de la población y que se extiende a otras pobladoras(es) ha estado ligado desde siempre a las hostilidades del tiempo y ante un profundo reconocimiento en el otro, en la acción y en los mecanismos de solidaridad que se desprenden ante las coyunturas latentes y que ha marcado desde sus inicios hasta nuestros tiempos actuales a la población José María Caro. El 2019 y 2021 no solo avivó las llamas y los fondos de las ollas comunes en la población José María Caro, sino que también lo fue el compromiso hacia un hogar maltraído por diversas transformaciones políticas, sociales y económicas del cual La Caro ha formado parte en sus más de 60 años de luchas e historias.

Anexos fotográficos.



Jornada de protestas en la población José María Caro. Intersecciones de Salvador Allende con Av. central. Fotografía: Se reserva el derecho de autoría. Fecha: octubre de 2019.



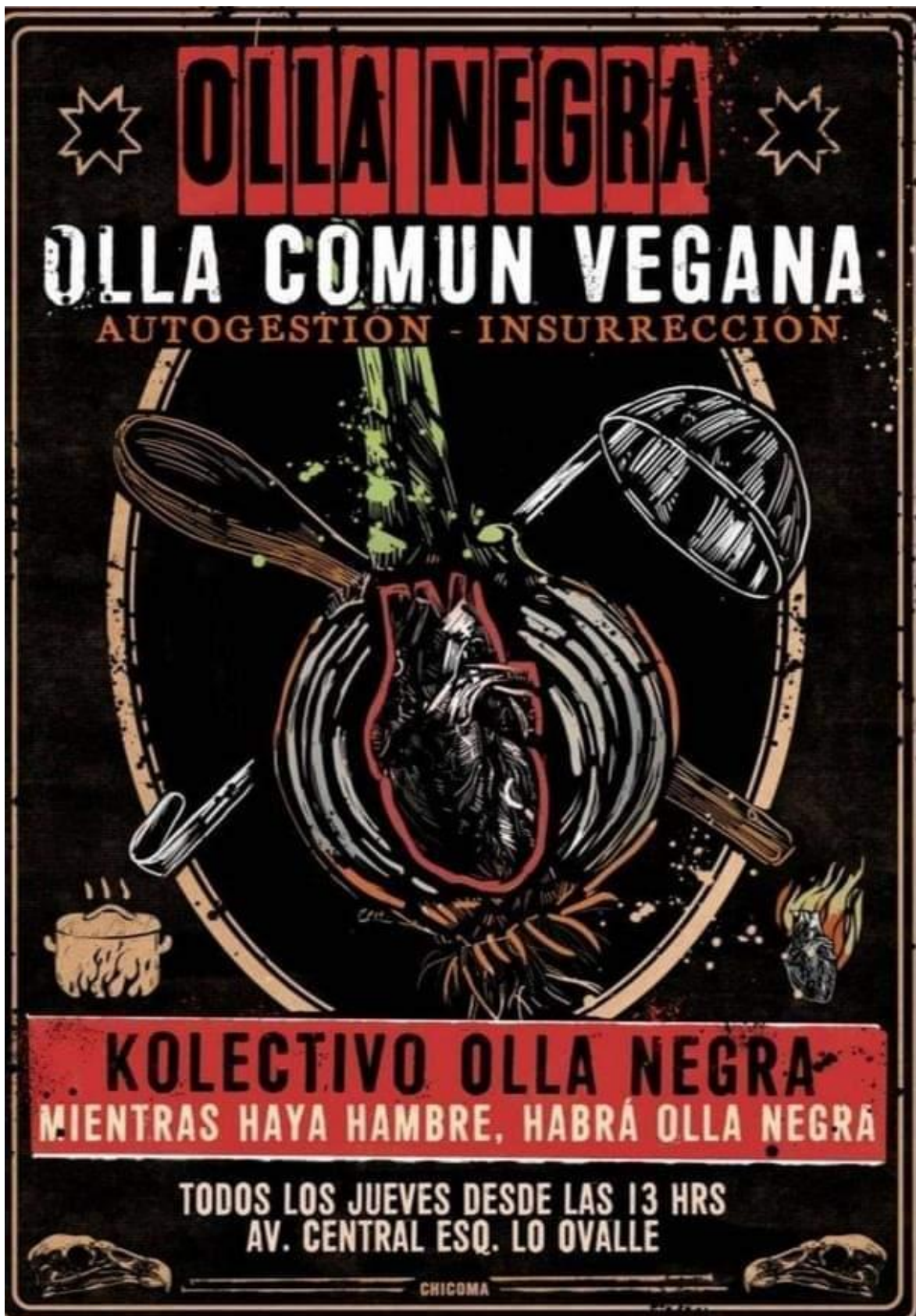
Jornada de protesta y conmemoración 1° año del asesinato a Camilo Catrillanca. Fotografía: Se reserva el derecho de autoría. Fecha: 14 de noviembre de 2019.



Jornada de protesta, marcha y conmemoración 1° año del asesinato a Camilo Catrillanca. Fotografía: Se reserva el derecho de autoría. Fecha: 14 de noviembre de 2019. Asamblea Popular de Lo Espejo.



Actividad y jornada político-cultural en la población José María Caro. Agrupación: Tedio desde el anonimato. Fotografía: Se reserva el derecho de autoría. Fecha: 11 de noviembre de 2019. Asamblea Popular Lo Espejo.



Afiche de Olla Común “Olla Negra” (2019). Gentileza: Rodrigo Lavanderos.



Afiche de Olla Común “Olla Negra” (2020). Gentileza: Rodrigo Lavanderos.



Afiche Olla Común “Comedor Popular Pierre Dubois” y pobladores Lo Espejo (2020).
Gentileza: Helbert Donoso.



Afiche Olla Común “Comedor Popular Pierre Dubois” y pobladores Lo Espejo (2020).
Gentileza: Helbert Donoso.



Afiche Olla Común “Comedor Popular Pierre Dubois” (2020). Gentileza: Coordinadora Invade.

BIBLIOGRAFÍA.

Bibliografía

- Agamben, G. (2011). *Nota preliminar sobre el concepto de la democracia*. En: AAVV. *Democracia, ¿En qué Estado?* Buenos Aires, Argentina. Prometeo. Pág. 13.
- Arciniegas, B. (1966). *Los standards de diseño habitacional y la realidad socio-económica latinoamericana. Algunas alternativas de diseño urbanístico y habitacional para los grupos de menores ingresos*. Marco de referencia: Población José María Caro en la ciudad de Santiago, Chile. Tesis. Escuela de Arquitectura, Universidad de Chile. Santiago. Pág. 42-79.
- Binimelis, Cecilia. (2008). *El campesino sorprendente que nos dio su nombre*. Texto inédito. Santiago de Chile.
- Bravo, V. (2017). *Piedras, barricadas y cacerolas: Las jornadas nacionales de protesta: Chile 1983-1986*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Bravo, V y Pérez, C. (2022). *Huelgas, marchas y revueltas: Historias de la protesta popular en Chile, 1870-2019*. Fondo de Cultura Económica. Santiago de Chile. Primera edición. Págs. 437-438-439.
- Campero, G. (1987). *Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Chile*. Santiago, Chile: ILET.
- Chauvel, L. E. (2005). *Identidad e identidades*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados CEA.
- Chomsky, N y Dieterich, H. (1996). *La sociedad global: educación, mercado y democracia*. Garrido, L. Introducción: *La crítica del neoliberalismo existente*. Pág. 3. Lom Ediciones, Segunda edición. Santiago de Chile.
- Deleuze y Guattari, G. y. (1972). *El Anti-Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. (E. Ermitaño, Ed., & F. Monge, Trad.)
- Delamaza, G. & Garcés, M. (1985). *La explosión de las mayorías: Protesta Nacional 1983-1984*. Santiago: ECO.
- Dubet, F., Tironi, E., Espinoza, V. y Valenzuela, E. ([1989] 2016). *Pobladores. Luchas sociales y Democracia en Chile*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Original [1989]. París, Francia: L'Harmattan.
- Dunaway, D. K. (1995). *La evolución de la Historia Oral. Historia (Antropología) y Fuente Oral* (N.º 14).
- Espinoza, V. (1988). *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Ediciones Sur,
- Foxley, A. (1988). *Experimentos neoliberales en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica. Santiago de Chile. Pág. 9.
- Gálvez, O. (2014). *La Caro: Un relato desde la solidaridad, la organización y la esperanza (1959-1970)*. Imprenta América, Valdivia, Chile. Edición 2014. Págs. 19-20-21-22-28-47-91-92-122-123.
- Gallardo, B. (1987). *El re-descubrimiento del carácter social del hambre: las ollas comunes*. Santiago de Chile.
- Garcés, M. (2002). *Tomando su sitio. El movimiento de pobladores en Santiago (1957-1970)*. Lom Ediciones. Santiago de Chile. Pág. 10.

- Garcés, M., Etcheverry, B., & Suckel, H. (1993). *Voces de identidades. Propuesta metodológica para la recuperación de la historia local*. Santiago: CIDE, ECO, JUNDEP. FONDEC-MINEDUC. Fondo para el desarrollo de la cultura y las artes.
- Garate, M. (2012). *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*. Capítulo VI: ¿Cuándo triunfa una revolución? Las nuevas formas del discurso económico liberal en el Chile Postdictatorial y sus nuevas élites. Págs. 400-448. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Colección de historia. Santiago de Chile.
- Gatica, E. (2017). *Perdiendo el miedo. Organizaciones de subsistencia y la protesta popular en la región Metropolitana, 1983-1986*. Santiago: Mar y Tierra Ediciones.
- Godoy, G y Guzmán, J. (1964). *El problema habitacional y las poblaciones erradicadas*. Tesis. Facultad de Arquitectura, Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile. Pág.42.
- Gómez, J. (2016). *Rebeldías Líricas*. Tercera edición - Santiago de Chile: Editorial Eleuterio. Fragmento del poema “Suburbio”, pág. 77.
- Gómez, L, C. (2004) *La frontera de la democracia: el derecho de la propiedad en Chile (1925-1973)*. Pág. 9. Editorial Lom. Santiago de Chile.
- Góngora, Mario. *Ensayo sobre la noción de Estado de Chile en los siglos XIX y XX*. Universitaria. Santiago de Chile, 1998, pág. 280.
- Grupo de Estudios José María Caro. (1980). *La situación habitacional del decanato Caro Ochagavía*. Documento mimeografiado N°1. Santiago de Chile, noviembre. Pág. 2.
- Halbwachs, M. (1968). *Memoria Colectiva y Memoria Histórica*. En *La mémoire collective* (pág. 209). Paris.
- Hardy, C. (1986). *Hambre + dignidad = Ollas comunes*. Santiago de Chile: Programa de economía del trabajo.
- Hardy, C. (1987). *Organizarse para vivir: pobreza urbana y organización popular*.
- Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo Veintiuno Editores. Pág. 5-6. Traducción de: Marina González Arenas.
- Henríquez, R y Leiva, S. (2020) *Trayectorias Militantes: Poblaciones José María Caro y Lo Valledor Sur*. Edición Londres 38, espacio de memorias. Santiago de Chile. 2020. Págs. 39-93-94.
- Illanes, M. (2022). *Cuerpos y formas de lucha campesina y mapuche y sus articulaciones con el movimiento obrero. Chile, 1º mitad del siglo XX*. Capítulo VI. Pág. 178-179. En: Bravo, V y Pérez, C. (2022). *Huelgas, marchas y revueltas. Historia de la protesta popular en Chile (1870-2019)*. Santiago de Chile. Primera edición. Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Jelin, E. (2020). *Las tramas del tiempo: Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales* / Elizabeth Jelin; compilado por Ludmila Da Silva Catela; Marcela Cerrutti; Sebastián Pereyra. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020. Libro digital, PDF - (Antologías). Pág. 420.
- Leach, E. R. (1966). *Critique de L'anthropologie* (1971 ed.). Paris, Francia: Editorial Seix Barral.

- Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano*. Antología preparada por Mario Gaviria. Pág. 10. Ediciones Península. Cuarta Edición. Barcelona, España.
- Llanos, L. (2010). *El concepto del territorio y la investigación en ciencias sociales*. Agricultura, Sociedad y Desarrollo, VII: 3, 207-220.
- Maza, G. d. (1985). *La explosión de las mayorías: protesta nacional 1983 - 1984* (Colección: Biblioteca Nacional de Chile ed.). Santiago.
- Millán, G. (1979). "Poema I", extracto, en "La Ciudad". Pág. 9. Biblioteca Nacional de Quebec.
- Moulian, T. (1997). *Chile actual: La anatomía de un mito*. Pág. 7. Lom Editorial-Arcis. Santiago de Chile.
- Palacios, J. J. (1983). *El concepto de región: la dimensión espacial de los procesos sociales*. Revista Interamericana de Planificación (66), 56-68.
- Peri, C. (2003). *Estado de Exilio. En: Dialéctica de los viajes, fragmento*. Pág. 61. XVIII Premio Internacional Unicaja de Poesía Rafael Alberti. Colección Visor de Poesía.
- Pinto, J. (2005). *Cuando hicimos historia: La experiencia de la Unidad Popular*. Lom Ediciones, Santiago de Chile. Págs. 10-13.
- Piña, C. (1982). *Programa de apoyo a las organizaciones de ollas comunes de la zona oriente: una sistematización*. Flacso, 12.
- Pistacchi, M. (2010). *Vive voci. L'intervista come fonte di documentazione. (Voces vivas: La entrevista como fuente de documentación)*. Donzelli; Roma, Italia.
- Ramírez, B. (2003). *Modernidad, posmodernidad, globalización y territorio*. México: UAM, Miguel Ángel Porrú.
- Reyes, M. (2006). *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamín (Sobre el concepto de historia)*. Editorial Trotta, S.A. Pág. 315.
- Salas, V. (1999). *Para recuperar la memoria histórica: Frei, Allende y Pinochet. Los pobladores y la dictadura*. Santiago de Chile.
- Salazar, G. (1994). *Taller de acción cultural*. Santiago de Chile.
- Salazar, G. (2006). *Violencia política popular en las Grandes Alamedas (1947-1987): Una perspectiva histórica-popular* Lom Ediciones. Segunda edición, Santiago de Chile. Págs. 25-26-56.
- Schwarzstein, D. (2002). *Fuentes orales en los archivos, desafíos y problemas*. Historia (n° 27).
- Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo, razón y emoción*. Barcelona: Ariel.
- San Martín, G y Sorensen, C. (1999). *El narcotráfico en Chile, actualidad y perspectivas*. Tesis para optar al Grado de Licenciado en Ciencias Sociales. Carrera de Periodismo. Universidad Gabriela Mistral. Santiago de Chile. Introducción: págs. 8-9.
- Soto, C. (1994). *Bitácora de la comuna de Lo Espejo*. pág. 100. Santiago de Chile.
- Stern, S. (2009) *Recordando el Chile de Pinochet: En vísperas de Londres 1998*. Libro Uno de la trilogía La caja de la memoria del Chile de Pinochet.

Ediciones Universidad Diego Portales. Primera edición en español: marzo 2009. Págs. 22-145-163.

Tonkin, E. (1992). *Narrating Our Pasts. The Social Construction of Oral History*; Cambridge University Press; Cambridge, UK.

Tironi, M. (2003). *Nueva pobreza urbana. Vivienda y capital social*. Santiago de Chile, 1985-2001. Santiago, Chile: Ril Editores.

Torres, A. (2021). *Hacer historia desde abajo y desde el sur*. Ediciones Estrella Sur, colección cooperativos. Santiago de Chile. Pág. 10.

Artículos y revistas

Angelcos, N. y Pérez, M. (2017). *De la “desaparición” a la reemergencia: Continuidades y rupturas del movimiento de pobladores en Chile*. Latin American Research Review, 52(1). doi: 10.25222/larr.39

Bravo, V. (2019). *Etnografía histórica de la protesta urbana: Las jornadas nacionales contra la dictadura, Santiago de Chile (1983-1986)*. Revista Antropologías del Sur Año 6 N°12 2019 Págs. 129 - 148.

Bahamondes, L. (2022). *La revuelta de octubre en Chile. Orígenes y consecuencias*. Santiago de Chile: FCE; 2021. 170 p. Carlos Peña y Patricio Silva (editores). Desafíos, Bogotá (Colombia), (34-1).

Bizberg, I. (2014), *Varietades de capitalismo en América Latina: los casos de México, Brasil, Argentina y Chile*, Ciudad de México, El Colegio de México.

Canales, A. (2020). *La desigualdad social frente al COVID-19 en el Área Metropolitana de Santiago de Chile*. Pág. 15.

CEPAL/OPS (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Organización Panamericana de la Salud) (2020). *Salud y economía: una convergencia necesaria para enfrentar el COVID-19 y retomar la senda hacia el desarrollo sostenible en América Latina y el Caribe*. Informe Especial COVID-19 CEPAL-OPS, Santiago, 30 de julio.

Cortés, A. (2013). *Pobladores y ciencias sociales, hacia un balance crítico*. En P. Martins (presidente ALAS) Los Pobladores en la Ciudad: un balance crítico. Panel realizado en el XXIX Congreso Latinoamérica. N° de Sociología. ALAS, Santiago, Chile.

Cuesta Bustillos, J. (1998). *Memoria e historia: Un estado en cuestión*. Pág. 204. Revista Ayer. N°32.

Espinoza, V. (1994). *Tiempos cortos y largos en el movimiento poblacional*. Revista Propositiones 24, 246-250.

Espinoza, V. Rodríguez, A. y Rosenfeld, A. (1986). *Poder local, pobladores y democracia*. Revista Propositiones, 48(4), 123-140. doi: 10.2307/3540393.

Fabhet- Saad, J. (1991). *Sale historie*. En Gradhiva, núm. 10. Pág. 3-4. En: Cuesta Bustillos, J. (1998). *Memoria e historia: Un estado en cuestión*. Pág. 204. Revista Ayer. N°32.

Feres, Juan Carlos. (2001). *La pobreza en Chile en el año 2000. Cap. II: La magnitud de la pobreza en el 2000*. Pág. 9. Convenio Ministerio de Planificación y Cooperación-Chile/CEPAL “Evaluación de la magnitud de la pobreza” División de Estadística y Proyecciones Económicas.

- Franco, Marina (2014). *La "teoría de los dos demonios": Un símbolo de la postdictadura en la Argentina*. Vol. 11, No. 2. 22-52. Universidad Nacional de San Martín/IDAES/CONICET. Revista Contracorrientes. Págs. 1-3.
- Garcés, M. (2003). *La revolución de los pobladores, treinta años después*. Lasa, XXIV International Congres. Dallas, Texas, 27-29 de marzo. Panel: La revolución social en el Chile de Allende: treinta años después. Pág. 1-2-3.
- Garcés, M. (2006). *El Movimiento Popular, la Unidad Popular y el Golpe*. CEME: Centro de Estudios Miguel Henríquez. Publicado en Punto Final, N°552. Pág. 1, 2 y 4.
- Giannotti, E. Mondragón, H. (2017). *La inestabilidad de la forma arquitectónica y urbana. Proyectos para barrios populares en Santiago de Chile. 1953-1971*.
- Goicovic, Igor. (2010). *La refundación del Capitalismo y la transición democrática en Chile (1973-2004)*. La Sociología En Sus Escenarios. Págs. 2-13-14. Obtenido de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/ceo/article/view/6927>
- Herrera, J. (2018). *El nuevo movimiento de pobladores en Chile: El movimiento social desplazado*. Polis, Revista Latinoamericana, N°49. Pág. 179-180. Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Hadad y Gómez, G. y. (2007). *Territorio e identidad. Reflexiones sobre la construcción de territorialidad en los movimientos*. IV Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, (pág. 8). Buenos Aires. Obtenido de <https://www.academica.org/000-024/152.pdf>
- Hidalgo, R. (1999). (consultado el 15 de octubre 2022). *La vivienda social en Chile: La acción del Estado en un siglo de planes y programas*. Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Pág. 45. Obtenido en <http://www.ub.edu/geocrit/sn-45-1.htm>
- Ibarra, C y Figueroa, A. (2020). *Control Neoliberal en Chile: Coreografías del poder neoliberal*. Revista Crítica Penal y Poder 2020, n° 20 junio-Julio (pp.76-90) Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos Universidad de Barcelona. Universidad Metropolitana de las Ciencias de la Educación/Universidad de Chile. Págs. 77-78. Obtenido de: <https://revistes.ub.edu/index.php/CriticaPenalPoder/article/view/30794/3167>
- Laster Pirtle, W. N. (2020). *Racial capitalism: a fundamental cause of novel coronavirus (COVID-19) pandemic inequities in the United States*, Health Education & Behavior 2020, vol. 47, N.º 4.
- Lima, N., P. Marchiori Buss y R. Paes-Sousa (2020). *A pandemia de COVID-19: uma crise sanitária e humanitária*. Caderno de Saúde Pública, vol. 36, N° 7
- Martínez Franzoni, J. (2007). *Regímenes del bienestar en América Latina*. Documento de Trabajo, N.º 11, Madrid, Centro de Estudios para América Latina y la Cooperación Internacional (CeALCI), Fundación Carolina
- Moreno, A. V. (2017). *De Reclus a Harvey, la resignificación del territorio en la construcción de la sustentabilidad*. Región y sociedad (68), 35. Obtenido en <http://www.scielo.org.mx/pdf/regsoc/v29n68/1870-3925-regsoc-29-68-00223.pdf>
- Portelli, A. (2014). *Historia oral, diálogo y géneros narrativos*. Anuario N.º 26 Escuela de Historia Revista Digital N.º 5 Facultad de Humanidades y Artes. Università di Roma "La Sapienza", Italia. Obtenido <https://core.ac.uk/download/pdf/61707041.pdf> Pág. 2

- Revista Bitácora Urbano Territorial, volumen. 27, n° 1, pág. 35-46. Obtenido en <https://www.redalyc.org/journal/748/74849525013/html/#fn1>
- Ríos-Sierra, J. (2020). *Una aproximación (Geo)politológica a la crisis de la COVID-19 en América Latina*, Journal of Latin American Geography, vol. 19, N.º 3, julio.
- Romero, L. A. (1987). *Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: La cuestión de la identidad*. Desarrollo Económico, v. 27, N°106. (julio-septiembre).
- Ruíz, C y Boccardo, G. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo: clases y conflicto social*. Santiago de Chile. Nudo XXI/El Desconcierto.
- Ruiz, J, C. (2012). *Violencias en la periferia de Santiago. La población José María Caro*. Revista Invi, N°74, Volumen 26: 249-285. Obtenido en https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-83582012000100008
- Sartori, G. (1991). *Polarización, fragmentación y competencia en las democracias occidentales*. Revista de Ciencia Política, Vol.13, No.1, Santiago, Págs. 39-73.
- Solí, J. y otros. (2020). *Structural vulnerability in the U.S. revealed in three waves of COVIS-19*. The American journal tropical medicine and hygiene. Vol. 103. N°1.
- Urbina, Ma. Ximena. (2002). *Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920: Percepción de barrios y viviendas marginales*. En: Revista de Urbanismo, N°5. Santiago, enero de 2002. Disponible en: <https://revistaurbanismo.uchile.cl/index.php/RU/article/view/12953>
- Valenzuela, A. (1978). *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago de Chile. FLACSO. En: Torres, I. (2009). *La década de los sesenta en Chile: La utopía como proyecto*. Pág. 139. Universidad de Chile. HAOL, Núm. 19 (primavera, 2009), 139-149. ISSN 1696-2060.

Diarios y Periódicos

- Clarín (1962). *Nuevo paro habrá mañana. La CUT enterrará a sus mártires, pero el Gobierno quiere que no*. Santiago de Chile, 20 de noviembre. Pág. 3. Sección de Periódicos. Biblioteca Nacional de Chile.
- Clarín (1962). *¡Señor, mire, pisotearon entero a mi hijo!* Santiago de Chile, 20 de noviembre. Pág. 8. Sección de Periódicos. Biblioteca Nacional de Chile.
- El Mercurio (1962). *Problemas que afectan a la población José María Caro*. Talleres El Mercurio. Santiago de Chile, 29 de noviembre. Pág. 20. Sección de Periódicos. Biblioteca Nacional de Chile.
- El Mercurio (1962). *Sepultadas las víctimas de incidentes ocurridos en la Población José María Caro*. Santiago de Chile, 22 de noviembre. Pág. 17. Sección de Periódicos. Biblioteca Nacional de Chile.
- El Siglo (1962). *Estos son los muertos*. Santiago de Chile, 20 de noviembre. Pág. 8. Sección de Periódicos. Biblioteca Nacional de Chile.

El Siglo (1962). *El crimen no tuvo ni la sombra de una justificación*. Santiago de Chile, 20 de noviembre. Pág. 10. Sección de Periódicos. Biblioteca Nacional de Chile.

Sitios de internet

BBC New Mundo (consultado el 01 de diciembre de 2022). *Coronavirus en Chile: el gobierno decreta el mayor confinamiento desde el inicio de la pandemia ante un explosivo aumento de contagios*. Obtenido de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-52655289>

BBC New Mundo (consultado el 01 de diciembre de 2022). *Coronavirus en Chile: las imágenes de las protestas en Santiago por la difícil situación económica creada en Chile por la pandemia de covid-19*. Obtenido de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-52717413>

Ciper Chile (consultado el 15 de octubre de 2022). *De la vivienda digna a la lucha por la dignidad. Movilización y politización de los pobladores en el siglo XXI*. Obtenido de <https://www.ciperchile.cl/2020/07/22/de-la-vivienda-digna-a-la-lucha-por-la-dignidad-movilizacion-y-politizacion-de-los-pobladores-en-el-siglo-xxi/>

Ciper Chile (consultado el 01 de diciembre de 2022). *Empleo en Chile: antes, durante y después de la pandemia*. Obtenido de <https://www.ciperchile.cl/2021/11/12/empleo-en-chile-antes-durante-y-despues-de-la-pandemia/>

Ciper Chile (consultado el 02 de diciembre de 2022). *Desigualdad y ollas comunes para combatir la pandemia*. Obtenido de <https://www.ciperchile.cl/2020/06/19/desigualdad-y-ollas-comunes-para-combatir-la-pandemia/>

El Mostrador (consultado el 24 de noviembre de 2022). *Cuando las murallas gritan: La estética popular de la revuelta*. Nota de: Emilia Aparicio. Obtenido de: <https://www.elmostrador.cl/cultura/2022/10/19/cartografias-emergentes-el-proyecto-que-retrata-la-estetica-popular-de-la-revuelta/>

Frente Fotográfico (consultado el 20 de noviembre de 2022). *Palabras de Luisa Toledo* (2014). Extracto de entrevista a Manuel Vergara y Luisa Toledo realizada por Frente Fotográfico. Marco conmemorativo ante un nuevo Día del Joven Combatiente. Obtenido de: https://www.youtube.com/watch?v=j2MgM_j565I&ab_channel=FrenteFoto%20gr%C3%A1fico

Patricio Guzmán. (1979). *La Batalla de Chile: El Poder Popular*. (consultado el 13 de noviembre de 2022). Extracto y entrevista a trabajador industrial. Minuto: 18:45. Obtenido de: https://www.youtube.com/watch?v=IUKR_IKRoQc

Memoria Chilena (consultado el 06 de julio de 2022). *La transformación económica chilena entre 1973-2003. La crisis económica 1982*. Obtenido de <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-98012.html>

Memoria Chilena (consultado el 14 de noviembre de 2002). *El Estado de Bienestar Social (1924-1973)*. Obtenido de <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-3411.html>

Museo Violeta Parra (consultado el 06 de noviembre de 2022). *Los hambrientos piden pan, "La Carta", extracto*. Composición: Parra, V. (1963). Obtenido de <http://www.violetaparra100.cl/cancionero/la-carta/>

Organización Mundial de la Salud (consultado el 30 de noviembre de 2022). *Brote de enfermedad por coronavirus (COVID-19)*. Obtenido de <https://www.who.int/es/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019>

Organización Panamericana de la Salud (consultado el 30 de noviembre de 2022). *La OMS caracteriza a COVID-19 como una pandemia*. Obtenido de <https://www.paho.org/es/noticias/11-3-2020-oms-caracteriza-covid-19-como-pandemia>

Pueblo docente (consultado el 25 de abril 2022) *La olla común: Entre la solidaridad popular y el oportunismo caritativo de los poderosos*. Obtenido de [LA OLLA COMÚN: Entre la solidaridad popular y el oportunismo caritativo de los poderosos \(pueblodocente.cl\)](http://www.pueblodocente.cl)

Radio Nuevo Mundo (consultado el 07 de noviembre 2022). *A 59 años de La Matanza de la Caro que originó "La Carta" de Violeta Parra*". Publicado el 20 de noviembre de 2021. Obtenido de <https://radionuevomundo.cl/2021/11/20/a-59-anos-de-la-matanza-de-la-caro-que-origino-la-carta-de-violeta-parra/>

Radio Universidad de Chile (consultado el 01 de diciembre de 2022). *COVID-19: Gobierno decreta cuarentena total en siete comunas de Santiago*. Publicado el 25 de marzo de 2020. Obtenido de <https://radio.uchile.cl/2020/03/25/covid-19-gobierno-decreta-cuarentena-total-en-siete-comunas-de-santiago/>

Tic, C. d. (consultado el 07 de julio de 2020) *El orden cultural: Los componentes del sistema cultural y sus relaciones con el medio. Organización social*. Obtenido de https://miriadax.net/c/document_library/get_file?uuid=8a76a4cb-eddf-4840-837f-3bf92c9ae947&groupId=13355121

Entrevistas (con pautas y semiestructuradas) y conversaciones

Relato N°1: Gloria del Carmen Delgado Carileo, 62 años, 14 de enero de 2020.

Relato N°2: Manuel Triviño Pineda, 81 años, 31 de enero de 2020.

Relato N°3: María Angélica Berrios Díaz, 69 años, 14 de enero de 2020.

Relato N°4: Silvia Lea Donoso Parada, 82 años, 15 de enero de 2020.

Relato N°5: Marcelo Iván Rivas San Martín y Paola Alejandra González Canales, 20 de enero de 2020.

Relato N°6: Helbert Donoso Carreño, 27 años, 24 de septiembre de 2022.

Relato N° 7 y 8: Valentina Javiera Lisboa Martínez, 26 años y Rodrigo Andrés Lavanderos González, 34 años, 24 de octubre de 2022.